cool & lam
DOBLE O SENCILLO
A. A. FAIR

Mientras rastrean las joyas robadas de la caja fuerte de un prominente Doctor, Donald Lam y Bertha Cool se topan con una prominente una muerte sospechosa, mentiras, una batalla por la custodia y chantaje, y el conflicto con una compañía de seguros a través de una cláusula de doble indemnización en una póliza de seguro.

A. A. Fair

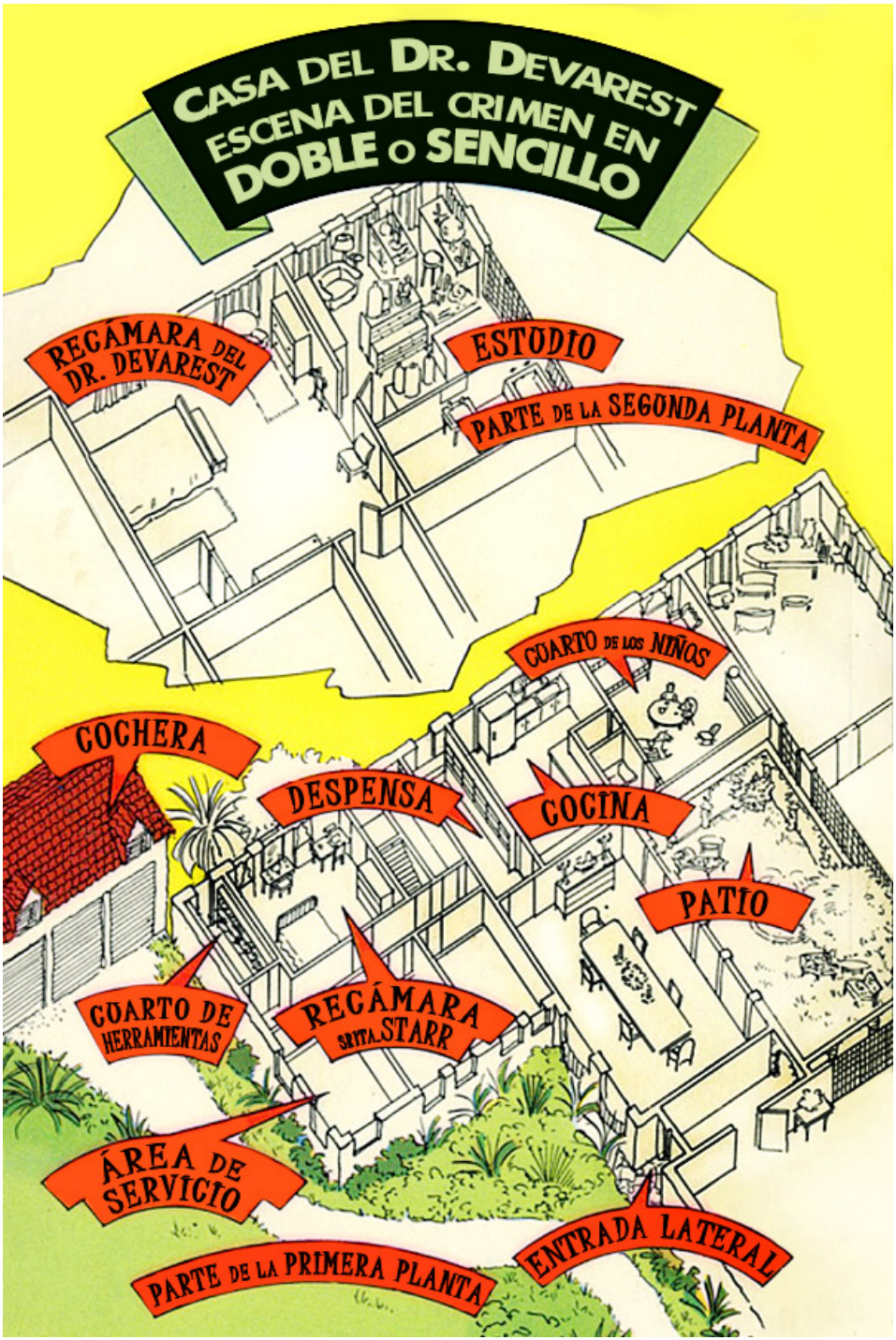
Doble o sencillo

Cool & Lam-5

ePub r1.3
fenikz 25.01.15

Título original: *Double or Quits*
A. A. Fair, 1941
Traducción: José Mallorquí Figeroa
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz
Digitalizadora: maperusa
ePub base r1.2


CASA DEL DR. DEVAREST
ESCENA DEL CRIMEN EN
DOBLE O SENCILLO
RECÁMARA DEL DR. DEVAREST
ESTUDIO
PARTE DE LA SEGUNDA PLANTA
CUARTO DE LOS NIÑOS
COCHERA
DESPENSA
COCINA
PATIO
CUARTO DE HERRAMIENTAS
RECÁMARA SRITA. STARR
ÁREA DE SERVICIO
PARTE DE LA PRIMERA PLANTA
ENTRADA LATERAL

Guía del lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra.

BAYLEY (Rufus): Chófer de la señora Croy.

BRAND (Elsie): Eficaz secretaria de Bertha Cool.

COOL (Bertha): Dueña de una agencia de detectives.

CORBIN HARMLEY: Un protegido de Devarest en negocios petrolíferos.

CROY (Nadine): Sobrina de Colette.

CROY (Walter): Esposo divorciado de la anterior.

DEVAREST (Hilton): Afamado médico.

DEVAREST (Colette): Esposa del anterior.

GELDERFIELD (Warren): Médico, amigo del doctor Devarest.

GRAIL (Dorothy): Una amiga de Nollie Starr, con la que convive.

JEANNETTE: Atractiva camarera de los Devarest.

LAM (Donald): Protagonista de esta novela y hombre de confianza de Bertha Cool.

LISMAN: Teniente de policía del Departamento de robos de joyas.

PARKER (Alfman): Abogado y representante de una compañía de seguros.

PINCHLEY: Abogado de Walter Croy.

STARR (Nollie): Secretaria de Colette.

TIMKAN (Forrest): Abogado de la señora Croy.

TIMLEY (Jim): Sobrino de Colette, con la que convive.

capítulo primero

LA gran barcaza de pesca se balanceaba perezosamente al impulso de las olas. Era aún demasiado pronto para la llegada de los pescadores. Sólo algunas cañas curvábanse por encima de la borda. Hacia el Este, el sol iluminaba los altos picos de las montañas costeras de California, reflejándose sobre la oleosa superficie del mar, que no estremecía el menor soplo de aire.

Bertha Cool, firme y voluminosa como un rollo de alambre espinoso, sentábase en la silla del director, apoyados los pies en la baranda y sosteniendo firmemente un largo bambú. La mirada de sus grises y tranquilos ojos, de diamantina pureza, estaba fija en el hilo, allí donde éste se hundía en el agua, y esperaba pacientemente el primer tirón.

De uno de los bolsillos del jersey sacó un cigarrillo, se lo llevó a los labios, y, sin apartar la vista del agua, preguntó:

—¿Tienes una cerilla?

Dejé mi caña contra la barandilla, sosteniéndola con las rodillas, encendí una cerilla y, protegiendo la llama con las manos, la ofrecí a Bertha.

—Gracias —contestó ésta, lanzando una gran bocanada de humo.

La enfermedad había reducido a Bertha a sólo ochenta kilos de peso, y para reponerse se dedicaba a pescar. La vida al aire libre la bronceaba y endurecía. Seguía pesando ochenta kilos, pero sin grasa.

El hombre que estaba a mi lado, individuo voluminoso que parecía jadear penosamente cada vez que respiraba, comentó:

—No se pesca nada, ¿verdad?

—Ni pizca.

—Hace bastante que están aquí, ¿verdad?

—Psé.

—¿Los dos juntos?

—Sí.

—¿Han pescado mucho?

—Regular.

Seguimos pescando en silencio, durante un rato, y al fin el hombre dijo:

—A mí no me importa no pescar nada. Lo principal es estar aquí, respirar el aire puro y alejarme de la maldita civilización.

—¡Hum!

—El timbrazo de un teléfono me hace el efecto de una bomba. —Rió, como excusándose, añadiendo—: Parece que fue ayer cuando al empezar mi carrera pasaba el día deseando que sonase el teléfono y mirándolo como su… Perdón. ¿Es su esposa?

—No.

—La iba a llamar su madre, pero no lo hice porque en estos tiempos uno nunca puede estar seguro… Bueno, el caso es que ella contempla el agua con la misma fijeza con que yo miraba el teléfono, como si de esa forma pudiera hacerlo sonar.

—¿Es usted abogado? —pregunté.

—Médico.

Al cabo de un rato añadió:

—A todos los médicos nos ocurre lo mismo; nos desvivimos por conservar la salud de nuestros clientes y descuidamos la nuestra. Vivimos en una tensión continua. Operaciones por la mañana, luego consulta en el hospital. Por la tarde consulta en casa. Por la noche visitas a domicilio y al llegar la hora de acostarnos se nos presenta alguien que ha estado aguantando su mal todo el día y elige para llamarnos el momento en que ya estás cómodo en la cama.

—¿De vacaciones? —pregunté.

—No, reposando un poco. Me lo han ordenado los médicos.

Le observé. Estaba demasiado grueso. Sus ojos mostraban abultadas bolsas y le temblaban los párpados cada vez que los entornaba. Estaba muy pálido. Algo en él me recordaba a una bola de masa puesta a subir junto al fogón.

—Su amiga parece estar bien —añadió.

—Es mi jefe.

—¡Oh!

Tanto si escuchaba como si no, Bertha mantenía la mirada fija en el punto donde el hilo introducíase en el agua.

—¿Dice usted que trabaja para ella?

—Sí.

El hombre evidenció su perplejidad.

—Dirige una agencia de investigaciones privadas —expliqué—. Bertha Cool. Aprovechamos el tiempo que nos queda libre entre un caso y otro para descansar.

—¡Oh! —repitió el hombre.

La mirada de Bertha se endureció. Tensando los músculos inclinóse hacia delante, esperando, inmóvil.

El extremo de la caña se curvó. Bertha llevó la mano derecha al carrete. Sus brillantes relucieron al sol. El hilo trazó una serie de irregulares dibujos en el agua.

—¡Retira tu caña! —ordenó Bertha—. ¡Hazme sitio!

Comencé a recoger el hilo. Sentí un violento tirón en la caña, como si me la fuesen a arrancar de entre los dedos. También yo había cobrado una presa.

—¡Magnífico! —exclamó el doctor—. Me retiro.

Se puso en pie, para alejarse por el puente. En aquel momento también su caña se dobló. Su rostro expresó una gran emoción.

Intenté retener mi caña. Los tres estábamos terriblemente ocupados. Por entre las verdes profundidades del agua vi brillar un cuerpo plateado.

Bertha hizo un violento esfuerzo y tiró de la caña.

Un enorme pez salió del agua y fue a caer sobre el puente, coleando furiosamente.

El médico también cobró su presa. La mía escapó.

—Su pescado es mayor que el mío —dijo el doctor, mirando a Bertha.

—¡Hum! —gruñó Bertha.

—Lástima que el suyo haya escapado —dijo el doctor, mirándome.

—A Donald no le importa —contestó Bertha.

El doctor me miró curiosamente.

—Me gusta el aire puro, el ejercicio y el descanso —expliqué.

—A mí también —replicó el hombre.

Desde el restaurante situado a mitad de la barca llegaron hasta

nosotros unas ráfagas de apetitosos olores.

—¿Le apetece un emparedado de salchicha? —preguntó el médico a Bertha.

—Todavía no —replicó ésta—. Estamos sobre un banco de peces. Hay que aprovecharlo.

Desenganchó diestramente el anzuelo y metió el pescado en un saco. Después volvió a cebar el anzuelo y lo tiró de nuevo al agua.

Yo no la imité, mas permanecí observándola atentamente.

Ay los treinta segundos Bertha había pescado otro ejemplar. Lo mismo logró el médico. Después éste pescó un ejemplar magnífico y Bertha uno mucho más pequeño. Un momento más tarde el banco de peces se alejó.

—¿Qué contesta a lo del emparedado de salchicha? —preguntó el médico.

Bertha asintió con la cabeza.

—¿Y usted? —El hombre me miraba.

—Con mucho gusto.

—Les convido —siguió el doctor—. Tenemos que celebrar nuestro encuentro. Ustedes no se muevan de aquí. Vigilen mi caña.

Le prometí hacerlo.

El sol estaba ya muy alto sobre las montañas. Las nieblas matinales habíanse disipado. A lo lejos podían verse los automóviles que circulaban por la carretera que bordeaba el mar.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó Bertha, sin apartar la vista del hilo de su caña.

—Un médico que ha trabajado demasiado y no descanso lo suficiente. Su médico le recetó menos actividad. Creo que necesita algo.

—¿No le dijiste quién soy?

—Sí. Pensé que le interesaría.

—Perfectamente. Una nunca puede decir dónde encontrará un buen trabajo. —Bertha meditó unos segundos, añadiendo luego—: Sí, seguramente necesita algo.

El doctor regresó con seis emparedados de salchicha con pan tostado y mucha mostaza y pepinillos. Se comió el primero con verdadero apetito. Las escamas que llenaban sus manos no le quitaron el apetito.

Dirigiéndose a Bertha y refiriéndose a mí, dijo:

—Nunca le hubiera tomado por un detective. Yo me los imaginaba grandes y fuertes.

—Es un chico sorprendente —replicó Bertha—. De una rapidez increíble. En su trabajo cuenta mucho el cerebro.

Noté que el médico me estudiaba con gran atención. Bertha exclamó de pronto:

—Si le ocurre algo… ¡suéltelo de una vez, por amor de Dios!

El hombre le dirigió una mirada de asombro.

—¿Cómo? Pero… si no… —Al fin rompió en una estrepitosa carcajada—. ¡Está bien! —dijo—. Usted gana. Me he preciado de adivinar la enfermedad de mis clientes en el rato que tardaban en atravesar mi despacho. Nunca se me ocurrió que algún día harían lo mismo conmigo. ¿Cómo lo ha sabido?

—Es usted un libro abierto —replicó Bertha—. Desde que Donald le dijo quién era yo, usted no ha hecho más que buscar la forma de intimar con nosotros.

El doctor sostenía con la mano izquierda su segundo emparedado. Con la derecha sacó un tarjetero y de él dos tarjetas que tendió a Bertha Cool y a mí.

Eché una mirada a la tarjeta que me había correspondido y la guardé. Por ella me enteré de que el hombre en cuestión era el doctor Hilton Devarest, que sólo podía visitársele pidiéndole hora por anticipado, que vivía en un suburbio y que su despacho se encontraba en el Edificio Médico Mutual.

Bertha pasó la yema del pulgar por encima de la impresión, dobló un ángulo de la cartulina, para comprobar la calidad de la misma y por último la guardó en un bolsillo del jersey. Por fin dijo:

—Lo más importante de la casa está aquí. Yo soy Bertha Cool, él es Donald Lam. Oigamos lo que le está preocupando.

—Mi problema es muy sencillo —explicó el doctor Devarest—. He sido víctima de un robo y me gustaría recobrar lo robado. Le explicaré los detalles. Junto a mi dormitorio tengo un cuarto donde he reunido una serie de trastos muy variados. Viejos aparatos de Rayos X, equipos eléctricos, un microscopio bajo una campana de cristal. El lugar resulta muy llamativo.

—¿Trabaja usted allí? —preguntó Bertha.

La risa estremeció el estómago del médico.

—No. Todo ese equipo va destinado, únicamente, a impresionar

a los clientes. Cuando me aburro en algún lugar, pongo por excusa la necesidad de terminar algunos análisis o investigaciones científicas y me meto en mi laboratorio. Todos mis conocidos lo han visto y han quedado debidamente impresionados por él. Le aseguro que resulta muy efectista.

—¿Y qué hace usted cuando se mete allí?

—En un rincón tengo el más cómodo de todos los sillones del mundo y una buena lámpara de lectura. Me siento allí y leo novelas detectivescas.

Bertha Cool movió aprobadoramente la cabeza. El doctor Devarest prosiguió:

—El lunes por la noche recibimos unos invitados muy aburridos. Me retiré a mi estudio. Cuando los huéspedes se marcharon mi mujer subió…

—¿Qué efecto le produce a su mujer el que la deje usted para distraer a los aburridos huéspedes?

La sonrisa borróse del rostro del médico.

—A mi mujer no la aburre nadie. A ella le interesa la gente y… Bueno, cree que estoy trabajando.

—Entonces ¿no sabe que todo es comedia? —preguntó Bertha.

El doctor vaciló como si tratase de elegir las palabras más exactas.

—¿No comprende que la esposa es la persona para quien se preparó, sobre todo, la comedia? —dije yo.

El doctor Devarest me miró fijamente.

—¿Por qué dice eso? —preguntó.

—Se ha mostrado usted demasiado orgulloso de su engaño. Cada vez que se refería a él tenía que esforzarse por no reír. De todas formas no tiene importancia. Continúe.

—Su empleado es muy sagaz —declaró el doctor, mirando a Bertha.

—Ya se lo dije —replicó, secamente, Bertha—. ¿Qué ocurrió el lunes?

—Mi mujer llevaba unas joyas. En el estudio tengo una caja de caudales empotrada en la pared.

—¿También un trasto viejo como los demás? —preguntó Bertha.

—No, la caja no tiene nada de viejo. Es la última palabra en la materia.

—Siga.

—Mi mujer me entregó las joyas que llevaba y me pidió que las guardase en la caja.

—¿Tenía costumbre de hacerlo?

—No, me dijo que se sentía nerviosa como si algo malo fuese a ocurrir.

—¿Ocurrió?

—Sí, las joyas fueron robadas.

—¿Antes de que usted las guardase en la caja?

—No, después. Las metí en la caja y me acosté… Ayer por la mañana, a las seis, me avisaron para que acudiese en seguida al hospital. Se trataba de una operación de apendicitis. Luego, durante la mañana, hice mi trabajo de costumbre.

—¿Dónde acostumbra guardar su mujer las joyas?

—La mayor parte del tiempo las tiene en la caja de seguridad del Banco. A mediodía me telefoneó pidiéndome que fuera a casa a abrirle la caja.

—¿Es que ella no conoce la combinación?

Con firme acento, Devarest replicó:

—Yo soy el único que sabe cómo abrir la caja.

—¿Qué hizo usted?

—Contesté que iría a casa antes de las dos. Llegué a eso de la una. Tenía mucha prisa, pues ni había desayunado, tomando sólo una taza de café. Al llegar a casa corrí a mi estudio.

—¿Dónde estaba su esposa?

—Entramos juntos en el estudio.

—¿Abrió usted la caja?

—Sí. Las joyas habían desaparecido.

—¿Faltaba algo más?

—Nada más. Sólo los estuches de las joyas. No se guardaba gran cosa más en la caja. Un par de libros de cheques de turismo que guardo allí por un caso de urgencia algunas notas sobre análisis y trabajos que estoy llevando a cabo sobre la nefritis.

—Dígame, exactamente, dónde estaba su mujer cuando usted abrió la caja.

—De pie, en la puerta del estudio.

—Tal vez no cerró usted la caja al guardar las joyas —sugirió Bertha.

—No, nada de eso —replicó el doctor.

—¿No se forzó la caja?

—No. Quienquiera que la abriese lo hizo mediante la combinación.

—¿Cómo?

—Eso es lo que no sé.

—¿No pudo alguien…? —empezó Bertha.

—Sabemos quién lo hizo —replicó el médico—. Es decir, sabemos la persona que a su vez sabe quién lo hizo.

—¿Esa persona es…?

—Una joven llamada Nollie Starr… secretaria de mi mujer.

—¿Qué hay de ella?

—En algunos momentos uno duda de lo que está viendo. Lo mismo me ocurrió a mí al abrir la caja. Como es lógico, mi mujer hizo muchas preguntas. Esas preguntas me sirvieron para hacerme ver claro. Recuerdo haber guardado las joyas en la caja y haber borrado la combinación.

—¿Y qué tiene que ver eso con la señorita Starr?

—Mi mujer llamó a su secretaria y le pidió que avisase a la policía.

—¿Qué ocurrió luego?

—Al pasar una hora y no presentarse la policía, mi mujer quiso averiguar lo que ocurría. Hizo llamar a la señorita Starr. No la encontraron. Había desaparecido. Nadie avisó a la policía. Eso le dio una hora de margen para huir.

—¿Qué más?

—Llegó al fin la policía. Intentaron encontrar alguna huella dactilar en la caja. Comprobaron que alguien las había borrado con un paño untado de aceite. En el cuarto de la señorita Starr, y escondido dentro de un bote, hallaron el trapo en cuestión.

—¿El mismo? —pregunté.

—Pudieron asegurarse de que era el mismo. El trapo había sido untado con un lubricante especial, el mismo que estaba en la superficie de la caja. En el cuarto de la señorita Starr encontraron una lata medio vacía de dicho lubricante, especial para armas de fuego. Allí todo indicaba una huida precipitada. La señorita Starr no se llevó nada. Dejó, incluso, su cepillo de dientes.

—¿Y la policía no ha dado con ella? —inquirió Bertha Cool.

—Aún no.

—¿Qué quiere usted que hagamos?

El médico clavó la vista en el mar y musitó:

—Hasta encontrarlos no me di cuenta de que necesitaba que se hiciera algo. Bien, lo que yo quisiera es que ustedes, anticipándose a la policía, se pusieran en contacto con la señorita Starr y le dijesen que si devuelve las joyas retiraré la acusación presentada contra ella. Podría pagarles una buena recompensa.

—¿No presentará usted ninguna acusación? —preguntó Bertha.

—No; y además le daré un premio en metálico.

—¿Cuánto?

—Mil dólares.

Devarest siguió mirando el océano, cual si esperase que Bertha dijese algo. Yo sabía lo que pasaba en el cerebro de mi jefe. Aguardó hasta que el prolongado silencio, obligó al hombre a volverse hacia nosotros.

—¿Cuánto nos ofrece? —preguntó entonces.

El doctor Devarest me llevó a cenar a su casa. No trató de ocultar mi identidad. Yo era un «detective particular a quien había alquilado para colaborar con la policía».

Su casa confirmó la impresión a que yo había llegado acerca de él. Debió de costar mucho dinero el levantarla y seguía costando mucho dinero el sostenerla. Era de estilo español, estucada en blanco, con tejas rojas y galerías con barandales de hierro. Veíanse aposentos para los criados, jardín muy cuidado, alfombras orientales, cactus, fuentes, peces de colores. La comida era demasiado abundante y demasiado cargada de especias.

La señora Devarest mostraba una triple barbilla, ojos saltones, gozaba bebiendo y emitía juicios estúpidos. Su nombre de pila era Colette.

Con ella vivían dos miembros de su familia. Jim Timley era un joven bronceado que, sin duda, iba siempre sin sombrero en un inútil intento de curar la calvicie que avanzaba por la frente. Su cabello era oscuro, liso, muy cortado. Parecía como si el sol lo hubiese marchitado. Sus ojos, en cambio, eran claros, su boca estaba bien formada, y al sonreír lucía una doble hilera de magníficos dientes. Por la fuerza con que me estrechó la mano comprendí que era aficionado al deporte. Era sobrino de la señora

Devarest, hijo de un difunto hermano.

Los dos miembros de la familia eran una sobrina de la señora Devarest, una tal señora Nadine Croy, que tenía una hijita de tres años llamada Selma. La niña había cenado ya y estaba en la cama. Aquella noche no la vi.

La señora Croy era hija de una hermana de la señora Devarest. Saqué la conclusión de que era rica. Representaba unos veintinueve años y no podía dudarse de que cuidaba mucho de su dieta alimenticia y de su figura. Sus grandes ojos evidenciaban cierta inquietud. Como nadie habló del señor Croy, decidí no hacer preguntas enojosas.

Vi, también, a un mayordomo con cara de palo y un par de criados sin ningún atractivo. Luego, una camarera llamada Jeannette, con curvas y clase. La señora Devarest tenía su chofer, pero de momento no le vi. Aquélla era su noche libre. A la señora Devarest le entusiasmaba la vida de sociedad y la etiqueta. Al doctor Devarest no le agradaba que cuidasen de él. Siempre que su trabajo le dejaba libre (que no era muchas veces) prefería quedarse solo.

Después de cenar, la señora Devarest tendió a su marido una lista de las llamadas que había transmitido la enfermera que ayudaba al doctor en su despacho. El hombre me invitó a subir con él al estudio. Entretanto él revisaría las llamadas.

El estudio era tal como lo había descrito. Me senté en un sillón colocado entre dos aparatos eléctricos de terrible aspecto. Él sentóse en otro sillón, acercó a él un teléfono de sobremesa, dejando sobre el brazo del sillón la lista de las llamadas.

—Abra la puerta de ese cardiógrafo eléctrico, Lam —indicó.

—¿Qué es el cardiógrafo? —pregunté.

—Lo que tiene a su derecha.

Abrí la puerta. Dentro no encontré alambres, sino una botella de *whisky* escocés; otra de *whisky* de maíz, algunos vasos y un sifón.

—Sírvase usted mismo —invitó.

—¿Quiere usted?

—No, tendré que salir.

Me serví una ración de *whisky* escocés. Era la marca más cara del mercado. El doctor empezó a marcar un número. Sus modales eran muy suaves. Hablaba solícitamente. Oyendo sus preguntas y

consejos saqué la conclusión de que sus clientes eran ricos y que le consultaban por el menor motivo. A la mayoría de ellos pudo «visitarlos» por teléfono y terminó diciendo que telefonearía a una farmacia para recetar lo que debían tomar. A dos les prometió ir a visitarlos.

—Ya está todo listo —dijo, cuando terminó—. Iré a hacer esas visitas. Me llevará una hora. ¿Quiere quedarse aquí o acompañarme?

—Esperaré aquí.

—Examine todo esto. Mi mujer le ayudará en todo cuanto necesite.

—¿Y esas visitas son de verdadera urgencia? —pregunté.

El doctor hizo una mueca de disgusto.

—¡Nada de eso, pero se trata de clientes importantes! Unos neuróticos que se pasan las noches jugando al *bridge*, se hinchan de comer, beben demasiado, no hacen ningún ejercicio y tienen más de cincuenta años. Cuando uno se encuentra con una combinación semejante sólo puede esperar cosas desagradables.

—Entonces, ¿no tienen nada?

—Tienen bastante. Presión elevada, las arterias a punto de estallar, el corazón funcionando muy mal, los riñones hechos polvo. Se imaginan que no tienen ninguna obligación con sus cuerpos. Cuando sus autos se les estropean llaman al mecánico del garaje y los hacen arreglar. Cuando notan algún síntoma grave me llaman a mí y me piden que les arregle la salud… Bueno, ¿para qué diablos me pregunta usted todo eso?

—Por saberlo.

Con helado acento me dijo:

—Limite su curiosidad al hallazgo de la señorita Starr, De mis enfermos ya me encargo yo.

Cuando le vi apoyar una mano en el tirador de la puerta, le dije:

—Bien, ya sé quién tiene las joyas. No es la señorita Starr, ¿verdad?

—¿Quién es?

—Usted.

Me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Yo? —preguntó.

—Sí, usted.

—¡Está loco!

—No, estoy seguro de acercarme a la verdad. El robo de las joyas no pudo realizarse como usted ha dicho. Usted ha dado a la policía la descripción de las joyas. Si las empeña serán recobradas. Mil dólares son muchos dólares para ofrecerlos tan fácilmente como premio.

»Mi sospecha es que en la caja había algo que usted valoraba en mucho. Un día le desapareció. Necesitaba saber quién lo tenía. No podía valerse de medios normales. Por lo tanto hizo que su mujer le entregase las joyas para guardarlas en la caja de caudales; luego usted la abrió y al día siguiente avisó a la policía, De esa forma obligó a actuar al ladrón de lo que a usted le importaba. Nollie Starr vióse obligada a tomar una decisión. Cuando se dio cuenta de que usted le cargaba el robo de las joyas, reconocióse perdida. Eso le sirvió a usted para averiguar lo que le importaba. Ahora le interesa hablar con la señorita Starr.

El doctor cerró la puerta y volvió hacia mí, caminando lenta, amenazadoramente, como si intentase pegarme.

Cuando llegó a dos metros del sillón en que yo me sentaba, dijo:

—Lam, eso es absurdo.

—He venido a ayudarle —repliqué—. Usted no puede curar a un enfermo que le mienta al explicarle los síntomas de su enfermedad. Yo tampoco puedo ayudarle a menos que me diga la verdad. Lo que usted quiere recobrar de manos de la señorita Starr no son las joyas, ¿verdad?

—Su razonamiento es estúpido —replicó el hombre—. Encuentre a la señorita Starr y haga que devuelva las joyas. Una vez conseguido eso habrá terminado usted su trabajo. Limítese a eso y no saque tantas conclusiones.

Consultando su reloj añadió:

—Tengo que ver a esos dos enfermos; luego debo pasar por la farmacia para encargar algunas recetas. Quédese aquí. En esa máquina diatérmica encontrará algunas lecturas interesantes. Cuando vuelva se lo explicaré todo.

—¿Cuál es la máquina diatérmica?

—Ésa a la izquierda del sillón. Siéntese, encienda la luz y lea.

—¿Cuándo volverá usted?

Consultó nuevamente su reloj.

—A las nueve o nueve y media como máximo. Y no saque más conclusiones. No hable con nadie. Quédese aquí leyendo.

Volviéndose salió a toda prisa del estudio. Estoy seguro de que se alegró de marcharse.

capítulo dos

EN la primavera y a finales de otoño, la California del Sur padece unas violentas tempestades de viento que vienen del desierto y que se conocen con el nombre de «santanas» o «Santa Anas». En las horas que las preceden el cielo se muestra claro y sin polvo. Los detalles más lejanos se perciben con diáfana claridad. El aire es caliente, sin vida. Los trajes de seda natural o artificial crujen a causa de la electricidad estática.

De súbito, una ráfaga de viento llega del Noroeste. Es un viento cálido, seco, que llega cargado de unas partículas de polvo tan finas que se filtran por entre los labios y se incrustan en los dientes. Por lo general, esos vendavales soplan durante tres días y tres noches. Las partes protegidas del viento acusan, sin embargo, los efectos del seco y sofocante aire. Los nervios se excitan. La gente se muestra nerviosa e irritable. El sudor es secado por el viento y el rostro se cubre de polvillo.

Permanecí en el estudio del doctor Devarest, meditando. La estancia daba a un balcón, y cuando el calor se hizo tan intenso que pareció como si no hubiese ninguna ventana abierta, me asomé a dicho balcón.

Una mirada del estrellado cielo me informó de que se acercaba el santana. Las estrellas brillaban con tal luminosidad que el cielo parecía rebosar de ellas. En el exterior el aire era sofocante como dentro del estudio.

Abandoné el balcón. Me dirigí el aparato indicado por el médico y abriendo una puertecita encontré unos cuantos libros, saqué tres o cuatro, arreglé la lámpara de lectura y empecé a leer.

Al terminar el tercer capítulo del libro elegido, empezó a soplar el viento. La casa estremecióse ante la violencia de la primera embestida. Oí el batir de numerosas puertas y correr de gente. El

estudio se hallaba orientado hacia el Suroeste y por ello el viento no sopló directamente hacia el balcón. Sin embargo me vi obligado a cerrarlo, debido a las filtraciones de fino polvillo.

Volví a mi libro y empecé a interesarme por el argumento. El doctor Devarest era un buen juez por la que hacía referencia a las novelas de misterio. Aquel libro me dio la impresión de estar trabajando en el caso que relataba. El tiempo pasó sin que lo notara.

Una puerta abrióse a mi espalda.

Mis nervios siempre se resienten de esas tempestades de viento. Soltando el libro, me incorporé de un salto.

Nadine Croy estaba en el umbral, mirándome con sus negros e inquietos ojos. Mi sobresalto la hizo sonreír ligeramente.

—¿Espera usted al doctor? —preguntó.

—Sí.

Consulté mi reloj. Eran las once menos veinte.

—Me dijo que todo lo más volvería a las nueve y media.

—Ya, lo sé —replicó la mujer—. Es muy distraído y nunca se sabe cuándo volverá de sus visitas nocturnas. La señora Devarest ha pensado que tal vez preferiría usted volver mañana por la mañana.

—¿Les molestaría que aguardase? —inquirí.

—Podemos arreglarlo de forma que usted espere aquí… si está seguro de que eso es lo que el doctor desea.

—No sé lo que el doctor desea —repliqué—. Sólo sé lo que yo deseo. Necesito algunos informes que él debe darme, Aguardaré hasta que vuelva.

—Tal vez yo pueda ayudarle.

Expresé ciertas dudas acerca de ese punto. La mujer me observó un momento, después cerró la puerta del estudio y dijo:

—Siéntese, señor Lam. Tal vez podemos poner algunas cartas sobre la mesa y entendernos mutuamente.

Me senté. En sus ojos percibí una tragedia. Aquella mujer debía de temer algo. Acaso todo se limitaba a que sus ojos eran demasiado grandes para su rostro. Al fin dijo:

—Lamento que el doctor Devarest le contratase.

No repliqué nada a eso.

Nadine Croy, sin duda con intención de sonsacarme, añadió:

—Lo lamento porque sé lo que usted persigue.

—¿Las joyas? —pregunté.

—Las joyas… —replicó despectivamente—. Usted debe recobrar las cosas que él tenía en la caja.

—Tal vez usted sepa más que yo —sugerí.

Observé que parpadeaba como reflexionando sobre la posibilidad de que yo estuviese diciendo la verdad; luego movió la cabeza, replicando:

—No, el doctor Devarest tenía que ser franco con usted. Lo que debe recobrar son las cosas que él guardaba en la caja de caudales; las cosas que yo no debía conocer.

Permanecí inmóvil.

—Veo que no es usted muy comunicativo.

—Hasta ahora no tengo nada de qué hablar.

—Podría decirme si mi tío ha sido franco con usted.

—Eso deberá preguntárselo a él.

—¿Ha averiguado algo acerca de la señorita Starr?

—Para eso aguardo.

—¿No puede explicarse mejor?

—Necesito registrar su habitación. Quiero echar un vistazo a las cosas que ha dejado.

—La policía lo registró ya todo.

—Lo sé. De todas formas quiero examinarlo.

—¿Quiere que yo se lo enseñe?

—¿Por qué no?

—No sé. Se muestra usted tan reservado… Como si sospechara algo de mí.

Dirigí una sonrisa a mi interlocutora.

—Nunca sospecho de nadie hasta haber encontrado alguna prueba que me dé pie para ello.

—Entonces, vamos.

Dejé el libro boca abajo sobre una mesita colocada junto al sillón y seguí a Nadine Croy a través del dormitorio del doctor Devarest, luego a lo largo de un corredor, por una escalera hacia el otro extremo de la casa. Nadine abrió una puerta, anunciando:

—Aquí es.

La habitación estaba sencillamente amueblada y decorada. Veíase una blanca cama de hierro, un tocador de madera, con un espejo muy grande, una mesa escritorio con muchos cajones, un

cuartito ropero, un botiquín colocado sobre un lavabo, un viejo sillón de cuero; una mesita con una pantalla, tres sillas de recto respaldo, una mesita de noche junto a la cama y un despertador barato, sencillo, cuyo metálico *tic-tac* se oía claramente.

—¿Quién le dio cuerda al despertador? —pregunté.

—¿Qué quiere usted decir?

—La señorita Starr se marchó ayer.

—Sí, ayer tarde.

—Ese reloj es de los que tienen cuerda para veinticuatro horas, ¿verdad?

—No sé. Supongo que sí.

—Aunque le hubiera dado cuerda ayer por la mañana, ya se habría terminado.

La mujer replicó, vagamente:

—No sé. La policía ha estado aquí. Tal vez ellos…

Cogí el despertador y traté de darle cuerda. Casi no le quedaba. La campana debía haber sonado a las seis y cuarto. Estaba detenida.

—¿Quiere echar un vistazo? —preguntó Nadine Croy.

—Sí —contesté.

La mujer pareció vacilar entre dejarme solo o no. Al fin sentóse en una silla, vigilándome mientras yo registraba el cuartito ropero y los cajones de la mesa.

—La policía lo registró ya todo —repitió una vez más.

—Ya lo sé. Busco las cosas que pudieron pasarles por alto.

—¿Qué cosas?

Mostré un par de guantes de piel de cerdo.

—Como éstas, por ejemplo.

—¿Qué les encuentra?

Me acerqué con los guantes a la luz de la mesita.

—¿No nota usted nada en ellos? —inquirí.

—No.

Saqué un pañuelo y envolviendo con él el dedo índice lo pasé por los dedos de los guantes, mostrando luego la mancha de grasa que había quedado en el pañuelo.

—Grasa de grafito —dije—. Tiene su utilidad, pero no es tan corriente como las grasas vulgares. ¿Son los guantes de la señorita Starr?

—No lo sé. Supongo que sí. Estaban en el tocador, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces deben de ser de ella.

—¿Puede explicarme la causa de que estén manchados de grasa de grafito?

—No.

—Es reciente, ¿lo ve? Durante los últimos días la secretaria debió de trabajar con alguna máquina. ¿Tenía auto?

—No, utilizaba el tranvía o el autobús. Eso en los días que tenía libres. En los demás días, siempre que salía iba en el auto de tía Colette.

—En el ropero he visto unas zapatillas de tenis con suela de goma y unos calcetines cortos que huelen a sudor y a goma.

La señora Croy sonrió.

—La señorita Starr es aficionada al deporte. Siempre que lograba convencer al chófer, jugaba un ser de tenis.

—¿Le quedaba tiempo libre para jugarlo?

—Sólo por las mañanas.

—¿A qué hora empezaba a trabajar?

—Se desayunaba a las diez y en seguida empezaba su trabajo. Tenía que llevarle el correo a tía Colette que abría las cartas mientras tomaba el café y dictaba las contestaciones.

—Entonces el tenis lo jugaba antes del desayuno. Queda explicado que el despertador estuviese puesto a las seis y cuarto.

La señora Croy evidenció algún interés.

—¡Empieza usted a descubrir cosas!

No repliqué nada.

Abrí el botiquín, examinando las botellas y frasquitos.

—¿Es éste su cepillo de dientes?

La señora Croy echóse a reír.

—En realidad no sabría identificar el cepillo de dientes de la señorita Starr. Es un cepillo de dientes y está aquí. ¿Qué importancia puede tener el que lo sea o no?

—La tiene, porque si lo es; demuestra que se marchó muy precipitadamente.

—No se preocupe por eso. Puedo asegurarle que se marchó muy de prisa. Como puede ver ni volvió a su habitación a recoger sus cosas.

Hundí las manos en los bolsillos y sentándome en el escritorio,

clavé la vista en el suelo.

—¿Dónde está la raqueta de tenis? —pregunté al fin.

—¿Qué quiere usted decir?

Hice un vago ademán.

—Todo demuestra que la señorita Starr abandonó la casa sin volver a su cuarto. Aquella mañana estuvo jugando al tenis. Eso es casi seguro. Para jugar al tenis hace falta una raqueta. Y las raquetas se guardan en una funda junto con las pelotas. Sin embargo, no he podido encontrar ninguna raqueta.

—¿Está seguro?

—He registrado bien el cuarto. No hay ninguna.

La señora Croy evidenció una gran perplejidad.

—La señorita Starr tenía una raqueta. Estoy segura.

—¿Dónde está?

—No sé… Verdaderamente es muy extraño.

Permanecimos callados durante un minuto. Oíase el latir del reloj y el soplar del viento. Oía también un golpear continuo a la puerta de mi subconsciente. Era un ruido en el que hasta entonces no me había fijado. Al fin creí identificarlo. Se trataba, sin duda, del zumbido del motor de una nevera eléctrica.

—¿Está cerca de aquí la cocina? —pregunté.

—Sí.

—Creo que alguien se ha dejado abierta la nevera.

—¿Por qué?

—Por el ruido del motor.

La señora Croy prestó atención.

—Vayamos a ver —dijo, al fin.

La seguí por un pasillo hasta una moderna cocina toda esmalte y electricidad. En un extremo veíase una gran nevera eléctrica. Estaba cerrada y el motor parado. No se oía rumor alguno.

—Volvamos al cuarto y escuchemos —dije.

Al entrar en el pasillo que daba al lado de la casa ocupado por la servidumbre volví oír el ruido.

—¿Dónde está el garaje? —pregunté.

La mujer me lo indicó.

—Vayamos hacia allí —dije.

La señora Croy me guió, encendiendo las luces. Llegamos a una habitación llena de herramientas; neumáticos y latas. El zumbido

del motor era clarísimo y el mismo que se oía en el cuarto de la señorita Starr. La señora Croy abrió la puerta del garaje. Nos asaltó una bocanada de aire caliente y cargado de vapores de combustión. Eché una mirada, salté hacia atrás, cobré aliento y corrí a abrir las puertas del garaje. Abrí la que daba frente al auto, cuyo motor estaba en marcha. Tratábase de un *coupé* muy viejo, con señales de haber estado mucho tiempo al aire libre.

El garaje se ventiló en seguida. En seguida me acerqué al cuerpo del doctor Hilton Devarest y lo arrastré al exterior. Nadine Croy me ayudó a llevarlo.

En cuanto pude examinar el rostro del médico comprendí que era inútil. Aquel color lo había visto ya en otras caras. Era una rojez característica de la asfixia por monóxido de carbono.

El doctor Hilton Devarest estaba completamente muerto.

capítulo tres

LA residencia del doctor Devarest se encontraba en un elegante suburbio de la ciudad. El sonido de las sirenas policiacas atrajo inquietas figuras a las iluminadas ventanas. Luego, cuando el gemido de las sirenas fue en aumento, las ventanas desaparecieron borradas por las cortinas, como si los vecinos quisieran ignorar lo ocurrido más allá de sus casas. Aquella procesión de sirenas hacía repugnante la noche.

El parque de bomberos trajo un pulmotor. La policía lo invadió todo. Reporteros gráficos impresionaron abundantes fotografías. Un delegado del *coroner* examinó el auto. El capot del motor había sido levantado como si alguien hubiera querido examinar el motor. En la mano derecha del doctor Devarest veíase una mancha de grasa. En el bolsillo izquierdo el doctor tenía una llave inglesa. El maletín del instrumental estaba en el suelo cerca de donde fue hallado el cadáver. El tanque de gasolina estaba lleno en su cuarta parte. Al parecer nadie había oído entrar al doctor. Nada indicaba el tiempo que el cuerpo había yacido allí.

El delegado del *coroner* me hizo indicar lo más exactamente posible la posición del cuerpo al ser encontrado por mí. Abrió luego el departamento de equipajes del auto y sacó dos estuches conteniendo raquetas de tenis.

Miré a la señora Croy, indicándole que no dijese nada.

El delegado del *coroner* examinó las raquetas, lanzó un gruñido y las volvió a examinar. Las dos mostraban señales de haber sido muy usadas. Una de ellas era muy pesada, de unas quince onzas, de grueso puño. La otra era más ligera, propia de mujer.

Por la expresión del delegado del forense mientras examinaba las raquetas, saqué la conclusión de que no entendía mucho de tenis y que las raquetas no significaban nada para él. Las volvió a meter

en los estuches, dejándolas luego en el mismo sitio donde las encontró, dedicándose a buscar algo más. No halló nada y cerrando el guardamaletas pasó a registrar la parte delantera del coche. En el asiento veíase un par de guantes de piel de cerdo.

—¿Reconoce alguien esto? —preguntó.

—Son del doctor Devarest —replicó la señora Croy.

—¿Tenía costumbre de conducir con guantes?

—Sí.

—¡Hum! —gruñó el delegado.

Luego trató de abrir el departamento de los guantes.

—¿Sabe alguien dónde está la llave? —preguntó al ver que estaba cerrado.

—En el cuadrante, colgando de la llave de ignición —indicó la señora Croy.

El *coroner* abrió el departamento. Se encendió una lucecita automática y la cabina apareció ocupada por varios estuches de joyas. El *coroner* abrió uno de ellos.

Estaba vacío.

—¿Conoce alguien el significado de esto? —preguntó el hombre.

La señora Croy ahogó una exclamación. El *coroner* la miró curiosamente.

—Bien, ¿qué ocurre? —inquirió.

—¿Están todos vacíos?

El delegado del coronel abrió los demás estuches.

—Sí, todos están vacíos… ¡Un momento! Aquí hay uno lleno. —Lo abrió, sacando un anillo con una gran esmeralda rodeada de brillantes—. ¿Sabe cómo ha podido llegar esto aquí? —preguntó a la señora Croy.

La mujer dominaba perfectamente sus nervios. Habló como si midiese, una a una, sus palabras.

—Esos estuches son muy parecidos a aquéllos, en los cuales tía Colette, la señora Devarest, guardaba sus joyas. Estoy segura de que ese anillo le pertenece.

—¿Y qué hace esto aquí? —preguntó el delegado del *coroner*.

—No lo sé.

Uno de los policías que habían llegado en los autos patrulla adelantóse, diciendo:

—Se ha presentado una denuncia con referencia a estas joyas. La

caja de caudales del doctor Devarest fue robada el lunes por la noche o el martes por la mañana. Tenemos una descripción de todas las joyas. A ver… —Sacó una lista y después de buscar un rato, leyó —: «Una esmeralda cuadrada, de tres quilates, rodeada por ocho diamantes blancos y montados en un aro de platino».

—¡Ésta es! —declaró el delegado.

Los hombres cambiaron significativas miradas.

El policía volvióse hacia la señora Croy.

—¿Cómo es que eso está aquí? —preguntó.

—No lo sé.

El policía volvióse hacia mí.

—Usted es un detective particular, ¿no?

—Sí.

—¿Qué le ha traído aquí?

—El doctor Devarest. Esperaba su regreso. Me había encargado de verificar ciertos puntos del robo de la caja.

—¿Qué puntos?

—No me los aclaró.

—Será mejor que hablemos con la señora Devarest —indicó el policía.

—Terminemos antes con eso —indicó el delegado del *coroner*—. Usted se llama Lam, ¿no?

—Sí.

—Dígame, exactamente, dónde estaba el cadáver cuando usted lo descubrió.

—En el sitio que le indiqué.

—No me lo indicó bastante bien. ¿Tiene alguien un trozo de tiza?

—Nadie lo tenía. Por fin el delegado del *coroner* encontró uno en su maletín.

—Perfectamente. Señale en el suelo el sitio donde estaba el cadáver. Indique dónde quedaba la cabeza, los brazos y los pies.

Tracé la silueta del cuerpo. Mientras lo hacía vi aparecer un rostro por la entreabierta puerta del cuarto de las herramientas. Era un rostro moreno, de labios carnosos. Sus ojos me miraban llenos de interés. Al parecer el hombre se disponía a entrar, pero habíase contenido para ver lo que yo hacía.

—No debía usted haber tocado el cadáver —me reprendió el

delegado del forense.

—Hasta después de haberlo tocado no comprobé que era un cadáver —repliqué.

El delegado del *coroner* me quitó la tiza y guardándola ordenó:

—Que nadie toque este automóvil. Ahora tomaré las huellas dactilares de todo el mundo para confrontarlas con las que aparezcan en los estuches. Luego hablaré con la señora Devarest. Ustedes dos vengan aquí.

Tomaron nuestras huellas dactilares. El hombre a quien yo había visto por la puerta no estaba ya allí. Después que nuestras impresiones digitales fueron debidamente registradas, entrarnos en la casa, en compañía del oficial y del delegado del *coroner*.

La señora Devarest estaba en su habitación. La camarera anunció que la atendía el doctor Gelderfield, amigo del doctor Devarest, que había acudido por si podía ser de alguna utilidad. Se le avisaba siempre que la señora Devarest se encontraba enferma. Los médicos no atienden a sus propios familiares, y cuando el padre del doctor Gelderfield estaba enfermo, era atendido por el doctor Devarest.

El doctor Gelderfield era un hombre alto, delgado, de mentón muy firme, que hablaba con meticulosa precisión, como tratando de impresionar a sus oyentes. Al cabo de un momento anunció que la señora Devarest no debía ser molestada, pues sufría una gran conmoción nerviosa.

—Le acabo de aplicar una inyección. Pueden ustedes pedirle que identifique su anillo. ¡Y nada más!

El delegado del *coroner* y el policía entraron en el dormitorio. El doctor dijo a la señora Croy y mí:

—Ustedes quédense aquí. —Luego siguió a los otros.

La señora Croy me miró.

—¿Qué conclusión saca usted? —preguntó.

—¿De qué?

—Ya lo sabe usted. De todo. De que los estuches de las joyas hayan sido encontrados en el auto.

—Puede significar muchas cosas.

—Diga alguna por ejemplo.

—Muchas. Una de las llamadas telefónicas a las cuales respondió el doctor, pudo ser del ladrón que ofrecía vender las joyas. Puede

que el doctor le diese el dinero y al volver al garaje…

—En ese caso, ¿qué ha sido de las joyas? —preguntó la señora Croy.

—Estuvo bastante tiempo tendido en el suelo, antes de que le descubriésemos —dije—. Cualquier persona pudo abrir el departamento utilizando la llave que estaba en el cuadro.

La mujer reflexionó un momento sobre mis palabras.

—No se puede quitar la llave de la ignición estando el motor en marcha —dijo.

—No trato de convencerla de eso. Es una idea como otra cualquiera.

—No encaja.

—Está bien, no encaja.

Abrióse la puerta del dormitorio, dando paso al doctor Gelderfield.

—¿Es usted el detective? —me preguntó.

—Sí.

—Quiero decir si es usted el detective que contrató Hilton.

—Sí.

—La señora Devarest quiere verle. Está muy nerviosa. Ha sufrido una gran conmoción. Le he aplicado una inyección. Empieza a surtir efecto. Procure ser breve. No discuta con ella. Dígale algo tranquilizador. No importa lo que sea.

—¿Una mentira?

—Sí. Dígale cualquier cosa. Tranquilícela. Quiero que duerma.

—¿Cuándo podré entrar?

—Tan pronto como salgan los otros. Ya salen.

El delegado del *coroner* y el oficial del auto patrulla salieron del dormitorio. Hablaban en voz baja. No parecieron fijarse en la señora Croy ni en mí. El doctor Gelderfield me indicó con un movimiento de cabeza que entrase en el dormitorio, y cuando la señora Croy hizo intención de seguirme, la contuvo con un ademán.

Entré en el aposento. El doctor me siguió, cerrando suavemente la puerta.

La señora Devarest estaba sentada en la cama, apoyada en tres almohadas. Llevaba un salto de cama azul. Sin duda, el doctor Gelderfield y la doncella la habían desnudado a toda prisa. Sus medias estaban en el suelo y su traje sobre la cama. Un corsé de

sucios cordones se veía sobre una silla. Indudablemente a Colette Devarest no le hubiera gustado recibir así a ningún visitante masculino.

Sus saltones ojos me miraron como si tuvieran dificultad en verme. Su voz temblaba.

—¿Cómo dice que se llama? —preguntó.

—Donald Lam.

—¡Oh, sí! Lo había olvidado. Fue la emoción. —Parpadeó unos momentos—. Quiero que continúe adelante.

—¿A qué se refiere?

—A la investigación. ¿Sabe lo que insinuaron esos hombres?

—¿Qué?

—Pues que Hilton robó las joyas… No lo hizo… Debe vindicarse su buen nombre… No tenía dificultades monetarias… ganaba mucho dinero… cuarenta mil dólares en un seguro de vida… doble si moría de accidente… Usted lo arreglará todo para mí, ¿verdad, señor?… ¿Cómo se llama?

—Lam.

—¿Verdad que lo hará, señor Lam?

—Seguiré trabajando —prometí.

—Hable conmigo mañana.

—Sí usted lo desea…

—Sí, lo deseo.

—¿A qué hora?

—Después del desayuno.

—No antes de las diez y media —dijo el doctor Gelderfield.

La mujer le miró.

—Quiere que duerma; ¿verdad, Warren?

—Sí.

—Procure descansar, señora —dije—. Nuestra agencia se encargará del caso. Trabajaremos día y noche. No debe preocuparse por nada. Descanse cuanto le sea posible.

El doctor retiró algunos de los almohadones.

—Es lo mejor que puede usted hacer, Colette. Deje que este joven se haga cargo de todo. Ya lo ha arreglado todo. No se preocupe más de ello.

—No me preocuparé —murmuró, soñolienta, la mujer.

El doctor Gelderfield me indicó que saliese del cuarto. Lo hice de

puntillas.

—¿Qué quería? —me preguntó la señora Croy.

—Que vuelva mañana a las diez y media —contesté.

Una llamarada de ira se encendió en los ojos de mujer.

—¡Es usted muy bromista! —declaró, volviéndome la espalda.

capítulo cuatro

EL despertador sonó a las seis menos cuarto. Estaba muerto de sueño. Necesité una ducha fría para conservarme despierto. Me afeité, vestí y dirigiéndome al garaje saqué el auto de la agencia. Me dirigí a las pistas de tenis municipales.

Lentamente las fui recorriendo todas.

A pesar de la hora estaban todas ocupadas por mujeres vistiendo pantaloncitos cortos o faldas amplias, y hombres con pantalones blancos y camisas de cuello abierto.

En el Griffith Park descubrí al fin una doble pareja jugando un reñido encuentro. Una de las dos mujeres me llamó en seguida la atención. Su cuerpo parecía un resorte y golpeaba la pelota con energía asombrosa, hasta el punto de que el hombre que luchaba contra ella estuvo varias a veces a punto de perder la raqueta.

Por la forma de jugar comprendí que la pareja adversaria no conocía a la muchacha, y que ésta, en cambio, debía de tener alguna amistad con el hombre con quien hacía pareja.

Otro de los detalles que observé fue una bicicleta apoyada contra la tela metálica de la pista.

Detuve el auto, encendí un cigarrillo y me dispuse a esperar.

Al fin terminó el encuentro, los jugadores se despidieron, prometiendo encontrarse otro día, y a las ocho menos cuarto se separaron. La joven dirigióse a la bicicleta, recogió un *sweater* que colgaba del manillar, se puso una falda abrochada con una hilera de botones y, cogiendo la bicicleta, se dispuso a marcharse.

En aquel momento me acerqué a ella, quitándome el sombrero.

—Ha jugado usted muy bien —le dije.

La mujer me miró fríamente.

—Muchas gracias —replicó con acento helado.

—No se marche —le dije, conteniéndola. Había desprecio en sus

ojos—. Quisiera hablar con usted, señorita Starr.

En el momento en que mencioné su nombre, la joven iba a apoyar un pie en el pedal de su bicicleta. Interrumpiéndose, me miró llena de curiosidad.

—Perdone que me presente a usted de esta forma tan poco ceremoniosa. Sin embargo, tenía necesidad de verla antes de que leyese los periódicos de la mañana.

—¿Quién es usted? —preguntó al fin.

Le tendí una de las tarjetas de la agencia. Después de examinarla, me preguntó:

—¿Qué dirán los periódicos de la mañana?

—Pues que al doctor Devarest le encontraron muerto en su garaje. Monóxido de carbono.

La joven señorita Starr me miró fríamente.

—¿Quiere sonsacarme algo? —inquirió.

—Quiero decirle la verdad.

—¿Cómo ha dado conmigo?

—No hay muchas jóvenes aficionadas al tenis que se levanten temprano y vayan en bicicleta a las pistas.

—¿Y como averiguó eso?

—En sus guantes se encontró grasa de grafito de la cadena de una bicicleta. Una joven tan aficionada al tenis debía de jugar también en los días libres. Por lo tanto, debía tener otra raqueta de repuesto en su casa o piso. No tenía usted automóvil y su otra raqueta fue descubierta por la policía en el departamento de equipajes del auto del doctor Devarest.

—¡Pobre doctor! —suspiró la joven—. Era muy valiente. Sufría la enfermedad de Bright. Desde hacía años notaba sus síntomas, sin hacer nada por curarse, llevando nota de los progresos que hacía la enfermedad. No le quedaba tiempo para dedicarlo al ejercicio físico. Yo estaba segura de que podría hacerle mucho bien un poco de deporte por las mañanas. Lo malo es que a esas horas no le llamaba ningún paciente. Todos esperaban, para avisarle, la noche, cuando ya estaba acostado.

—Y para que la señora no tuviese celos, el doctor le decía que por las mañanas debía visitar también a algunos enfermos, ¿no? —pregunté.

La joven se encogió de hombros.

—No sé lo que le dijo. Sólo jugamos unas cuantas veces. ¿Qué le ocurrió?

—Al parecer, entró en el garaje. El motor de su auto no debía funcionar bien, y sin duda intentó ajustarlo.

—Conocía perfectamente el mecanismo de los motores de explosión —declaró la señorita Starr.

—¿Y el chófer?

—Al doctor Devarest le molestaba que otro hombre le hiciese las cosas que él sabía hacer. Nunca se hacía llevar por el chófer. Éste se hallaba al servicio de la señora Devarest, que lo utilizaba como a un lacayo.

—¿Por qué se marchó usted en seguida que se descubrió el robo de la caja de caudales?

—Éste no es el momento ni el lugar más oportuno para explicarlo —replicó la mujer, disponiéndose a montar en la bicicleta.

—Creo que se equivoca usted. El lugar y el momento no pueden ser más oportunos. Dentro de poco no lo serán. Su desaparición ha hecho recaer sobre usted las sospechas de la policía, que no tardará en encontrarla.

La joven dejó su bicicleta contra la cerca del alambre, y dijo:

—Está bien, hablemos. ¿Quiere que suba a su auto?

Asentí con la cabeza.

Sentóse a mi lado, inquiriendo:

—¿Pregunta usted o debo explicarlo yo todo sin olvidar nada en absoluto?

—Hable usted —indiqué.

—¿Tiene un cigarrillo?

Le tendí uno, que encendió, recostándose luego contra el respaldo del asiento. Comprendí que trataba de ganar tiempo y no traté de forzarla, dejándola que fumase y reflexionara.

—Los motivos de mi marcha hay que buscarlos algo lejos —explicó por fin.

—¿Muy lejos?

—Bastante.

—¿Por algo del trabajo?

—No, por algo que ocurrió hace mucho tiempo.

Por ello adopte el apellido Starr.

—¿Qué fue lo que ocurrió?

—Algo que yo deseaba olvidar y hacer que los demás olvidasen también.

—¿Qué fue?

—No importa al caso.

—Si lo supiera, tal vez podría ayudarla.

—No necesito ninguna ayuda.

—Eso es lo que usted cree. Está metida en un lío.

—¿Por qué?

—Unas joyas desaparecen. Una secretaria se esfuma. La policía no tiene mucha imaginación. Suma dos y dos y casi siempre obtiene el resultado de cuatro, aunque a veces suma seis u ocho. En el caso de ahora tal vez la suma sea de doce.

—Si me encuentra, procuraré convencerla de su error en la suma.

—Yo la he encontrado.

—¿Es usted la policía?

—No.

—Entonces, ¿qué es?

—Un investigador.

—¿Al servicio de quién?

—Del doctor Devarest.

—¿Con qué objeto?

—Con el de encontrarla a usted.

—Perfectamente; ya me ha encontrado. Y ahora, ¿qué?

—Tengo que comunicar la noticia a mi cliente.

—Está muerto.

—A su esposa.

La señorita Starr movió la cabeza.

—Nada de eso. Bajaré de este auto y me marcharé en mi bicicleta.

—¿Y si yo no se lo permitiese?

—¿Qué podría usted hacer?

—Llevarla a la comisaría más próxima.

—¿De veras quiere entregarme a la policía?

—No fueron ésas las instrucciones que recibí del doctor Devarest. Creo que a él le interesaba mucho más encontrarla a usted que a las joyas.

Durante unos segundos, la secretaria me observó atentamente.

—¿Qué quiere decir con eso?

—En la caja de caudales había algo que a él le interesaba mucho. Creía que la persona que abrió la caja también lo ambicionaba. El robo de las joyas fue sólo para disimular. Eso si es que las joyas llegaron a ser robadas. Pudo ser una excusa para llamar a la policía.

—¿Y él creía que yo me apoderé de lo que guardaba en la caja?

—Al parecer…

—No robé nada.

—A mí me contrataron para que la encontrase a usted —dije—. Ya la he encontrado. Lo demás debe resolverlo usted con mi cliente.

—La señora Devarest no es su cliente.

Con una sonrisa repliqué:

—Me ha heredado.

—¿Sabe usted lo que se guardaba en la caja de caudales?

—No.

La joven fumó en silencio durante unos segundos, como vacilando entre decirme la verdad o buscar una buena mentira. Al fin, tirando la colilla, declaró:

—El doctor Devarest adoraba a Nadine Croy y a la pequeña Selma. Habría hecho cualquier cosa por defender su felicidad. —Tras una breve pausa, la secretaria inquirió—: ¿Le dijo algo de eso?

—Usted es quien debe hablar; yo no soy más que un interesado oyente.

—¿Quiere decir que no me dirá si se lo explicó o no?

—No. Reservo para mí todo cuanto sé, a fin de comprobar lo cierto o lo falso de su relato.

—En realidad, apenas sé nada —siguió la joven—. Walter Croy, el marido de Nadine, es un sinvergüenza. Ha estado abusando de su mujer. Quería tener junto a él, por lo menos durante algún tiempo, a su hija. Sus abogados presentaron un sinfín de demandas ante los tribunales, e incluso presentó, como prueba acusatoria contra su mujer que Nadine había ido a una fiesta. De pronto, sus relaciones se interrumpieron. No volvimos a saber nada de Walter. Fue por entonces cuando el doctor hizo instalar su caja de caudales.

—¿Tiene alguna otra prueba?

—Sí.

—¿Cuál?

—Algunos comentarios.

—¿Cree que el alejamiento de Walter Croy se debió a la intervención del doctor Devarest?

—Sí.

—¿En qué sentido?

—No lo sé. Es indudable que el doctor Devarest tenía algún arma peligrosa contra Walter. No creo que pueda llamarse chantaje; pero debía de ser algo por el estilo.

—Muy interesante. Por eso, después del robo de la caja, usted se marchó.

—Sí.

—Y luego jugó un partido de tenis con el doctor.

—¿Luego de qué?

—Luego de haberse marchado.

—No, el partido lo jugué antes.

—¡Ah! Entonces, jugó usted al tenis con él.

—Ya se lo he dicho.

—Pero no me dijo que jugara al tenis con el doctor el miércoles por la mañana.

—No fue el miércoles, sino el martes. Él marchaba de pesca el miércoles. Me marché el martes por la tarde.

—¿Dónde vive usted?

—Eso es asunto mío.

—¿Quiere usted que le cuente esa historia a la señora Devarest?

—No. Si tiene usted un poco de sentido común, no dirá ni una palabra. Lo que debe hacer es ir a ver a la mujer y decirle: «La muerte de su esposo ha puesto fin a mi trabajo. No creo que le interese pagarme ningún dinero por encontrar sus joyas. Abóneme una cantidad por el trabajo y el tiempo perdido hasta ahora».

—¿Por qué debo hacer eso?

—Porque ello redundará en beneficio de todos.

—Sin embargo, el doctor sospechaba que usted poseía la cosa esa que desapareció de su caja de caudales.

—No. Se equivoca usted. El doctor creía que yo estaba enterada de quién la tenía.

—¿Y está enterada?

La secretaria vaciló un momento, replicando al fin:

—No.

—¿Y no sospecha de nadie?

—No.

—Si el doctor Devarest estuviese vivo, usted no habría contestado tan rápidamente que no.

—¿Por qué?

—¡Ojalá supiera yo ese «por qué»!

—¿Puede darme otro cigarrillo? —pidió.

Le tendí uno. Por la manera cómo lo encendió, comprendí que estaba reflexionando. De pronto, dijo:

—Tengo que bañarme y desayunarme. Usted no quiere entregarme a la policía, ni quiere tampoco perderme de vista. Hagamos un trato: yo le diré dónde vivo y usted me deja marchar.

—¿Dónde vive?

—En el Bel Aire. A unas cuadras de aquí, bajando por Vermont.

—¿Vive sola?

—No, comparto un piso con otra chica.

—¿No tenía una habitación en casa del doctor Devarest?

—Sí; pero durante la semana tenía un día libre, lo cual representaba poder estar fuera dos noches.

—¿Cuál era su día libre?

—El miércoles. Salía de casa el martes por la noche y volvía el jueves por la mañana.

—Es curioso —comenté—. También el doctor Devarest hacía fiesta los miércoles; o, por lo menos, pensaba hacerla.

La señorita Starr me miró fríamente. Abriendo la portezuela, bajó del coche sin que yo tratara de impedirlo. Fue adonde había dejado su bicicleta, montó en ella y pedaleó calle abajo, sin volver siquiera la cabeza. Yo la seguí a cierta distancia. La vi entrar en el Bel Aire, dejando su bicicleta ante la puerta.

Bajé del coche, entré en una cabina telefónica y llamé a Elsie Brand, la eficiente secretaria de Bertha.

—¿Ha almorzado ya, Elsie? —pregunté.

—Acabo de hacerlo.

—¿Puede hacer un trabajo?

—¿De qué clase?

—Se trata de destrozar una bicicleta.

—¿Con qué?

—Con su auto. Se trata de un trabajo para la agencia.

—¿Lo sabe Bertha?

—No.

—Entonces vale más que se lo diga, ¿no?

—Sería demasiado largo de explicar.

—¿Dónde está usted?

—Cerca del edificio Bel Aire, en la calle Vermont.

—¿Podré hacerlo y llegar a tiempo para abrir la oficina?

—Creo que sí. No le llevará mucho tiempo.

—Dígame exactamente lo que debo hacer.

—Escuche bien, Elsie. Venga por la calle que queda al Norte del Bel Aire. Haga sonar un par de veces la bocina para darme tiempo a marchar. Frente al edificio verá una bicicleta de mujer. Si cuando llega usted allí no está ya, o si no me ve al tocar la bocina, diríjase a la oficina y olvide el suceso.

—Perfectamente. Haré sonar la bocina. Usted estará allá y se largará. ¿Qué tengo que hacer con la bicicleta?

—Procure detener su auto junto a la acera, y, como no sabe guiar muy bien, aplastará la bicicleta de forma que sea imposible montar en ella.

—Y luego, ¿qué?

—Luego verá salir a una indignada joven vestida como para jugar al tenis.

—¿Qué debo hacer con ella?

—Usted está asegurada en el Auto Club, ¿no?

—Sí.

—Pues póngase muy fiera; dígale que no debía dejar su bicicleta allí, y a continuación cuéntele que está asegurada en el Auto Club y que ellos arreglarán lo que deba arreglarse. Dé su nombre y dirección a la mujer y márchese.

—¿Eso es todo?

—Todo.

—¿No he de intentar seguirla?

—Por nada del mundo.

—¿Qué más?

—Informe al Auto Club, y dígales que cuando se presente la reclamación por daños y perjuicios quiere usted ver todos los detalles.

—Perfectamente.

Colgué el receptor y regresé a mi auto. A los ocho minutos y medio oí el sonido de la bocina del auto de Elsie. Puse en marcha el mío, y mientras descendía por la calle Vermont, pude ver, por el espejo retrovisor cómo el coche de la secretaria de Bertha destrozaba la bicicleta de la señorita Starr.

Un momento después, torcía a la derecha y me alejaba de allí.

capítulo cinco

DESAYUNÉ cómodamente y luego me dirigí a la oficina. Elsie Brand tecleaba en su máquina de escribir. Al verme, movió afirmativamente la cabeza.

—¿Todo bien? —inquirí.

—Sí.

—¿Salió la chica?

—Sí.

—¿Dónde está Bertha?

—Dentro, leyendo el periódico.

Entré en el despacho de Bertha Cool. La encontré sentada ante su mesa.

—¿Leyendo lo del doctor Devarest? —pregunté.

—Sí. ¿Cómo ocurrió la cosa, Donald?

—Me dijo que le esperase en su estudio, prometiéndome volver a las nueve y media como máximo. Me interesó tanto el libro que leía, que no me di cuenta de cómo pasaba el tiempo.

—El periódico dice que descubriste el cadáver.

—Es verdad.

Bertha hizo una mueca.

—Eso acaba con el negocio, ¿no? —preguntó—. Yo que pensé que íbamos a ganar algo…

—Creo que la señora Devarest nos va a pedir que sigamos trabajando. He encontrado a la Starr.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Cómo?

—Averiguando que iba en bicicleta y que jugaba al tenis por las mañanas. No son muchas las mujeres que hacen las dos cosas.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé.

—¿Qué quieres, decir con eso?

—No podía seguirla, conociéndome ella. Me dio una dirección falsa: el edificio Bel Aire. Fue en la bicicleta hasta allí y esperó dentro a que yo me marchase. Como no quería molestarla, me marché.

—¿No pudiste seguirla?

—¿Ha intentado seguir alguna vez en auto a un buen ciclista? Se me hubiera escapado con toda facilidad.

—¿Qué hiciste?

—Ordené a Elsie que destrozara con el auto su bicicleta. Elsie está asegurada en el Automóvil Club.

—¿Crees que la chica será tan tonta que presente la reclamación bajo su verdadero nombre?

—Así lo creo. Elsie puede representar bien una comedia. Le aconsejé que mencionara la casa aseguradora y que se marchase en seguida.

—¿Qué hay de la señora Devarest?

—A las diez y media debo verla.

—¿Qué quiere?

—La policía sospecha que su marido fue el ladrón de las joyas. Ella quiere que le devolvamos su buen nombre.

—¿Puedes hacerlo?

—No.

—¿Por qué?

—Pues porque él fue quien las robó.

Bertha me observó con sus menudos y duros ojos. Cogió un cigarrillo, lo introdujo en el extremo de una larga boquilla de marfil tallado, y después de encenderlo se sentó a meditar algo que decir. Los brillantes de su mano izquierda relucieron cuando retiró de sus labios la boquilla.

—¿Qué le dijiste? —preguntó.

—Que aceptaría el empleo.

—¿Por qué se lo dijiste si sabías que su marido fue el ladrón?

—Porque su médico me aconsejó que no la contrariase.

—¿Piensas acudir a su casa a las diez y media?

—Sí.

—No te entiendo.

—La señora Devarest me dijo algo muy interesante.

—¿Qué?

—Pues que su marido había asegurado su vida en cuarenta mil dólares, a cobrar el doble en caso de muerte accidental.

—¿Y qué? ¿No cobrará los ochenta mil?

—No.

—Pero si el doctor murió.

—La muerte accidental, o por accidente, no quiere decir muerte por causas accidentales —interrumpí—. Hay una gran diferencia entre muerte accidental y muerte por causas accidentales. Para esto último es necesario que alguno de los factores que intervienen en el fallecimiento sea accidental.

—No lo entiendo —declaró Bertha.

—Si usted entra en un garaje y empieza a trastear en el motor e inhala monóxido de carbono y muere, eso no es un fallecimiento accidental, ya que todas las causas de su muerte han sido originadas por usted. Usted puso en marcha el motor; fue negligente; permaneció demasiado tiempo en la atmósfera envenenada.

—En ese caso, no recibirá paga doble.

—Exacto. Son muchos los abogados que no conocen la diferencia entre una clase de muerte y otra.

—¿Qué piensas hacer? —inquirió Bertha.

—Esperar a que la compañía de seguros dé la mala noticia a la señora Devarest.

—¿Y luego?

—Esperar a que la señora Devarest hable con su abogado.

—¿Y después?

—Cuando todos los demás la hayan desanimado, yo le sugeriré la posibilidad de que le hagamos ganar otros cuarenta mil dólares… basándonos en la cláusula de pago doble.

—¿Cómo?

—Aún no lo sé.

—Si le hiciésemos ganar otros cuarenta mil dólares, podríamos pedirle la mitad…

—No exagere.

—Bueno…, podríamos obtener un beneficio bastante grande.

—Desde luego.

—¡He querido decir que lo obtendría yo! —exclamó Bertha, de

pronto—. Claro que te cedería una parte respetable y…

—Obtendríamos —dije.

Bertha frunció el ceño.

—¿Qué pretendes?

—Abandonar el empleo —declaré.

Los muelles del sillón de Bertha crujieron al ponerse en pie.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—Me marcho.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¿Por qué?

—Quiero asociarme a partes iguales en el negocio.

—¿Qué negocio?

—Una agencia de detectives.

—¿Cuál?

—La suya.

Bertha permaneció callada unos minutos.

—Le conviene ir un poco más de pesca —añadí.

—Eres un hombre de gran imaginación, Donald —dijo Bertha—. No tienes el menor sentido comercial. Derrocharías el dinero a manos llenas. Antes de seis meses, este negocio se iría al agua si te aceptase como socio. Deja que Bertha lleve la dirección de esto y ella te dará una buena comisión.

—O vamos a medias, o me marcho.

—¡Está bien! ¡Márchate! —exclamó Bertha Cool.

—Tómelo con calma —aconsejé—. No se excite. Dígale a Elsie que me extienda un cheque por lo que me debe usted.

—¿Qué hay de tu entrevista con la señora Devarest?

—Puede ir a verla usted.

Roja de indignación, Bertha exclamó:

—¡Está bien, iré!

—Vaya con cuidado, no la ponga nerviosa —advertí—. El doctor no lo permitiría. El nerviosismo es malo para las arterias.

Le dije a mi patrona que me marchaba a San Francisco, en busca de trabajo, Como tenía pagado el alquiler hasta el primero de mes, si por entonces yo no había vuelto, le indiqué almacenase los objetos de mi pertenencia hasta que algún enviado mío los reclamase para remitírmelos.

La mujer nunca me había mirado con muy buenos ojos; pero lamentaba perderme, ya que le pagaba regularmente y mi empleo era seguro. Trató de averiguar por qué me habían despedido. Le expliqué que no me despedían, sino que era yo quien me marchaba. Pude ver claramente que no me creía.

Marché a San Francisco y permanecía tres días en un hotel económico; luego escribí a mi patrona anunciándole mi intención de quedarme en San Francisco.

A la otra mañana fui a la playa, patiné sobre hielo, estuve junto al mar hasta que la niebla aumentó, y luego marché a un cine. A las cinco y pico regresé al hotel.

Bertha Cool me esperaba en el vestíbulo. Su rostro expresaba claramente su indignación.

—¿Dónde demonios has estado? —me preguntó.

—Recorriendo la ciudad. ¿Cómo van las cosas?

—Muy mal.

—Lo siento. ¿Hace mucho que me espera?

—Ya sabes que sí. Vine en avión. Llegué a las doce y cuarto y desde entonces no me he movido de aquí.

—¡Qué lástima! ¿Por qué no se fue usted a su hotel, dejándome un aviso para que fuera a visitarla?

—Porque no me hubieses ido a ver —replicó—. Además, quería hablarte antes de que pudieses…

—Reflexionar, ¿no? —Terminé.

—¿Dónde podemos tomar unos cócteles? —preguntó Bertha.

—En esta misma calle, a dos cuadras de aquí.

—Está bien; vayamos a ese sitio.

La niebla de San Francisco llenaba la calle. Bertha Cool, con la barbilla erguida, avanzaba con paso ágil. Estaba tan furiosa que ni se daba cuenta de dónde nos dirigíamos. Por dos veces tuve que cogerla de un brazo para que no cruzase la calle violando las señales de tránsito.

Nos sentamos a tomar un cóctel. Bertha encargó un *whisky* doble. Yo tomé *whisky* con soda.

—Lo adivinaste todo —dijo de pronto Bertha.

—¿El qué?

—Todo —repitió Bertha—. Los de la compañía de seguros mostráronse muy apenados. No pueden pagar el doble seguro,

porque la muerte no se produjo accidentalmente. Sin embargo, ofrecieron pagar en seguida los cuarenta mil dólares del seguro sencillo. Le dijeron que podía aceptar el primer pago y reclamar judicialmente el otro. Le aconsejaron que hablase con un abogado.

—¿Qué más?

—Fue a ver a un abogado quien le aseguró que no sacaría nada de reclamar. Circula el rumor de que el mismo doctor Devarest robó el contenido de la caja y que luego, al ver que iban a descubrirle, se suicidó. Por otra parte era un enfermo.

—Cuénteme algo más de eso del suicidio.

—En el motor no encontraron nada que exigiese revisión. Funcionaba como un reloj. Tampoco encontraron huellas dactilares del médico. Parece como si el hombre hubiese querido ahorrar a su mujer el disgusto que le produciría el saber que su marido se había suicidado y que por ello fingió lo del accidente.

—¿Ha encontrado usted a la señorita Starr?

—Hasta ayer no presentó la reclamación en el Auto Club. Aún, no he hecho nada, acerca de eso.

—¿Por qué?

—No creo que a la señora Devarest le interese mucho encontrarla.

—¿Por qué no?

—Creo que había algo entre la secretaria y el doctor.

—¿Quién se lo ha dicho?

—La señora Devarest. Hasta ella han llegado bastantes murmuraciones. Dice que más vale enterrar lo pasado. Ayer celebróse el funeral.

—Muy interesante, ¿verdad?

—¡Mucho! —gruñó Bertha.

—¿Qué le ocurre? —pregunté, arqueando las cejas.

—He visitado a los mejores abogados de la ciudad. He pagado cincuenta dólares por sus consejos. Veinticinco a cada uno.

—¿Para qué?

—Los abogados estudiaron el caso y me dijeron que la señora Devarest no tiene base para ninguna reclamación. Aunque la muerte no fuera por suicidio, tampoco lo sería por causas accidentales. Lo mismo que tú dijiste. La señora Devarest ha hablado con su abogado, quien, de momento, le dijo que podía presentar una

reclamación; pero luego, al reflexionar mejor, declaró que, realmente, no podía reclamar. La señora Devarest daría veinte mil dólares con tal de cobrar los cuarenta mil.

—¡Caramba!

Bertha Cool me miró enfurecida.

—¡En ningún rincón de tu maldito cerebro hay encerrado algún plan para cobrar ese dinero! Estoy segura de que ella daría hasta el setenta y cinco por ciento del seguro con tal de cobrar y fastidiar así a los de la compañía de seguros. Son unos bandidos. Se muestran muy apenados, lo lamentan mucho, quisieran pagar; pero se lo impiden las leyes de seguros. Si pagaran faltarían a la ley.

Apurando mi *whisky* con soda declaré:

—San Francisco es un lugar maravilloso. Me parece que me gustará mucho vivir aquí.

—¡Tú te vienes conmigo a sacarme esa castaña del fuego! —rugió Bertha.

—Nada de eso; tengo un buen trabajo en perspectiva.

—Te vendrás con Bertha —declaró, muy firme, mi jefe—. Debí de estar loca cuando te dejé marchar. Me he acostumbrado tanto a que me ayudes, que sin ti no puedo llevar mi negocio.

—Es inútil, Bertha —repliqué—. Usted no podría soportar el compartir con otra persona su autoridad. Es demasiado individualista. Está demasiado acostumbrada a hacer su santa voluntad. Le gusta ordenar y mandar.

—Te equivocas por completo —replicó Bertha—. Ya he pensado en todo eso. Acepto la proposición que me hiciste, con una condición.

—¿Cuál?

—La de que yo estaré en libertad de entrar y salir cuando me dé la gana. Pienso seguirme dedicando a la pesca.

—¿A qué se debe este súbito amor por la pesca?

—He estado pensando en el doctor Devarest. El pobre trabajó día y noche. Si se hubiera tomado la vida con un poco más de calma, dedicándose a pescar, o a otra diversión, hubiese vivido más. Yo estaba demasiado gruesa para hacer ejercicio; me encontraba siempre enferma y cuando me repuse comprobé que me moría de ganas de hacer ejercicio al aire libre. Ahora me encuentro perfectamente; como lo que se me antoja y no aumento de peso. Tú

eres joven y ágil; no tienes por qué preocuparte de si engordas o no. Por lo tanto, llevarás el máximo peso del trabajo. Bertha seguirá pescando. ¿Aceptas en estas condiciones la asociación?

Sonriendo, repliqué:

—Puede pagar los *whiskies*, Bertha, pues como socio, yo los cargaría en gastos generales.

Bertha casi me tiró el bolso a la cara. Lo de cargar aquellas bebidas a la cuenta de la agencia era el colmo. Por fin, serenándose, declaró:

—Está bien, pagaré yo. Siempre ahorraremos algo, pues tú le darías una propina fabulosa al camarero.

capítulo seis

ME alegro de que vuelva usted a trabajar para mí, señor Lam —declaró la señora Devarest—. No es que su compañera no me guste; pero tengo más confianza en usted. Quizá porque Hilton le eligió.

La mujer vestía de negro, sin maquillaje y con los saltones ojos cargados de pesadumbre.

—¿Qué desea usted que haga? —pregunté.

—La señora Cool me dijo que usted sabría encontrar alguna manera de que la compañía de seguros pagase la prima doble.

—Las compañías de seguros deben atenerse a las leyes dictadas para ellas. No pueden pagar un seguro cuando las pruebas no demuestran que deben hacerlo.

—Ya lo he visto.

—Por lo tanto no quisiera hacerme cargo de ese trabajo a menos que todos los demás hubieran fracasado antes.

—Todo ha fracasado —declaró—. Oiga, señor Lam; estoy dispuesta a darle la mitad de cuanto pueda usted sacarle a la compañía de seguros.

—Tal vez haga falta acudir a los tribunales.

—No me importa si a usted le conviene.

—Veré lo que puede hacerse.

—Además le pagaré lo que usted acostumbra a cobrar diariamente si demuestra que mi marido no robó las joyas ni se suicidó. Si las hubiese robado no hubiesen desaparecido, ¿verdad? ¡Es absurdo!

—¿No tenía nadie más la combinación de la caja de caudales?

—No, que sepamos pero alguien debía de tenerla. La caja fue abierta por medio de la combinación. Era muy buena y no presenta señales de haber sido violentada. Sólo quiero pedirle una cosa: que no debe provocarse ningún escándalo con respecto a mi difunto

marido.

—Si empiezo a desenterrar pruebas no puedo pronosticar lo que saldrá a relucir.

—No es necesario que explique a la policía todo lo que descubra, ¿verdad?

—No, desde luego.

—Pues entonces ponga manos a la obra.

—¿Cree que hay algo que usted preferiría ignorar aunque fuese descubierto?

—Hilton era un buen marido —replicó la mujer—. Era bueno, considerado y cariñoso. Sin embargo, supongo que no debía de ser mejor que la mayoría de los hombres. No creo que pueda una fiarse de ninguno de ellos.

Al decir esto me dirigió una amplia sonrisa.

—Está bien, empezaré a trabajar —dije.

—Nadine quiere verle.

—¿Dónde está?

—Con Selma, en el cuarto de jugar.

—Bien, iré a verla.

—Trabajará usted en eso, ¿verdad, señor Lam?

—Haré cuanto pueda.

—Perfectamente.

—Respecto a la caja de caudales, ¿podría decirme si la han abierto después de la muerte de su marido?

—Sí. En su cuaderno de notas encontramos una serie de cifras. Mi abogado indicó que podíamos enseñarlas a un mecánico de la fábrica de cajas de caudales. Lo hicimos y el hombre la abrió con ayuda de ellas.

—Entonces, ¿han registrado la caja?

—Sí.

—¿Qué había en ella?

—Sólo las pólizas de seguro y un cuaderno de notas donde Hilton había anotado todos los detalles de su enfermedad desde el momento en que se inició. El pobre creía poder ayudar a la ciencia médica con las observaciones que realizaba sobre su dolencia.

—Comprendo.

—Mi abogado ha llegado a un acuerdo con la compañía de seguros —prosiguió la señora Devarest—. Ellos pagarán los

cuarenta mil dólares, sin que con ello renunciemos a nuestros derechos sobre los otros cuarenta mil.

—Perfectamente.

—¿No se olvidará de ver a Nadine?

—Iré ahora mismo.

La señora Devarest sonrió, declarando a continuación:

—No sé qué hay en usted que me inspira tanta confianza.

—Muchas gracias, señora.

Encontré a Nadine Croy en el cuarto de jugar. Por primera vez vi a Selma. Tenía los mismos ojos que su madre y una sonrisa fácil, que marcaba unos deliciosos hoyuelos en sus mejillas.

—Éste es el señor Lam, nenita —dijo su madre.

Selma acudió a tenderme la mano.

—¿Cómo está usted, señor? —saludó pronunciando las palabras.

—Muy bien, gracias. ¿Y tú?

—Yo estoy muy bien. Mamá me ha dicho que si soy buena esta noche me dejará hacer funcionar el cine.

—Le gusta mucho ver rodar las películas familiares que yo he impresionado —explicó Nadine Croy.

Selma me miró, explicando con su infantil acento:

—Hay también películas del «Tío Doctor». El «Tío Doctor» se ha dormido y no volverá a despertarse.

—¿De veras?

La niña asintió solemnemente.

—Diré a Jeannette que se haga cargo de la niña —anunció la señora Croy—. Tengo que hablar con usted.

Pulsó un timbre y un momento después entraba una camarera.

—¿Quiere hacer el favor de quedarse con Selma? —pidió la señora Croy.

La doncella asintió. Al salir del cuarto observé que Jeannette me miraba con gran interés. Yo veía su imagen reflejada en un espejo, ante mí. Cuando la muchacha se dio cuenta de que yo la estaba viendo me dirigió una amplia sonrisa.

—Por aquí —indicó Nadine Croy.

Me guió hasta un extremo del patio, indicando un par de sillones que parecían haber sido colocados allí especialmente para la entrevista.

Apenas nos hubimos sentado, preguntó:

—¿Le dijo el doctor Devarest algo de mí?

—Nada.

—¿Ni acerca de mis problemas familiares?

—No.

—¿Está seguro?

—Sí.

La mujer calló un momento, cual si meditase la forma de iniciar la explicación. Por fin, decididamente, comenzó:

—Mi matrimonio fue muy desgraciado. Me divorcié hace año y medio. Habría podido presentar un sinfín de pruebas contra mi marido; pero no quise hacerlo. Sólo presenté las necesarias para obtener el fallo y, desde luego, conservar a Selma.

—¿Obtuvo alguna pensión?

—No. No la necesitaba. Mi mayor mal ha sido heredar una gran cantidad de dinero. Walter Croy, mi marido, me conoció poco después de la muerte de mi padre. Portóse muy consideradamente conmigo; fue muy bueno y me ayudó muchísimo. Al fin me sentí atraída hacia él y me casé.

»Poco después de la boda descubrí que no era tan indiferente a mi dinero como había querido hacer ver. Probó diversas formas de hacerse con la administración de mi fortuna. Por suerte, como mis intereses eran muy grandes, tuve necesidad de los servicios de un abogado, que se mostró muy honrado y muy inteligente. Él fue quien me aconsejó que en modo alguno cediera a mi marido la administración de los bienes.

—¿Quién es ese abogado?

—Forrest Timkan.

—¿Qué más ocurrió?

—Creo que Walter se enteró de que Timkan me había prevenido contra él. A medida que yo iba presentando excusa tras excusa para no cederle la administración, se fue enfureciendo hasta demostrarme bien a las claras que el dinero era, en realidad, lo que a él más le importaba.

—¿Quiere decir que no la amaba?

—Yo no le importaba más que cualquier otra mujer. Es un explotador. Es guapo, atractivo y sabe dominar a las mujeres. Cuando se dio cuenta de que me habían prevenido contra el cederle la administración de la fortuna, perdió el interés por todo. Ni

siquiera Selma podía retenerle. Falsificó cheques con mi firma e hizo un sinfín de cosas despreciables. En fin, como ya le he dicho, conseguí el divorcio y la custodia de Selma.

—¿Qué ocurrió luego?

—Hace unos seis meses Walter comenzó a atacar el problema por otro flanco. Solicitó tener a Selma a su lado durante unos meses del año.

—¿No me ha dicho usted que a su marido no le interesaba la niña?

—Su hija no le importaba un comino; pero algún día Selma heredará mi fortuna. Esto último es algo que no puede dejar de interesar a Walter. También me propuso algo más.

—¿Qué?

—Me propuso que comprara su *no* reclamación de derechos.

—¿Lo hizo?

—No. El señor Timkan me dijo que una vez que hubiese empezado a ceder no habría forma de poner fin a sus demandas.

—¿Qué ocurrió, pues?

—Walter se puso muy desagradable, pero pronto dejó de reclamar. —La señora Croy me miró fijamente, preguntando—: ¿No le dijo el doctor Devarest nada acerca de eso?

—No.

—Pues de pronto cesaron las reclamaciones. El señor Timkan no lo comprendía. De todas formas quedamos encantados de dejar las cosas así.

»Ayer —continuó Nadine— el abogado de Walter anunció al señor Timkan que habíase producido un ligero retraso con respecto a la reclamación debido a que Walter no había abonado las cantidades necesarias para continuar la causa; pero una vez resuelto ese punto, el abogado está dispuesto a continuar.

—¿Por qué me dice todo eso? —pregunté.

—Porque creo que la muerte del doctor Devarest tiene algo que ver con la reanudación de las hostilidades. He hablado de usted al señor Timkan y desea verle.

—Bien. ¿Dónde puedo verlo?

Nadine Croy sacó de un bolsillo una de las tarjetas de su abogado y me la tendió. Después de echarle un vistazo la guardé en un bolsillo, prometiéndole:

—Está bien; iré a verle.

—Ojalá pudiera usted…

Nadine se interrumpió y quedóse mirando al hombre que acababa de salir del salón y estaba contemplando la fuente. Al vernos nos dirigió un saludo y pareció esperar a que terminásemos de hablar.

Creí notar en su rostro una vaga inquietud.

—¿Quién es ése? —pregunté.

—Corbin Harmley —contestó Nadine—. Uno de los hombres a quienes el doctor Devarest favoreció. Ha estado en América del Sur trabajando en los petróleos. Volvió el día antes de la muerte del doctor Devarest. Quería venir a saldar una antigua deuda.

—¿De qué importancia?

—Doscientos cincuenta dólares. Según parece es muy amigo de mi tío. Se conocieron en un restaurante. Harmley es un trotamundos, un hombre que se gana la vida descubriendo pozos de petróleo y que nunca pasa mucho tiempo en un mismo sitio. Por eso tía Colette nunca le había visto. Cuando conoció al doctor las cosas le iban muy mal y entonces se le presentó la oportunidad de volver a América del Sur. Mi tío le prestó el dinero que necesitaba para los gastos.

»Por lo que sé, Harmley tuvo buena suerte y mala, hasta que al fin encontró algo verdaderamente valioso. La competencia de las grandes empresas le perjudicó mucho; mas al fin logró sacar de sus descubrimientos más de lo que esperaba y volvió aquí. La primera persona a quien quiso ver fue el doctor Devarest, para pagarle su préstamo y darle la buena noticia. Fue entonces cuando se enteró, por los periódicos, de su muerte. Fue una sorpresa terrible.

»Escribió a tía Colette una carta muy sentida. La he leído y es una de las cartas más admirables que he visto. Le decía que en cuanto a ella le conviniera vendría a pagar la deuda.

»En la carta le decía muchas cosas del doctor Devarest; cosas que nosotras nunca habíamos sabido. Le explicaba que mi tío ayudó a muchas personas con préstamos en dinero y con sus consejos.

—¿Y vino luego a ver a su tía?

—Sí. Le encontró en el funeral.

—Parece usted tenerle miedo. ¿Por qué?

—No es que le tenga miedo. Es que… tengo la impresión de

haberle visto antes de ahora.

—Quizá si me hablase usted con más franqueza podríamos adelantar algo.

Nadine echóse a reír.

—No crea que ando con rodeos —declaró—. Es que no quiero lanzarle sobre una pista falsa. Estoy segura de haber visto a ese hombre antes de ahora. Tengo casi el convencimiento de que una noche fue a ver a mi marido. Fue poco después de nuestra boda. Sólo pude verle un momento.

—¿Le ha interrogado usted?

—No. No quiero discutir con él mis asuntos particulares y, además, puede tratarse de un error mío.

—¿Por qué me dice todo eso? —pregunté.

—Porque aparte de lo que hace usted por tía Colette, quisiera que me ayudase. Quiero que vaya a ver al señor Timkan. Quiero, también, que averigüe si el señor Harmley conoce a Walter. No puedo apartar la idea de que, sin querer, Harmley diera a mi tío algunos informes relativos a Walter, mediante los cuales el doctor Devarest pudo dominar a mi marido.

—¿Tiene miedo de presentarse a los tribunales para el proceso relativo a la custodia de la niña? —pregunté.

Su mirada se fijó en la mía un momento. Evasivamente replicó:

—Selma es ya mayorcita y empieza a comprender las cosas. El proceso no le haría ningún bien. Y si Walter consiguiese una decisión judicial sobre la custodia de la niña, esto sería muy malo para… para Selma.

Reflexioné un momento, anunciando luego:

—Bien, iré a ver a Timkan.

—No ahorre gastos —indicó Nadine—. Todo eso tiene una gran importancia para mí. Claro que no quiero decir que derroche el dinero…

—Comprendo.

—¿Quiere ver ahora al señor Harmley?

—¿Por qué no?

La mujer se levantó. Cruzamos el patio. Harmley nos observó atentamente. Era un hombre de aspecto interesante, de unos treinta y tantos años, de abundante cabello negro peinado hacia atrás. Mantenía erguida la barbilla, como si se sintiera muy orgulloso de sí

mismo y de su trabajo. Su mirada era aguda, penetrante y algo burlona.

Con voz algo nerviosa, la señora Croy me dijo:

—Quiero presentarle como un viejo amigo de la familia. Vale más que nos tuteemos. Tía Colette cree que debe hacerse así.

—Perfectamente —aprobé.

Nadine hizo las presentaciones. Harmley me estrechó con calor y firmeza la mano. Su voz era baja pero tan bien modulada que daba la impresión de fuerza contenida.

—Si conoció usted íntimamente al doctor Devarest, disfrutó del privilegio de tratar a un hombre muy notable —declaró.

—Ésa es mi opinión —repliqué.

—Aquel hombre cambió mi vida —siguió Harmley. Iba a decir algo más; pero se contuvo, como si su gratitud luchase con su natural repugnancia a hablar de sí mismo.

—Voy a ver cómo está mi hija —intervino la señora Croy—. Irás a ver a la persona de quien te he hablado, ¿verdad, Donald?

—Desde luego, Nadine.

Sonriendo, la mujer se marchó. Harmley la siguió con la mirada y, cuando hubo salido del patio me dijo:

—¿Sabe usted, Lam, que tengo la impresión de haber visto a esa señora en otro sitio, hace bastante tiempo? Sin embargo, no puedo precisar el sitio donde la vi. Pero estoy seguro de haberla visto.

—Eso ocurre muy a menudo —dije—. A mí me ha pasado varias veces. Puede tratarse de una persona a quien hemos visto en un autobús o tranvía y luego, al volverla a ver, tenemos la impresión de conocerla. Tal vez la vio usted con el doctor Devarest.

—Eso debe de ser. De todas formas la impresión es muy curiosa.

—Tiene una hija muy lista.

—¿Verdad? ¿Está separada de su marido?

—Divorciada.

—¡Qué lástima!

—Creo que usted conoció mucho al doctor Devarest.

—Le veía a veces bastante a menudo; luego dejaba de verle por unos meses.

—¿Tenían amistades comunes?

—Sí. Comíamos en el mismo club. Yo dejé de ser socio de él hace bastante tiempo; pero cuando estaba en la ciudad iba a comer

allí con el doctor. Mi último viaje me mantuvo lejos de aquí siete u ocho meses.

—Es curioso —observé—. Hace siete u ocho meses, alguien le dijo al doctor Devarest algo acerca de determinada persona a quien los dos conocían. Fue algo que causó mucho efecto en el doctor.

—Todo eso es muy vago —indicó Harmley.

—Sí.

El hombre echóse a reír.

—No quiero pecar de curioso, pero…

—Se trata de algo que la viuda desea averiguar.

—¿Sabe usted quién era esa persona?

—No tengo la menor idea.

—No comprendo —murmuró Harmley.

—Estoy interrogando a los amigos del doctor Devarest —expliqué—. Usted le vio hace seis o siete meses.

—Unos siete meses.

—¿Le vio mucho, entonces?

—No. Fue una visita muy breve. Comimos juntos un par de días. Una noche me habló de su estudio y del uso que hacía de sus aparatos eléctricos. Hilton lo guardaba muy secreto. Creo que sólo sus más íntimos amigos lo conocían.

—¿Recuerda si cuando le habló de su estudio mencionó el haber instalado una caja de caudales?

Harmley clavó la vista en la frente. Al cabo de unos segundos contestó:

—Creo recordar que dijo algo acerca de una caja de caudales. Tal vez fue el segundo día que comimos juntos. Habló de comprar o haber comprado la mejor caja de caudales de pared del mercado. Creo que aquel mismo día la encargó.

—Oiga, Harmley; voy a ser franco con usted. Me interesa muchísimo saber de qué hablaron usted y el doctor Devarest aquel día.

—Pero… ¿Es que cree que pude facilitarle algunos informes valiosos para él?

—Exacto.

—No recuerdo apenas nada.

—Procure recordar de quién hablaron y lo que dijo usted acerca de dichas personas.

—Me va a ser difícil recordar. De todas formas procuraré hacerlo con calma. Dentro de unos días tal vez haya podido recordarlo y, entonces, se lo podré decir. Cuando uno habla con alguien a quien no se ha visto en mucho tiempo, por lo general se dicen vaguedades de un sinfín de personas.

—¿No enseñó usted ninguna fotografía al doctor Devarest?

—Sí: —fotografías de amigos míos de América del Sur. Y una que me hice en un parque de San Francisco. Era muy cómica y nos reímos mucho. Por cierto que el doctor me pidió una copia de aquella fotografía. ¿Por qué ha hablado usted de fotografías, Lam?

—Por preguntarle de todo. Son una posibilidad.

—De todas formas las fotografías que enseñé a Hilton no pueden tener ninguna importancia para sus investigaciones. Se trataba de retratos de personas interesadas en mis empresas sudamericanas.

—¿Invirtió el doctor dinero en su empresa?

El hombre me dirigió una rápida mirada.

—No… y lo siento. De todas formas usted pregunta mucho y de muchas cosas.

—Desde luego.

Con súbita frialdad, Harmley declaró:

—Me alegro de haberle conocido, señor Lam. Espero que volveremos a vernos.

Sonriendo, repliqué:

—No tenga miedo: nos veremos bastante a menudo. Vengo casi todos los días a esta casa.

Harmley se marchó y un momento después reapareció Nadine Croy, que había asistido, oculta, a la escena.

—¿Ha averiguado algo? —preguntó.

—No mucho. Enseñó al doctor Devarest algunas fotografías de gente interesada en sus negocios.

—No veo la importancia de eso.

—Ni él. Cree recordarla a usted.

—Entonces fue el hombre que visitó a Walter. ¿Le recordó usted el suceso?

—No.

—¿Por qué no?

—Creí preferible dejar que él recordase por sí solo. Mi deber es conseguir informes, no proporcionarlos.

—Tal vez yo pueda romper el hielo diciéndole que su cara me resulta familiar y…

—No. Vale más que deje las cosas tal como están ahora.

—No le habrá ofendido, ¿verdad?

—No; sólo le pregunté si el doctor Devarest había invertido algún dinero en su empresa. Se molestó.

—¿Por qué?

—Pues porque si fuese así, Harmley estaría estafando a la señora Devarest.

—No comprendo.

—Suponga que su tío le hubiese dado los doscientos cincuenta dólares para invertirlos en el negocio de petróleo. Suponga que los pozos descubiertos por Harmley hubieran sido muy valiosos y que la inversión del doctor representase una verdadera fortuna. En ese caso, Harmley, al decir que los dólares fueron un préstamo, cometería una estafa.

—¿No habrá algún documento firmado?

—Tal vez no.

Nadine quedóse pensativa y, al fin dijo:

—Usted no se fía mucho de la gente.

—No —repliqué—. ¿Podría hacer que su marido acudiese a la oficina de su abogado?

—Sólo haciéndole creer que iba a obtener algún beneficio.

—Procure que su marido y Harmley se encuentren en algún sitio donde pueda observarlos alguien que sepa interpretar sus reacciones al reconocerse.

—¿Se refiere al señor Timkan?

—Si es un buen abogado podrá sacar bastante en limpio de lo que se digan al ser presentados.

—Procuraré arreglarlo. Creo que será mejor que usted procure hacer ver que es un amigo muy íntimo mío.

—Bien, cuando Harmley esté delante me mostraré muy amable.

—Sólo cuando haya alguien delante.

—Perfectamente. ¿Quién es ése que entra?

—Rufus Bayley, el chófer.

Era el mismo hombre a quien había visto asomarse por la puerta del cuarto de las herramientas la noche en que murió el doctor Devarest.

—Me gustaría hablar con él.

—Rufus —llamó Nadine, con musical acento.

El hombre estaba abriendo la puerta. Volvióse su rostro cambió de expresión. Al verme volvió a ocultarse tras una máscara. Era un hombre de rostro grande que daba la impresión de una fuerza bondadosa, como un gran San Bernardo o un danés.

—Dígame, señora Croy.

—¿Engrasó ayer mi coche?

—Sí, señora Croy.

—¿Necesita más? —me preguntó Nadine, en voz baja.

Vi al sobrino, Jim Timley, abandonar la casa.

—Basta por ahora —dije.

Nadine despidió al chófer con una sonrisa y un ademán.

Jim Timley avanzó por el patio hacia nosotros. Caminaba con la decisión de un hombre que lo fía todo a la acción directa. Su mirada se clavó en la mía.

—He hablado con tía Colette —dijo—. Me ha contado lo de usted y eso de la amistad familiar.

Asentí con la cabeza.

—Eso pone a tía Colette en una situación un poco difícil —siguió.

—Continúe.

—Los amigos del doctor Devarest nunca le oyeron hablar de usted. Tía Colette cree, ahora, que la gente podría sacar conclusiones un poco desagradables viéndole aparecer después de la muerte del doctor y convertirse en un amigo íntimo. Por lo tanto cree que sería preferible aparentar que es usted amigo particular de Nadine.

—La señora Croy ha sugerido ya lo mismo. De todas formas me interesa saber con exactitud adónde vamos. No quiero cometer errores y meter un tanto en mi propia meta.

capítulo siete

ELSIE Brand anunció:

—No Donald, no ha estado aquí en todo el día; ni siquiera ha llamado por teléfono.

Me senté y le ofrecí un cigarrillo.

Elsie movió negativamente la cabeza.

—A Bertha no le gusta que fume en las horas de oficina.

—No se preocupe —le dije. Ahora soy socio de la casa.

—Eso he oído.

Elsie vaciló todavía un momento y al fin encendió el cigarrillo.

Fumamos un rato, en silencio.

—Creo que sería bueno aumentarle el sueldo —dije, al fin.

—¿Por qué?

—Porque se pasa el día dándole a la máquina de escribir.

—Eso le haría subir la presión arterial a Bertha. El mes pasado le pedí un aumento y se enfadó tanto que por poco me mata.

—¿Cuánto pidió?

—Diez dólares más.

—Ya los tiene concedidos.

—No puede usted hacerlo.

—¿Por qué?

—Bertha anulará el aumento.

—No se preocupe. Considérese aumentada. ¿Qué hay de la bicicleta que destrozó? ¿No ha sabido nada de ella?

—Aún no. Esta mañana he telefoneado al Auto Club. Creo que esa chica fue más lista que nosotros.

—Vuélvales a llamar, por si acaso.

Elsie marcó un número, preguntó un nombre y al cabo de unos instantes inquirió:

—¿No saben todavía nada de aquella bicicleta destrozada?

Noté que su rostro cambiaba de expresión. Cogiendo un lápiz pidió:

—Un momento… Nollie Starr… seis… ocho… uno. Calle East Bendon… ¿Cuánto pide?… Sí, fue culpa mía. Lo siento… Muchas gracias.

Colgó el teléfono y arrancó la página de su libro de notas.

—Aquí tiene su dirección —dijo—. No reclamó hasta haberse hecho reparar la bicicleta. El Auto Club tiene la factura por las reparaciones. Ha sido extendida directamente a ella, a esa dirección.

Doblé el papel, lo guardé en un bolsillo, diciendo:

—Será mejor comprobar si es la dirección que necesitamos. Cuide de que el Auto Club pague la reparación. No quiero que la señorita Starr empiece a hacer averiguaciones y descubra dónde trabaja usted. Podría cambiar de domicilio.

—Está bien, llamaré mañana…

Se abrió la puerta y Bertha Cool entró en la oficina.

Elsie aplastó el cigarrillo contra el cenicero y volvió su atención al teclado de la máquina, Bertha Cool nos dirigió una mirada centelleante.

—¿Dónde ha estado? —pregunté.

Los negros y duros ojillos de Bertha se iluminaron triunfalmente.

—Pescando —anunció—. He disfrutado de un día perfecto. Ya te dije que iba a disfrutar de la vida. No te interrumpas por mí, Donald. Sólo quiero recordarte que Elsie trabaja por un sueldo y que hasta ahora no se ha considerado tan insustituible como para exigir una participación.

—Elsie y yo hablábamos de negocios.

—¿De veras?

Iba a decir algo más; pero se contuvo, inquiriendo:

—¿Era acerca de la bicicleta?

—Sí, en parte.

—¿De qué más hablabais?

—Elsie me estaba diciendo que el coste de la vida sube a cada momento y que le cuesta mucho cubrir sus gastos.

—Veo que ha estado perdiendo el tiempo para conseguir que te apiadases de ella. Lo mismo hizo conmigo el mes pasado.

—Pues ha logrado que me apiade. —A pesar de su indignación,

Bertha fingió asombrarse—. Sí, le he aumentado en diez dólares el sueldo.

Bertha había empezado a decir algo; pero mis palabras la dejaron boquiabierta durante unos segundos. Al fin soltó un torrente de palabras.

—¿Qué significa eso? ¡Yo soy quien rige esta oficina! Tú podrás estar asociado; pero no tienes derecho a aumentar los sueldos sin mi permiso. Y para que te enteres…

—¿No sería mejor que nos peleásemos en privado? —pregunté.

Bertha intentó añadir algo más; pero al fin, bruscamente, dirigióse a su despacho particular. Yo la seguí, cerrando de golpe la puerta.

—Ya debí esperar que la cosa terminara así —declaró Bertha, esforzándose en conservar la calma—. Esa chica merece tanto un aumento de diez dólares como un chófer para que la traiga al despacho. Cobra lo mismo que otras mecanógrafas…

—Pero hace el doble de trabajo que le haría cualquiera de esas mecanógrafas.

—Bien ¿y qué? —preguntó Bertha—. Ella quería el empleo; yo la acepté. Se presentaron un centenar más. Como es lógico escogí la mejor, la que podía trabajar más.

—Entonces los tiempos eran difíciles. Había pocos empleos. Ahora las cosas han cambiado.

Bertha abrió el cajón central de su mesa, extrajo de él una larga boquilla de marfil, insertando en ella un cigarrillo con tal fuerza que lo partió por la mitad. Iba a tirarlo; pero conteniéndose a tiempo lo acabó de partir y guardó el pedazo sobrante, dejando el otro en la boquilla.

—Tal vez no te des cuenta de ello, pero en el momento en que se me antojo puedo disolver nuestra asociación —dijo.

—Lo mismo puedo hacer yo —repliqué.

—¿Tú? Viniste sin un centavo en el bolsillo y completamente muerto de hambre. ¿Irías a disolver una sociedad que te va a dar más dinero del que jamás has soñado? ¡No me hagas reír!

—Pues o Elsie Brand recibe el aumento de sueldo de diez dólares que pide, o queda rota nuestra sociedad.

La mano con que Bertha sostenía la cerilla tembló. Levantándose fue hasta la ventana, volviéndome la espalda. Al cabo de unos

segundos regresó hacia mí.

—Está bien —replicó, con extraña dulzura—. Recibirá los diez dólares. Pero recuerda que ya no cobras un sueldo, sino una participación en los beneficios, descontados los gastos. Lo malo en ti es que sigues siendo generoso con un dinero que crees es sólo mío. Esos diez dólares mensuales son cinco dólares menos que tú recibirás cada mes. ¿Qué hay de nuevo en el caso Devarest?

—He de ver al abogado de Nadine Croy, un tal Timkan. ¿Le conoce usted?

—Nunca he oído hablar de él. ¿Para qué has de verle?

—Para hablar del asunto.

—¿Cuándo?

—Mañana por la mañana. La señora Croy llevará allí a un hombre que, según ella cree, sabe algo de su marido.

—¿Cómo?

—Sospecha que ese hombre dijo al doctor Devarest algo muy importante acerca de Walter Croy, y que permitió al doctor apretarle los tornillos al marido. Sea cual sea esa prueba, fue robada de la caja de caudales.

—¿Al mismo tiempo que las joyas?

—Antes. Lo del robo de las joyas fue una idea que tuvo el médico para tener con ello una excusa para avisar a la policía.

—¿Dónde están ahora las joyas?

—Lo ignoro. Un anillo estaba en el auto…

—Ya lo sé. Pero si Devarest cogió las joyas, ¿dónde están ahora los demás?

—No lo sé.

—La viuda debería pagarnos un premio por encontrarlas.

—Aún no las he encontrado.

—Las encontrarás.

—No estoy muy seguro de que la señora Devarest me haya contratado para recobrar las joyas.

—¿Para qué te contrató, pues?

—Pues para hacer de tapadera.

—¿De qué?

—Sencillamente: para impedir que Walter Croy se entere de quién era la persona a quien amaba su ex mujer.

—¿Por qué crees eso?

—Pues porque han empezado por decirme que debo pasar no por detective, sino por amigo de la familia. Y luego han aclarado que debo pasar por amigo de Nadine Croy.

—¿Qué hay de malo en eso?

—Por lo que a mí se refiere, nada. Sólo quiero hacer resaltar que Nadine Croy se esfuerza demasiado en hacer ver que yo soy su pasión.

—No lo entiendo —declaró Bertha.

—Walter Croy ha presentado demanda de custodia de la niña, tratando de demostrar que su madre no merece tener en su poder a la chica. No lo hace por cariño a su hija. Quiere dinero. La demanda la presentó hace mucho tiempo, mas luego sucedió algo que le hizo retroceder como si hubiese visto al lobo. Pero en estos últimos días ha sucedido algo que le ha permitido volver a presentar su demanda, y como la señora Croy al ver que su antiguo esposo dejaba de molestarla, creyó que ya no debía temer nada, cometió algunas imprudencias y ahora las cosas están como hace siete meses; ni más ni menos que antes.

—¿En qué puede beneficiaria el aparentar que tú eres su amor?

—Pues en que nadie podrá demostrar jamás que la señora Croy y yo hayamos hecho nada malo, y de esa forma no buscarán más allá y tampoco darán con el amor legítimo.

Bertha Cool entornó los ojillos.

—Me parece que has dado con algo.

—Pronto lo sabré.

—¿Cómo?

—Si la mujer empieza a pedirme que aparezca con ella en público, entonces sabré que no ando desencaminado.

—¿Y a qué tantas precauciones? ¿No está ya divorciada?

—Cuando sepa el porqué sabré también de qué está asustada.

—¿Crees que está asustada de algo?

—Claro.

En aquel momento sonó el teléfono.

—¿Quién? —preguntó Bertha.

Luego, volvióse hacia mí, anunciando:

—Es la Croy. Pregunta por ti. Elsie le dijo que estabas en una conferencia y que no podía interrumpirte. Quiere saber si esta noche estás libre. Dice que tía Colette y ella creen que sería bueno

que os viesen en público.

—Dígale a Elsie que yo llamaré dentro de una hora.

Bertha transmitió el mensaje y luego de colgar el teléfono con violencia suficiente para hacerlo pedazos, declaró:

—La has conquistado.

—No estaría mal —repliqué—. Tiene unos cuantos cientos de miles de dólares. Podría casarme con ella y retirarme de los negocios.

—¿Crees que sus intenciones no son decentes? —preguntó Bertha.

Marché hacia la puerta, declarando:

—Para quien es puro todas las cosas son puras.

El seiscientos ochenta y uno de la calle Bendon era una de esas casas de alquiler de tipo corriente que parecen hechas en serie. Era de tres pisos y carecía de ascensor. El departamento 304 estaba en el último piso, y en la parte delantera. En la puerta se leía el nombre de Dorothy Grail. Llamé al timbre. Oí rumor dentro y al fin la puerta se abrió unos diez centímetros. Por la ranura me miraron unos ojos negrísimos.

—¿Vive aquí la señorita Starr? —pregunté.

—No, aquí sólo vive la señorita Grail.

—¿Y no vive aquí ninguna señorita Starr?

—No.

—¿No la conoce usted?

—No. —La puerta empezó a cerrarse.

Disimulando mi voz declaré:

—¡Qué raro! Vengo del Auto Club. Ella nos dio esta dirección. Tengo que abonarle una cantidad por su bicicleta.

Oí unos pasos precipitados y la voz de Nollie Starr, que decía:

—Eso es otra cosa, Dot. Puedes abrir.

La muchacha de los ojos descorrió el cerrojo y entré en el departamento. Éste constaba de dos habitaciones: una menuda cocinita un salón y dormitorio combinados. La cama era de pared.

Nollie Starr sólo necesitó unos segundos para reconocerme. Primero su expresión indicó que creía recordarme; luego la ira y el miedo, aparecieron en sus ojos.

Un hombre estaba sentado en una silla, junto a la mesa colocada en un extremo del salón. Al oír la ahogada exclamación de Nollie

Starr levantó la cabeza. La luz le dio de lleno en el rostro. ¡Era Jim Timley!

—Buenas noches —dije—. No quiero interrumpir la conversación.

Timley se puso en pie, ayudado más por sus brazos que por las piernas. Me recordó el aspecto de un espárrago hervido.

La muchacha de los ojos negros parecía la única que no deseaba salir huyendo. Me miraba curiosamente, sin acabar de comprender.

—Me llamo Lam —dije—. Supongo que nadie se va a molestar haciendo las presentaciones. Usted es Dorothy Grail. Ahora que nos conocemos todos, ¿qué prefieren? ¿Hablamos entre nosotros o pedimos o Dorothy que se marche?

Dorothy cerró la puerta y corrió el cerrojo.

—¿Por qué no hablan aquí? —preguntó.

—Oiga, Lam, yo puedo explicarle todo esto —empezó Timley. Miró a Nollie Starr y, cobrando un poco de valor, añadió—: Por más… que no veo que nada de esto le importe a usted lo más mínimo.

Nollie Starr movió aprobadoramente la cabeza.

Timley se animó más. Arqueando el pecho avanzó, belicoso, hacia mí. Sin duda había añadido el boxeo a sus otras aficiones deportivas.

—Nunca me han gustado los tipos frescos —declaró—. Márchese antes de que cuente hasta tres. Uno…

—Tiene razón: nada de esto me importa —dije—. Al fin y al cabo se me contrató solamente para presentar los hechos a la señora Devarest. Le pasaré el informe y puede usted entenderse luego con ella.

La voz de Timley reveló un súbito pánico.

—No se marche —pidió.

—Si ha cambiado de opinión, empiece a hablar —dije.

Timley miró a la muchacha. Estaba tan asustado como un gatito en lo alto de un poste de telégrafos.

—Ya que se entromete usted tanto en mis asuntos privados, yo misma puedo contestarle —dijo Nollie Starr.

—Eso nos ahorrará tiempo. Decida pronto lo que tiene que contarme.

Sus ojos expresaron indignación.

—¡Estoy harta de verle siempre detrás de mí! —declaró—. Y para que se marche le diré que hace seis meses que vivo aquí. Esta señorita es mi compañera de habitación. Dorothy Grail. Conservé este alojamiento porque no sabía el tiempo que podría durarme mi empleo en casa del doctor Devarest. Hace un par de meses, una noche de lluvia, Jim Timley me acompañó a casa. Entonces conoció a Dorothy y volvió varias veces más. Por lo general, cuando él viene yo me marcho, a no ser que ellos dos tengan que salir. Hoy no he salido porque no estaba de humor.

»Reconozco que cometí un error al escapar cuando el doctor Devarest me ordenó que llamase a la policía. Tenía una razón para marcharme: pero no se la voy a contar. Ni a usted ni a nadie. Si quiero permanecer alejada de los demás hasta que la policía se entere de quién robó las joyas, no he de dar explicaciones a nadie.

»Jim Timley sabe cuál es la situación. Él puede responder de mí.

—Es verdad —se apresuró a declarar Timley—. Le está diciendo la verdad, Lam.

Nollie Starr prosiguió hablándome con la misma vehemencia:

—Todo cuanto deseo es que se me deje tranquila. Sólo me importan mis asuntos y quiero que los demás se preocupen sólo de los suyos. Si verdaderamente quiere hacerme un favor, averigüe pronto quién robó las joyas.

—¿No tiene usted alguna idea?

—No.

Timley consultó su reloj, vaciló un momento y, por fin, recogiendo el sombrero, dijo:

—Quiero hablar con usted, Lam. Lo acompañaré hasta la esquina. Allí tengo mi auto.

Nollie Starr le dirigió una significativa mirada, y por fin entró en la cocina. Dorothy Grail fue hacia él y le tendió la mano.

—Buenas noches, Jim —dijo—. Lo siento.

—No te preocupes.

—No puedo evitarlo —prosiguió la muchacha—. Lo comprendes, ¿verdad?

Había ansiedad en su voz.

—Claro, claro —replicó, impaciente, Timley.

La joven le abrazó.

—Esto no hará cambiar las cosas, ¿verdad?

—No.

Dorothy rodeó con un brazo el cuello de Timley.

—Jim querido…, promete…

El hombre parecía impaciente por librarse del abrazo.

—No, te digo que nada cambiará.

Luego sus labios se unieron en un prolongado beso, que dejó una mancha roja en la boca de Timley.

—Por mí no se marche —dije a Timley.

—No, no. Quiero hablar con usted. —Volvióse hacia Dorothy Grail—. Estate segura de que nada cambiará.

Con la risa bailándole en los ojos, Dorothy le dijo, a la vez que miraba hacia Nollie Starr:

—Cuéntale a ese simpático detective todo cuanto desea saber.

Timley recogió el sombrero.

—Límpiate la boca —aconsejó Nollie—. Dorothy debería cambiar de lápiz para los labios. No te olvides de tus libros. Nos han gustado mucho.

La muchacha acercóse a Timley y con su pañuelo le limpió el rojo que manchaba sus labios; después le entregó un paquete atado con un cordel.

—Buenas noches, Nollie —se despidió Timley.

Luego fue a decir algo a Dorothy, pero cambió de opinión y volvióse hacia mí. Cuando llegamos a la calle, Timley me dijo:

—Usted parece un hombre decente, Lam.

—Muchas gracias —repliqué.

—Me parece usted uno de esos hombres que saben atender a razones.

—¿Qué clase de razones?

—No sé si se le ha ocurrido a usted pensar alguna vez en cuál es mi situación en casa de los Devarest.

—Tal vez.

—Tía Colette es una mujer que sólo piensa en sí misma. Es vanidosa. Controla todo el dinero que tengo y llegaré a tener. Mi familia me dejó sin un centavo. Tía Colette me pagó los estudios; luego quiso que yo viajase, después hizo que la acompañara por todas partes. Yo dejé hacer. Al cabo de algún tiempo dejó de decir a nuestros conocidos que yo era su sobrino. Viajamos bastante y vi mucho mundo; pero pagué muy caro ese placer. Tía Colette no

dejaba que me apartase de ella. Sólo cuando se acostaba podía yo ir a disfrutar un poco del mundo.

»Cuando volvimos, se empeñó en que viviera en su casa para cuidarme una enfermedad tropical. El doctor Devarest me aconsejó que no contrariase a mi tía. Poco apoco me fui acostumbrando a vivir allí. Al doctor Devarest le gustaba tener a su alrededor a gente joven. Colette le aburría mucho.

Timley respiró hondo, prosiguiendo luego:

—Éste es el estado de cosas actual. A veces me avergüenzo de mí mismo, pero no sirvo para otra cosa. Mi cultura se limita a cosas que no dan de comer. No crea que no he intentado conseguir empleos. He acudido a las fábricas de aviones. Me prometieron tomar nota de mis aptitudes y avisarme en cuanto me necesitaran. No me han necesitado. Tía Colette no sabe nada de eso. Me ha prometido acordarse de mí en su testamento. Se empeña en que aún estoy débil a causa de aquella enfermedad tropical y que no estoy en condiciones de ganarme la vida. Cuando vuelva a estar fuerte, usará su influencia para proporcionarme un empleo… Por lo menos, eso dice.

—Su tía Colette vivirá mucho tiempo —dije.

Pareció que iba a decir algo, pero no lo hizo.

—Otros veinticinco años de esta vida y será usted un marchito Beau Brummel —dije con intención de hacerle soltar lo que tenía en la punta de la lengua.

Al fin lo soltó violentamente.

—Tía Colette no vivirá más de dos o tres años. Su corazón está cada día más enfermo. El doctor Devarest lo sabía; pero nunca se lo dijo. Explicaba que tía Colette moriría de repente, cuando menos se lo esperase, y que, por lo tanto, valía más dejarla vivir como quisiera.

—¿Quién le contó eso? ¿El doctor Devarest?

—No, Nadine. El doctor se lo dijo a ella y ella me lo contó a mí. Sabía mis sentimientos. A tía Colette no le gusta que me interese por las mujeres. Dice que lo hace por mi salud y que necesito mucho aire y mucho sol. Pero la verdad es que siente celos. Quiere ser el centro de atracción en todas partes. Quiere gobernar a los demás. Todo eso puede usted comprobarlo preguntando a Nadine.

—Si a Nadine no le gusta el carácter de la señora Devarest, ¿por

qué diablos está en su casa? —pregunté—. Ella no depende monetariamente de…

—Si puede usted encontrar la respuesta a ese problema, será mucho mejor detective que yo —interrumpió Timley.

—¿Quiere decir que su tía tiene algún poder sobre la señora Croy?

Timley encogióse de hombros.

—Estoy hablando demasiado —dijo.

—Al contrario, no habla bastante.

—Oiga, Lam. ¿No podríamos llegar a algún acuerdo?

—No.

—¿Es que le dirá a tía Colette lo de Dorothy Grail?

—Trabajo para su tía.

—Pero lo hace con el fin de recobrar las joyas, de demostrar que tío Hilton no se suicidó, y para que la compañía de seguros pague la doble prima. Mis relaciones con Dorothy no entran en eso.

—Meditaré sobre ello —prometí—. Buenas noches.

Timley quedó en la acera, viendo Cómo yo me alejaba.

capítulo ocho

SEIS manzanas más abajo, me detuve ante una farmacia y desde allí telefoneé a la Jefatura de Policía preguntando por el teniente Lisman, del Departamento de robos de joyas. Acababa de llegar.

—Aquí, Lam al habla —dije—. De la agencia Cool y Lam, Investigadores Privados.

La voz del policía no tenía nada de amable.

—Bien; ¿qué quiere?

—Se trata de una información que deseo darle acerca de las joyas Devarest, pero no quiero que se sepa de donde procede.

La voz del teniente reflejaba más interés.

—¿Qué informe es ése?

—Oiga. Trabajamos para la señora Devarest, para aclarar ciertos puntos del caso. Si ella se entera de que le he informado a usted me despedirá. Tendré que protegerme.

—Parece como si se tratara de algo importante.

—Así es.

—Está bien. Diga.

—Nollie Starr, la secretaria que desapareció cuando el robo de las joyas, vive en el seiscientos ochenta y uno de la calle East Bendon. El departamento está a nombre de Dorothy Grail, su compañera de alojamiento. Dese prisa, porque podría escapar.

—¿Dice que el departamento está a nombre de Gail?

—No, Grail. G-r-a-i-l.

La voz del teniente era amabilísima.

—Muy bien, no lo olvidaré… si da resultado —prometió.

—No tenga miedo. Dará resultado —aseguré, colgando el receptor.

Me dirigí a casa de los Devarest. En la habitación del chofer, encima del garaje, había luz. Sin hacer ruido, subí allí y llamé a la

puerta. Rufus Bayley abrió… Al verme, me dirigió una sonrisa que hizo aparecer una cicatriz en su mejilla izquierda.

—Soy Donald Lam —le dije.

—Ya lo sé. ¿Qué desea?

—Quiero entrar.

Se hizo a un lado.

—Pase.

El cuarto daba al exterior por tres lados. Todas las ventanas estaban provistas de persianas nuevas. Las alfombras parecían un poco gastadas. Veíase una estantería llena de libros. Me acerqué a examinarlos. En su mayoría eran novelas de éxito seis meses antes. El cuarto estaba muy limpio.

—Siéntese —invitó Bayley.

Me dejé caer en el sillón que me pareció más cómodo. El chofer sentóse frente a mí. Seguía sonriendo.

—No hace falta que adopte conmigo el papel de amigo de la familia —dijo—. La señora Devarest me lo contó todo. Me dijo que le ayudase.

—Muy bien.

—¿Quiere saber algo?

—¿Cuánto tiempo hace que trabaja en esta casa?

—Unos seis meses.

—¿Ingresó al mismo tiempo que Nollie Starr?

La sonrisa siguió en sus labios, pero no en sus ojos.

—Creo que ya estaba aquí cuando yo entré.

—Pero no debía de hacer mucho tiempo, ¿verdad?

—No.

—¿Quién cuida de este cuarto?

—Yo.

—Lo conserva muy limpio.

—Me gusta la limpieza.

—¿Dónde duerme?

Señaló una puerta.

—En ese otro cuarto.

—Me gustaría examinarlo.

Nos levantamos. Pareció vacilar antes de abrir la puerta.

—¿Qué busca? —No había amabilidad en su voz.

—Examino la casa.

El dormitorio era amplio, con tres ventanas y persianas. Había dos camas. Una blanca, de hierro, y otra de nogal, de matrimonio. Un tocador, también de nogal, con un gran espejo y luces a los lados. Una mesita de pino con un acuoso lacado. También veíanse varias sillas, unas alfombras y, junto a la cama de matrimonio, una alfombra india muy buena. Adyacente al dormitorio se encontraba un cuartito de baño muy limpio y con una amplia ventana, provista también de persianas.

—No está mal alojado —comenté.

—¡Hum! —gruñó el hombre.

—¿Le gustan las persianas?

—Sí. Dejan entrar el aire y, si conviene, el sol.

—Es usted un magnífico amo de casa.

—Me gusta la limpieza. Tengo los autos limpios, el garaje limpio y todo en buen estado. Con el aspirador de polvo que utilizo para los cojines del auto, limpio también el cuarto.

—Le gusta mucho leer, ¿verdad?

—¡Hum!

—Tiene poco trabajo, ¿verdad?

—Eso es lo que usted cree. —La sonrisa de buen humor había vuelto.

—¿Conduce a alguien más, aparte de la señora Devarest?

—Alguna vez a la señora Croy.

—¿No tiene su auto?

—Sí.

—¿Lo cuida usted?

—Sí.

—¿Y Timley no tiene también un auto?

—Sí.

—¿Lo arregla usted?

—Sí.

—¿Y el auto del doctor Devarest?

—No quería que nadie se lo tocase. En el garaje de la Casa del Médico se lo engrasaban, pero no creo que nunca se lo limpiasen. Lo dejaba mucho tiempo al aire libre cuando hacía visitas. A veces destrozaba un guardabarros y no lo reponía en mucho tiempo, pues decía que su auto sólo podía servirle para visitar enfermos.

Me acerqué al tocador. Sobre él vi un cepillo con mango de

cristal y otro más sencillo. Veíase también un frasco de masaje facial, un pote de polvos de talco, una botella de loción y unos peines.

—¿Adónde da esa puerta? —pregunté.

—Es el cuartito ropero.

La abrí. Tenía también una ventana con persiana. De un colgador de corbatas pendía una bufanda de seda.

—¿Se arregla usted el piso? —pregunté una vez más—. ¿Se hace las camas?

—Sí.

Observé la bien hecha cama.

—Se diría que heredó usted un dormitorio.

—Sí. La señora Devarest hizo algunos cambios en la casa, y los muebles que sobraron los envió aquí.

—¿Recibe usted visitas? —pregunté señalando las dos camas.

Con una amplia sonrisa, el chofer replicó:

—Alguna vez.

Le tendí un cigarrillo y, mientras lo encendía, pregunté:

—¿Qué miraba usted por la puerta del garaje la noche en que murió el doctor Devarest?

—Me habían dicho que el doctor había muerto y bajé a ver qué pasaba. Comprendí que no podía ayudar en nada, y por lo tanto me marché en seguida.

—¿Adónde marchó? No lo oí subir aquí.

—La escalera es fuerte y yo tengo un andar muy suave.

—¿Quiere decir que subió aquí?

—Sí.

—¿Inmediatamente?

—Pues… no inmediatamente. Algo más tarde.

—Bastante más tarde, ¿no?

—¿Qué tiene eso que ver?

—Me interesa saberlo.

Me miró desafiador.

—¿Cuánto más tarde?

—No veo la importancia que tiene ese detalle.

—Quiero saber cuándo volvió aquí.

—No puedo decírselo.

—¿Por qué?

—No consulté el reloj.

—¿Media hora después?

—Tal vez.

—O tal vez varias horas después, ¿no?

—Repito que no veo la importancia que eso pueda tener.

—Creo recordar que, cuando usted se marchó, la policía estaba hablando de tomar las huellas dactilares de todos los de la casa. Acababan de encontrar los estuches de las joyas.

—Oiga, amigo —replicó—. Usted, seguramente, será muy listo. Usted sabe lo suyo y yo sé lo mío. No me meto con usted y, por lo tanto, tampoco quiero que usted se meta conmigo. Si es necesario, demostraré dónde estaba. No sé ni una palabra de esas joyas. Ahora lárguese.

—Bonita bufanda ésa que tiene en el ropero.

Observe una expresión de asombro en su rostro.

—¿Una bufanda?

—Sí, una bufanda color rosa.

—¡Oh!

—¿Es de usted?

Vaciló un momento.

—No —contestó al fin.

—¿De quién es?

Meditó un momento y al fin dijo:

—No creo que eso le importe a usted.

—Podría importarme.

Echóse a reír y al fin declaró:

—No sé si es de la señora Devarest o de la señora Croy. La encontré en el auto al limpiarlo. Pensaba preguntar de quién era; pero con los acontecimientos, me olvidé. Ahora ya sabe usted todo cuanto puede interesarle.

—Supongo que las alfombras estaban ya aquí cuando usted vino, ¿no?

—¿Qué importancia tiene eso?

—¿Estaban aquí o no?

—Sí.

—La alfombra india llegó luego, ¿verdad?

—Sí.

Con la cabeza indique las ventanas.

—Parece que en un tiempo tenían cortinas.

El chofer no replicó.

—¿Cuándo fueron instaladas las persianas? ¿Hace unos tres meses?

—Algo así.

—¿No puede decirme el tiempo exacto?

El hombre reflexionó unos momentos y por fin dijo:

—Cuatro meses.

—Bien. Volvamos a la bufanda. ¿La encontró usted el mismo día en que fueron robadas las joyas?

—El día siguiente.

—O sea el día en que murió el doctor.

—Sí.

—¿Por la mañana o por la tarde?

—¿Qué pretende con esas preguntas?

—Si la hubiera encontrado por la mañana, seguramente habría investigado a quién pertenecía.

—Claro.

—Entonces debió de encontrarla a eso de las cinco de la tarde.

—Sí, poco más o menos.

—¿Quiere dejarme ver esa bufanda? Puede ser importante.

—No veo que importancia puede tener.

—Una de las mujeres utilizó el auto el día siguiente al robo de las joyas. Usted no condujo el auto pues de lo contrario recordaría cuál de las dos llevaba la bufanda. Por consiguiente, debió de quedar en el auto después de un viaje hecho a última hora.

—Saca usted muchas conclusiones de nada.

—De una bufanda —advertí. Callé un momento, añadiendo luego—: Enséñeme esa bufanda.

El hombre tardó unos instantes en decidirse. Por último, se puso en pie y dirigióse hacia el ropero. Yo le imité. Mientras me volvía la espalda, cogí unos cuantos cabellos del cepillo para la cabeza y los guardé en el bolsillo. El chofer salió del ropero y me tendió la bufanda. La examiné unos segundos y por fin la devolví.

—Nada indica a quién pertenece —comentó.

—Es de Jeannette —dije.

En vano intentó permanecer impasible.

—Es de ella —insistí pacientemente.

—¿Por qué lo cree?

—El color no le habría sentado bien a la señora Devarest y es demasiado mala para pertenecer a la señora Croy. Como Nollie Starr ya se había marchado, sólo nos queda Jeannette. Además, el perfume es el mismo.

—¿Que pretende con eso? —preguntó irritado.

—Descubrir unas cuantas cosas. Usted ha estado en la cárcel, ¿verdad?

Me miró fijamente, sin contestar.

—Lo comprendí por su deseo de que no se le tomaran las huellas dactilares —seguí explicando—. ¿Por cuánto tiempo le condenaron?

—Un año.

—¿Por qué?

—Por falsificar cheques, estando borracho. Fue hace dos años. No he vuelto a reincidir. Mi madre no sabe nada. Cree que estuve en China. Es muy vieja. Si supiera la verdad, podría resultarle fatal. Por eso no quise que la policía me tomara las huellas. Al salir de la cárcel adopté el nombre de Bayley. Nunca uso mi verdadero nombre, excepto cuando escribo a mi madre. Ella me escribe a la Lista de Correos.

Me puse en pie y marché hacia la puerta.

—¿Contará a alguien eso? —preguntó el chofer.

—Por ahora no.

—¿Y más tarde?

—No sé.

Iba a cerrar la puerta. Me volví hacia él.

—Una pregunta más.

—¿Qué?

—¿Puede oír desde aquí el zumbido del motor de un auto?

—No si el motor está en marcha. Los cuido tan bien; que ni junto a ellos se oye nada. Sin embargo, oigo cuándo se ponen en marcha en el garaje. ¿Algo más?

—No, nada más.

Bayley cerró violentamente la puerta.

capítulo nueve

ME dirigí hacia la casa. El doctor Gelderfield acababa de marcharse.

—Me ha dicho que soy muy valiente —me comunicó la mujer—. La muerte es inevitable, Donald… Voy a tutearte. Todos lo hacen.

—Como quiera.

—Tú me tutearás también, ¿verdad?

—Si usted lo desea…

—Sobre todo cuando haya alguien delante. Ya sabes que debes parecer el amigo íntimo, muy íntimo, de Nadine, ¿no?

—Sí.

—No te importa, ¿verdad?

—No.

—Pues, el doctor Gelderfield me ha aconsejado que busque nuevos intereses en la vida. Dice que la muerte es inevitable y que el tiempo cura todas las heridas.

—Me parece muy lógico.

—¿Verdad? Dice que algunas mujeres se encierran con su dolor y no quieren vivir la vida. De esta forma tardan años y más años en curar de sus heridas. Y el resultado es que ya nunca más pueden reponerse. Se acostumbran a estar tristes y a que los demás las compadezcan. El doctor dice que debo ver las cosas de una manera realista, a fin de ahogar mi terrible dolor.

—¿Está usted de acuerdo con él?

—No mucho; pero debo obedecer las órdenes de mi médico. La medicina no cura siempre de una forma agradable, pero si se tiene confianza en el doctor hay que aceptar sus prescripciones.

—Es verdad. ¿Podría decirme, ahora, qué se ha hecho del libro de notas del doctor Devarest?

—Lo tengo yo.

—Estoy tratando de averiguar las visitas que hizo su esposo la noche en que murió. Creo recordar que pensaba ir a ver a dos de sus enfermos. Usted le entregó una lista de los que habían llamado. Con unos habló por teléfono; a los otros dijo que iría a verlos. ¿No habría manera de enterarnos de quiénes fueron esos enfermos?

—¿Tiene eso algo que ver con el seguro?

—No sé. Pero debemos tener en cuenta que la desaparición de las joyas indica muchas cosas. En primer lugar, es posible que su esposo volviera de recobrar las joyas y que las tuviese en el auto para devolverlas a usted. La llave para abrir el compartimiento donde estaban las joyas es la misma del encendido. Para sacarla de su sitio es preciso parar el motor.

—¿Adónde vas a parar?

—Si alguien se apoderó de las joyas, y es de creer que alguien las robó, ya que no se encontraron en poder del doctor, para abrir el compartimiento tuvo primero que cortar el encendido. Luego, una vez que se hubo apoderado apresuradamente de las joyas…

—¿Cómo sabes que lo hizo apresuradamente? —preguntó Colette.

—El hecho de que olvidara una de las joyas demuestra que no podía perder tiempo. Después de apoderarse de las joyas, cerró el compartimiento y volvió a poner en marcha el motor, creando de esta forma una base para exigir a la compañía de seguros el doble pago.

—¿Cómo?

—Sí. Es posible que el doctor perdiese el conocimiento a causa del monóxido de carbono y que mientras estaba en el suelo, desmayado, entrase el ladrón y, para apoderarse de las joyas, cortase el encendido, interrumpiendo de esa forma las emanaciones de gases. En ese punto terminaría, pues, la intervención del doctor Devarest en su muerte y comenzarían las causas accidentales, ya que al ponerse de nuevo en marcha el motor se cometió un asesinato, pues su esposo, que aún no estaba muerto, acabó de morir a causa de los gases aspirados a partir de entonces.

—¡Qué inteligencia, Donald! —exclamó la señora Devarest—. ¡Has estado inspiradísimo!

—Me alegro de que me comprenda.

—Eso nos haría cobrar cuarenta mil dólares más.

—Exacto. Sin embargo, la compañía no pagará a menos que se le presenten pruebas concluyentes.

—¿Y para eso quieres saber a quién visitó mi marido? No creo que te sirvan de nada. Sé a quiénes visitó, y si crees que tenían algo que ver con las joyas te equivocas.

—¿Cómo sabe a quién visitó?

—Mi marido tenía muy mala memoria y por ello lo hacía todo metódicamente. Todas sus visitas las anotaba en su cuaderno para que a la mañana siguiente su secretaria las cargase y evitar, así, olvidar ninguna visita. La noche en que murió fue a visitar a dos mujeres muy ricas y de toda confianza.

Cogí el cuaderno y lo examiné atentamente. Estaba lleno de anotaciones que demostraban bien a las claras el carácter del doctor Devarest, que debía de ser un hombre activo, de poca memoria, y que por ello se regía por un sistema muy metódico.

Hacia el final del cuaderno descubrí una columna de números.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—La combinación de la caja.

—¿Les costó mucho aclararla?

—Un poco. La combinación no es exacta. Están las cifras, pero confusas.

Recordando lo metódico del carácter del doctor Devarest, comenté:

—No creo que a mí me hubiese costado mucho descifrarla.

Colette me miró llena de interés.

—¿Por qué no?

—Era un hombre metódico, que se fiaba poco de su memoria. Por lo tanto, todo lo más, debió copiar la combinación al revés. Aquí tenemos, al final de la columna, la cifra ochenta y cuatro. Estoy seguro de que la primera cifra de la combinación era la cuarenta y ocho.

Por la expresión de la viuda comprendí que había acertado.

—¡Donald, eres maravilloso! —exclamó.

En sus ojos había algo más que sorpresa. Tardé unos minutos en comprender que me estaba mirando con miedo.

capítulo diez

CUANDO entré en las oficinas de Forrest Timkan, la señora Croy estaba ya aguardando en la sala de espera. La mecanógrafa sentada a la máquina de escribir me preguntó qué deseaba, y la señora Croy se apresuró a explicarle:

—Es el señor Lam. Me acompaña. El señor Timkan nos espera.

La secretaria dedicó a Nadine una amplia sonrisa.

—Perfectamente, señora Croy.

Luego, levantándose, fue a avisar a su jefe Era una mujer atractiva, muy maquillada. Nadine Croy la siguió con la mirada hasta que desapareció dentro del despacho del abogado. Entonces comentó:

—No comprendo por qué tiene Timkan una secretaria tan horrible.

—¿Es que no sabe escribir a máquina? —pregunté inocentemente.

—No es eso. Es demasiado… llamativa.

—¿Quiere un cigarrillo? —le ofrecí.

—No, gracias. Ya lo he dispuesto todo para que el señor Harmley venga aquí. Timkan ha hecho que Walter y su abogado acudan al mismo tiempo que Harmley.

En aquel momento abrióse la puerta del despacho de Timkan y éste salió de allí, acudiendo hacia nosotros.

—Buenos días, Forrest —saludó Nadine—. Señor Timkan, le presento al señor Lam.

El abogado estrechó la mano de Nadine y luego la mía. Era un hombre bajo, nervioso, que se movía bruscamente. Sus ojos eran azul pálido y su cabello, pajizo y descolorido, como la seda artificial al cabo de un par de veces de ser lavada. Representaba unos treinta y cinco años, tenía la frente abombada y llevaba lentes.

—Buenos días, señor Lam —saludó—. Comprendo su situación y obraré de acuerdo con ella. Usted debe mostrarse interesado por la señora Croy. Sobre todo después que el señor Croy haya llegado.

—¿No le enfurecerá que su antigua mujer me haya traído a esta conferencia comercial?

—Así lo espero —declaró Timkan.

—¿Es que quiere enfurecerle?

—Quiero preocuparle. Usted pórtese como lo haría un cazador de dotes. Ya me entiende, ¿no? Usted se siente tan interesado por la fortuna de Nadine, que hasta la acompaña aquí para cuidar de su dinero.

Con un mohín de coquetería, Nadine murmuró:

—¿Es que soy tan poco atractiva físicamente, que todo aquel que se interese por mí debe ser un cazadotes?

El abogado sonrió afectuosamente.

—Eso es, precisamente, lo que deseo que finja el señor Lam. Debe demostrar que el dinero de usted es lo que más le interesa. Me comprende, ¿verdad, Lam?

—Sí, le comprendo.

—¿Hará todo cuanto pueda?

—No sé, realmente, cómo se porta un cazador de dotes.

—Pues… aparente que tiene hechizada a la señora Croy. Ella debe hacer ver que está dispuesta a casarse con usted tan pronto como usted se lo pida. Recuerde que su mayor interés es el dinero. Ahora vuelvo a mi despacho. Rose me avisará con un timbrazo cuando llegue el momento de mi aparición, o sea cuando lleguen el señor Croy y su abogado.

Nos saludó con una leve inclinación y regresó a su despacho particular. Quedamos solos en la sala de espera.

—Siento mucho obligarle a hacer todo esto —se excusó Nadine —. Le aseguro que para mí es muy importante.

—¿Y Harmley no sospechará que soy un detective?

—No creo. Le cité aquí para que me recogiese después de la conferencia con mi abogado.

En aquel momento apareció Harmley en la puerta. Por unos momentos miró a su alrededor, como si le costase trabajo fijar la vista. Al fin descubrió a la señora Croy.

Sonriendo, acudió a ella.

—¿Ya ha terminado su conferencia? —preguntó—. Tal vez me haya retrasado un poco.

—No, señor Harmley —replicó Nadine—. Quien se ha retrasado ha sido el señor Timkan. Aún no he podido verle. Ha estado muy ocupado.

—Me alegro de no ser yo el retrasado —sonrió Harmley—. Buenos días, Lam… Supongo que podré esperar aquí.

Se acomodó en un sillón, al otro lado de la señora Croy.

Abrióse la puerta del despacho de Timkan y salió la secretaria, cargada con un montón de documentos que distribuyó en varios montones por encima de su mesa. Dirigiéndose a Harmley, le dio los buenos días y le preguntó su nombre.

—Me acompaña —informó Nadine.

La secretaria sonrió, añadiendo luego:

—Me ha encargado el señor Timkan que le diga que siente mucho este retraso. Dice que saldrá dentro de un instante.

La joven se sentó a la máquina, sacó papel carbón y de cartas y, como si tuviera mucha prisa, arregló el papel de cartas, el de copias y el carbón, lo introdujo en la máquina, y luego, abriendo un cajón, sacó espejo y lápiz de labios y arregló su maquillaje.

Se abrió la puerta de entrada y aparecieron dos hombres. Les dirigí una rápida mirada y luego me volví hacia Harmley y la señora Croy.

Ésta apretó los labios y bajó los ojos. Harmley miró un momento a los recién llegados y luego comentó, hablando de Timkan:

—Se ve que tiene mucho trabajo.

Nadine no replicó. Levantando la cabeza y con sintética dulzura, saludó:

—Buenos días, Walter.

Los hombres se acercaron más. Harmley los observó con mayor atención. En sus ojos sólo había una curiosidad cortés.

En aquel momento, Nadine anunció:

—Donald, te presento a Walter Croy.

Me puse en pie, tropezando con una mirada hostil de Walter Croy, quien me saludó con un seco:

—Buenos días. —Después, dirigiéndose a su antigua mujer—: ¿Cómo estás, Nadine? Te presento a mi abogado, el señor Pinchley.

Pinchley era un hombre alto, de anchos hombros, atractivo, pero

que no parecía muy inteligente. La señora Croy presentó luego a Harmley, y en aquel momento se abrió la puerta del despacho de Timkan, que salió presentando mil excusas por el retraso y dando demasiadas explicaciones. Nadine Croy dijo:

—¿Verdad que no te importará esperarme aquí, Donald? ¿Y usted, señor Harmley? Pueden charlar mientras tanto. —Después miró a su marido, diciendo—: Estás muy bien, Walter. Has engordado un poco.

—¿No quieren entrar? —preguntó Timkan.

Se metieron todos en el despacho del abogado, dejándonos a Harmley y a mí solos en la sala de espera.

En cuanto la puerta se hubo cerrado, Harmley se volvió hacia mí y, en voz lo bastante baja para que la secretaria no pudiese oírla, me preguntó:

—¿En qué se ocupa su marido?

—No lo sé.

Me miró como desconcertado.

—Casi nunca habla de su marido —expliqué—. ¿Es que le interesa algo?

—Sí. Ya le dije que tenía la impresión de haber visto en algún sitio, antes de ahora, a la señora Croy. Lo mismo me ocurre con su marido.

—¿De veras?

—Sí. De momento no he creído reconocerle; pero cuando se ha metido en el despacho del señor Timkan, ha habido algo en su manera de andar que me ha resultado vagamente familiar. Estoy seguro de haber visto antes de ahora al señor Croy, pero no sé dónde ni cuándo.

—Puede que los conociera tiempo atrás cuando vivían juntos.

—Quizá. Sin embargo, el ver a ese hombre me ha producido una impresión desagradable, como si me recordase algo malo. Cuando vi a la señora Croy sólo tuve la impresión de que no era la primera vez que nos veíamos. En cambio ahora, al ver a su marido, he sentido como el recuerdo de que en un tiempo ese hombre estuvo a punto de hacerme caer en una trampa.

—¿No recuerda más detalles?

—No. Tampoco recuerdo nada interesante de mi última conversación con el doctor Devarest.

Permanecimos callados un rato. Dentro del despacho de Timkan se oía un murmullo de voces. Por fin, al cabo de cinco minutos abrióse la puerta y apareció la señora Croy, envuelta en un aura triunfal.

Sonrió a Harmley y, dando la vuelta por detrás de él, acudió junto a mí, inclinándose a mi oído:

—Excúseme, señor Harmley —dijo—. Es un asunto de poca importancia, pero debo consultarlo en privado con Donald…

—Si desea usted que salga —dijo Harmley, levantándose.

—¡Oh, no! Es un momento. Sólo quería que usted comprendiera mis motivos.

Apoyando una mano en mi hombro izquierdo, y con la boca a medio centímetro de mi oreja, susurró:

—¡Todo va maravillosamente, Donald! Estoy encantada. Walter se ha puesto furioso contigo. No te marches. Estoy segura de que le engañaremos. No sabe por dónde camina. Y eso que no es un hombre a quien se engañe fácilmente.

—Bien —dije.

Con voz aún más baja, la señora Croy agregó en voz confiada:

—Me ha hecho una proposición. Le he contestado que debía consultarlo contigo y he salido a verte. Eso es lo que más le enfurecerá. Él sabe que estás aquí fuera y, sin embargo, serás tú quien dirá la última palabra en la conferencia.

—Comprendo —repliqué.

Riendo se apartó de mí, después de acariciarme las mejillas.

—No se muevan —dijo—. No tardaré.

Dubitativamente, Harmley declaró:

—Sé por experiencia propia que las entrevistas de este tipo, entre dos abogados y sus clientes suelen durar mucho tiempo.

—Estoy segura de que terminaremos dentro de un momento —aseguró Nadine Croy—. Sin embargo, si se tiene usted que ir a algún sitio… Quería presentarle a un amigo del doctor Devarest; pero habiéndose retrasado tanto el señor Timkan quizá sea mejor dejarlo para otro día.

—Sí, creo que será lo mejor —replicó Harmley.

La señora Croy le tendió la mano.

—Muchas gracias por todo —dijo—. Nos veremos luego, ¿verdad?

—Cuando usted guste.

El hombre abandonó la oficina. Nadine Croy acercóse nuevamente a mí, diciéndome al oído:

—Lo hace usted muy bien. ¿Demostró haber reconocido a Walter?

—No; pero luego me dijo algo que le contaré cuando podamos hablar con calma.

Nadine apretó mi brazo y me favoreció con una invitadora sonrisa. Luego desapareció dentro del despacho particular del abogado.

La secretaria me dirigió una calculadora mirada.

Permanecí allí otros diez minutos y, al fin, abrióse la puerta del despacho y apareció Walter Croy acompañado de su abogado. El antiguo marido de Nadine me dirigió una mirada cargada de odio, mientras Timkan, que había seguido a sus visitantes decía:

—He tenido mucho gusto en verlos. Espero tener noticias suyas…

—Mañana las tendrá —contestó el abogado de Walter, siguiendo a su cliente.

Cuando los dos se hubieron marchado, Timkan me hizo seña de que entrara en el despacho.

—¿Demostraron reconocerse? —preguntó, lleno de ansiedad.

—No. Pero luego Harmley, al ver entrar aquí a Croy me dijo que creía recordar vagamente al hombre. No recuerda exactamente dónde le vio, pero está seguro de haberlo encontrado alguna vez. ¿Le sirven de algo estos informes?

Timkan miró a la señora Croy, frunció el ceño, fue hasta la ventana, contempló el tráfico y luego, volviéndose hacia mí, declaró:

—Sí, todo coincide. De sernos posible refrescar su memoria, seguramente podría ofrecernos la clave de este misterio. De todas formas no comprendo qué informes pudo dar a Devarest en contra de Walter Croy. Lógicamente no podían ser muy importantes, pues de lo contrario los recordaría.

—Me parece que Croy no demostró conocer a Harmley —intervine.

—No —asintió Nadine—. Estoy segura de que no demostró reconocerle.

—Me ha parecido notar que Walter Croy no ha sido tan difícil de manejar como ustedes temían en un principio —dije.

—Tiene razón —asintió Timkan.

—¿No se les ha ocurrido pensar que Walter Croy podría ser un actor mucho más bueno de lo que ustedes imaginan?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Timkan.

—Pudiera ser muy bien que Croy reconociese a Harmley tan pronto como le vio, pero, dándose cuenta de que nuestro hombre no le reconocería mientras conservase la impasibilidad, decidió, en seguida, sacar el mejor partido de la situación, aceptando las proposiciones de ustedes convencido de que antes de poco Harmley le recordaría y entonces tendría que aceptar lo que buenamente ustedes quisieran darle.

Timkan meditó un momento.

—Puede que tenga usted razón —dijo—. Sin embargo, Croy no se mostró tan manejable.

—Entonces le he entendido mal —repliqué—. Creí que todo iba bien.

—No por lo que se refiere al dinero —explicó Nadine, mordiéndose en seguida los labios, como si temiera haber dicho demasiado.

—No trato de inmiscuirme en sus asuntos particulares —dije, cogiendo mi sombrero y disponiéndome a salir—. Sólo he querido sugerirles algo.

Cuando salí del despacho, observé que la secretaria de Timkan miraba, impaciente, hacia la puerta de su jefe.

Me dirigí hacia la Jefatura de Policía. El teniente Lisman se alegró mucho de verme. Estrechó con gran fuerza mi mano, me palmeó la espalda, me lanzó al rostro una bocanada de humo habano, declarando:

—Es un gran placer trabajar con un investigador privado tan inteligente. Son muchos los compañeros de usted que no se dan cuenta de que les conviene trabajar de acuerdo con nosotros.

—¿Le sirvió de algo mi información? —pregunté.

—¡Ya lo creo!

—¿Descubrió a la chica quién le había facilitado el informe?

—¡No! Siempre protegemos a nuestros informadores. Oiga, Lam, usted y yo podríamos hacer muchas cosas.

—Desde luego. ¿Qué dijo la Starr?

—Poca cosa. Es curioso que diga que el motivo de marcharse tan precipitadamente fue que el doctor Devarest trataba de aprovecharse de su situación.

—¡Oh, oh! ¿Da detalles?

—Muchos. El hombre se mostraba muy insistente.

—La declaración impresionará muy favorablemente al Jurado —indiqué.

—Sí, el Jurado se dejaría ganar por esto. Además, la viuda no querrá que se haga público. Sospecho que la chica tenía preparada ya la historia por si llegaba a ser detenida. En todo ello veo la mano de un abogado inteligente. Por más que busco no encuentro un punto débil por dónde atacar.

—¿La tendrá detenida?

—Todo el tiempo que nos sea posible. No tenemos nada contra ella. Su desaparición fue lo único que nos hizo buscarla.

—¿Informó la secretaria a la señora Devarest del comportamiento de su marido?

—No. Cuando el doctor empezó a insinuarse, la chica aguantó lo que pudo y, por fin, se marchó.

—¿Y ni siquiera volvió en busca de su cepillo de dientes?

Lisman frunció el entrecejo.

—Sí, se trata de una sarta de mentiras, ¿verdad, Lam?

—Desde luego.

—Cuando más se examina más se ve que no hay nada de verdad en ello.

Siguió un prolongado silencio, al fin del cual pregunté:

—¿Cómo andan sus sistemas de identificación?

—Muy bien. Pero ¿a cuáles se refiere? Tenemos unos basados en la forma de trabajar de los distintos delincuentes. Además, las corrientes de huellas dactilares; peculiaridades físicas.

—¿Podría identificar a un hombre por una cicatriz en la cara?

—Quizá.

—Quiero decir una cicatriz en la barbilla, producida por una cuchillada.

—¿Sigue la pista a alguien?

—No. Se trata sólo de que deseo familiarizarme con el sistema de trabajo de la policía.

—Bien, acompáñeme.

Me guió por un largo corredor hasta una habitación llena de archivadores metálicos.

—Vamos muy por delante de los demás gabinetes de identificación del país —me dijo—. ¡Lástima que los otros no se quieran dar cuenta de la importancia de esto y se nos nieguen los fondos necesarios para ampliarlo debidamente!

—Debe de dar mucho trabajo.

—Muchísimo.

El teniente se detuvo frente a un archivador en el que se leía: «Cicatrices en la cabeza». Abrió un cajón. Veíanse varias subdivisiones. «Cicatrices en el lado izquierdo de la cara», «Cicatrices en la nariz», «Cicatrices en la barbilla», «Cicatrices en la frente».

Tendiéndome un fajo de fichas me recomendó:

—No las mezcle.

—No tenga miedo —le prometí.

Consultó su reloj y después de guardarlo me dijo:

—Tengo que marcharme. Si alguien le pregunta algo diga que el teniente Lisman le ha dado permiso para mirarlo.

—Está bien, teniente. Muchas gracias.

Cuando se hubo marchado revisé las fichas y saqué las que necesitaba. No había muchas. Las dos primeras no me indicaron gran cosa. La tercera me descubrió el rostro de Rufus Bayley. Leí: «Paul Rufus, alias Rufus Paul, alias Rufus Cutting. Trabaja exclusivamente en cajas de caudales y joyas. Trabaja solo. Tiene pocos cómplices y confidentes. Gran partido entre las mujeres. A veces lo utiliza para obtener informes precisos. Edad veintinueve años. Cumplió condena en Sing-Sing por haber sido descubierto en flagrante delito. En dicha ocasión le ayudó una sirvienta que, irritada por infidelidades del sujeto, le denunció a la policía. Ha sido detenido seis veces pero no ha confesado y, por falta de pruebas contra él ha sido preciso soltarle».

«Clasificación de huellas dactilares, medidas Bertillon y detalles complementarios, en el dorso».

Anoté los detalles que más me interesaban y salí de Jefatura en dirección a la casa de los Devarest.

capítulo once

RUFUS Bayley presentóse media hora después de mi llegada a la casa. Al verme sonrió ampliamente.

—¿Y si me consiguiera las joyas? —le pregunté.

—¿Por qué he de conseguirle unas joyas?

—Por favorecer a un amigo.

—Está usted hablando un idioma que no conozco.

Dirigí una mirada a mi alrededor y comenté:

—Estas persianas son muy útiles; dejan entrar el aire y el sol y, cuando conviene, se cierran y nadie puede ver lo que ocurre aquí dentro.

—Habla usted mucho.

—Y una cama de matrimonio… Esto es muy distinto de Sing-Sing.

La sonrisa esfumóse del rostro del chófer.

—¿También sabe eso? —preguntó.

—Ya lo ve.

—¿Ha leído mis papeles privados?

—Exacto.

—¿Qué desea?

—Las joyas.

—Hace tiempo que dejé el oficio. Me convencí de que resultaba muy peligroso. Además se trabaja para los otros. No se puede hacer el negocio a solas. Hay que contar con un perista, que es el que se beneficia más. Uno se hace con diez mil dólares en piedras. La víctima asegura que le han robado joyas por cincuenta mil dólares y el perista paga todo lo más, mil dólares. Se mata uno trabajando todo un año para ganar ocho o nueve mil dólares. Y mientras tanto se corren riesgos terribles. Y, por último, viene el gobierno y le envía a uno al penal por no haber pagado los impuestos sobre la

renta. Por eso reflexioné a fondo y me convencí de que valía más dejar el oficio y dedicarme al de ahora.

—Veo que ha progresado en él —comenté—. Los cabellos de mujer que encontré en el cepillo del tocador explican bien claro las visitas que acuden aquí.

—¿Qué busca?

—Las joyas.

—Le he dicho que no las tengo.

—¿Y si me las proporcionara?

—No sabría dónde buscarlas.

—Reflexione un poco y verá cómo se le ocurre en seguida —dije.

El chófer me miró fijamente.

—Dice usted cosas muy raras, amigo.

—Jim Timley estaba en casa de Nollie Starr cuando yo estuve allí —expliqué—. La señorita Starr vive con una amiga llamada Dorothy Grail. Timley estuvo fingiendo una gran pasión por la señorita Grail.

—Parece que empieza usted a decir algo —comentó Bayley.

—Timley besó a Dorothy Grail como si fuese la primera vez que lo hacía.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque demostró sorpresa. Luego, cuando Timley se iba a marchar, Nollie Starr le tendió un paquetito.

—¿Qué clase de paquete?

—Un paquete de libros.

—Muy interesante. ¿Cuándo necesitará ese paquete?

—Tan pronto como pueda proporcionármelo.

—¿Hará preguntas?

—Sí; pero sólo para mí.

—Lo pensaré —declaró Bayley.

—No se entretenga demasiado.

—Me pone usted en un apuro. Aquí las cosas me van muy bien.

—No le irían tan bien si cierta persona se enterase de su pasado.

—¿Le va bien esta noche?

—Siempre que no sea después de las doce.

—No sé cuando quedaré libre.

—Voy a telefonear a la oficina del servicio meteorológico. Si me dicen que soplará viento del Este, tendrá usted amplias facilidades

para recorrer la casa sin que nadie le moleste.

—¿Qué tiene que ver con esto el viento?

—He estado pensando en la muerte del doctor Devarest. Si la noche de su muerte la puerta del garaje no estaba del todo abierta, pudo ocurrir que una ráfaga de viento la cerrase de golpe.

—¿Qué beneficio puede reportar a nadie que la puerta se cerrase o no a causa del viento?

—Un beneficio de cuarenta mil dólares. Una inesperada ráfaga de viento puede considerarse un accidente.

—No le entiendo.

—No importa. Si sopla el viento podrá ir usted de un lado a otro sin que nadie le moleste. Recuerde que a medianoche necesito las joyas.

Me separé de Bayley y me dirigí a la casa. En el salón estaban el doctor Gelderfield y la señora Devarest. El médico había encargado un sillón de ruedas para la mujer, que disfrutaba enormemente haciendo de inválida.

—No sabía que estuvieras en casa, Donald —dijo la señora Devarest.

—He llegado hace un rato.

El doctor Gelderfield se levantó.

—Bien, Colette, me marcho. No debe usted inquietarse por nada. Si me necesita no tiene más que llamarme por teléfono.

—Es usted muy amable, Warren. No sé qué sería de mí sin usted.

—Sólo quisiera poderla ayudar más. Nunca podré pagar lo mucho que Hilton hizo por mí.

El médico se volvió hacia mí, comentando:

—La actitud de la compañía de seguros es indignante. ¿Adelanta usted mucho en sus investigaciones?

—Algo.

Guiñándome un ojo, el médico siguió:

—La señora Devarest está muy mejorada; pero me interesa que no sufra ninguna emoción fuerte. Si se marcha puede acompañarle. —Y repitió el guiño.

—Muchas gracias —dije, disponiéndome a salir con el doctor.

—Pero, Donald, ¿no tienes nada que decirme? —preguntó la señora Devarest.

Asentí con la cabeza.

—Pues dilo. No tengo secretos con mi médico.

—Bien. Esta noche soplará viento Este —anuncié.

—¿Y qué?

—Recuerden que la noche en que murió el doctor Devarest sopló viento del desierto —seguí.

—¿Y que tiene que ver eso con lo que nos importa?

—He observado que las puertas del garaje tienen unos contrapesos para ayudar a levantarlas —expliqué—. La puerta por donde entró el doctor, tenía una cuerda que debía colgar de una palanca, de forma que la puerta pudiese cerrarse por dentro. La cuerda ésa estaba enredada y no había forma de alcanzarla. Eso se ve muy claro en las fotografías.

—¿Y qué significa eso?

—Pues que el doctor Devarest pudo entrar en el garaje y dejar abierta la puerta, permitiendo así, la entrada de aire. Después empezaría a trastear en el motor. Y como le era imposible cerrar la puerta, debió dejarla medio abierta.

—No puede ser —intervino la señora Devarest—. Las puertas del garaje se abren o cierran del todo, no pueden quedar medio abiertas.

—No lo crea. Existe un punto en que el contrapeso queda en un término medio y si se deja la puerta así, entonces está medio abierta.

—¿Y qué conclusión saca usted de eso? —preguntó el doctor.

—Recuerdo que el viento Este sopló con gran violencia, y si la puerta estaba medio abierta, la ráfaga de viento pudo cerrarla de golpe, creando el accidente inesperado.

—¿Cree que la compañía aceptaría esa explicación? —preguntó Gelderfield.

—Sí.

—¿Y cómo lo demostrará?

—Aprovechando otro viento Este. Creo que esta noche soplará.

—¿Llevara a cabo algún experimento?

—Sí.

—¿Verdad que sería magnífico si…? —empezó la señora Devarest.

El doctor Gelderfield la miró con profesional concentración.

—No sé si debería asistir usted, Colette —declaró—. Será un

experimento muy enervante…

—¡Oh, Warren! Yo quiero verlo…

El médico consultó su reloj.

—Bien, amigo Lam. ¿A qué hora piensa hacer la prueba?

—Así que empiece el vendaval. En la oficina del servicio meteorológico me podrán decir casi la hora exacta en que empezará el fenómeno.

Gelderfield mordióse el labio superior.

—Bien —dijo de pronto, como tomando una decisión—. Yo también estaré presente. De esa forma podré cuidar a Colette en caso de que le suceda algo. Si no pudiese venir, será mejor que no permitan a Colette ver lo que ocurre.

—¡Yo quiero verlo, Warren! —ronroneó la mujer.

—¿Sabe a qué hora, poco más o menos, empezará el viento? —inquirió Gelderfield.

—Los del servicio meteorológico creen que a eso de las nueve.

—Está bien —replicó el doctor—. Procuraré asistir. Cuando quiera, Lam, podemos marcharnos.

Le acompañé.

—¿Dónde tiene el auto? —inquirí.

—A un par de manzanas de aquí.

—No le vi al llegar.

—Nunca lo dejo delante de la casa. Quería decirle algo acerca de Colette. Ella cree que se trata sólo de un descentramiento nervioso. Es mucho más grave.

—¿Cuánto?

—El doctor Devarest no quería que ella lo supiese.

—¿De qué se trata?

—Sería muy largo de explicar. Sólo quería que usted supiese cuál es la situación. Es muy conveniente que Colette no sufra ninguna conmoción fuerte. Si averigua usted algo que puede trastornarla, es preferible que antes me lo comunique a mí. De esa forma yo buscaré el momento propicio para darle la noticia.

—¿A qué se refiere con eso de algo que pueda trastornarla?

El médico me miró fijamente.

—Lo cierto es que el doctor Devarest llevaba una doble vida.

—¿Desde cuándo?

—Eso, señor Lam, está fuera de su radio de acción. No creo que

convenga remover el fango. A las nueve vendré para asistir al experimento. Recuerde que Colette no debe presenciarlo a menos que yo me encuentre delante. Pudiera ser necesario aplicarle una inyección.

—¿Cree usted que aparte de las infidelidades de su marido hay algo más que pueda excitarla?

—Para ella sería tan malo excitarse como enfurecerse. Esos dos estados mentales deben ser evitados a toda costa.

—¿Y no existe medio de curarla?

—No tengo por qué decirle nada más —replicó Gelderfield—. Si usted descubre algo acerca del doctor Devarest, será conveniente que antes me lo haga saber a mí. ¿Lo ha entendido bien?

—¿Conocía usted muy íntimamente al doctor Devarest? —pregunté.

—¿Por qué pregunta eso?

—¿Sabe si Nollie Starr era la tercera en el triángulo?

Al cabo de unos segundos de meditación, Gelderfield contestó, sencillamente:

—Sí.

—Doctor. Es usted muy poco comunicativo. Si los dos trabajamos en el mismo asunto, sería conveniente que fuésemos de acuerdo.

—No veo por qué he de decirle más de lo que ya he dicho.

—Está bien —repliqué—. Entonces hablaré yo. He encontrado a Nollie Starr. Vive en el seiscientos ochenta y uno de la calle East Bendon. El departamento está alquilado a nombre de Dorothy Grail. Encontré a Jim Timley allí. Creo que Timley está enamorado de Nollie Starr. Trataron de hacerme creer que en realidad estaba interesado por Dorothy Grail. ¿Significa todo esto algo para usted?

El doctor Gelderfield entornó los ojos, como para apartarme de su imaginación mientras meditaba la respuesta.

—Tal vez sí —contestó al fin.

—Existe la posibilidad de que el doctor Devarest estuviera enterado de la verdad y lo aprobase.

Con súbito alivio en la voz, Gelderfield me dijo:

—¡Ojalá tenga usted razón! Todo cuanto sé es que Devarest dijo haber estado en el hospital, llevando a cabo una operación de apendicitis. Y eso no fue verdad, pues yo mismo estuve en el

hospital y no lo vi. A las siete de la mañana pasé por el parque y le vi jugando al tenis con Nollie Starr.

—¿Algo más?

—Un par de veces el doctor Devarest habló de que le habían llamado de noche para asistir a algunos enfermos, y sin embargo, su cuaderno de notas no indicaba que hubiese hecho ninguna visita.

—Se está acercando a algo que me interesa.

—¿Qué?

—¿No sería posible que el doctor Devarest hubiese hecho algunas visitas que luego no hubiese anotado en su cuaderno?

Gelderfield movió negativamente la cabeza.

—No… a menos que lo hubiera hecho a propósito. Devarest era un hombre terriblemente metódico. Todo lo hacía así. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque no dejo de creer que la noche en que murió hiciese alguna visita que luego no fue anotada en su libro.

—¿Por qué cree eso?

—Pudo visitar a alguien que supiera algo del robo cometido en su caja de caudales.

—¿Se refiere a las joyas?

—No, otra cosa. La llamada pudo llegar a él como si procediera de alguno de sus enfermos, y el doctor tal vez contestó fingiendo lo mismo.

Nuevamente Gelderfield entornó los ojos.

—Es una posibilidad muy interesante —declaró—. Sin embargo, no creo que vaya usted por buen camino.

—¿No sabe de nadie que pueda ayudarme a averiguarlo?

El médico movió la cabeza.

—¿Y Nollie Starr? —preguntó—. Acaso ella sepa algo.

—Es posible. La señora Devarest dice que es imposible sospechar de las dos personas a quien su marido visitó aquella noche.

—Desde luego —replicó Gelderfield—. Conozco ambos casos. Ahora los trato yo. No cabe posibilidad alguna.

—Entonces es indudable que hizo alguna otra visita que no está anotada en el libro.

—Sigo sin creerlo.

—Pues hacia ese punto enfocaré mis investigaciones.

—Perfectamente. Si alguna vez me necesita para algo no deje de

ir a verme. Quizá pueda ayudarle.

Un momento después, el doctor se alejaba en su auto, dejándome en la acera, con la mano medio destrozada por el entusiasta apretón que me había dedicado.

capítulo doce

EL grupo habíase congregado en la oscuridad, frente al garaje. El doctor Gelderfield había colocado a la señora Devarest en una silla de ruedas, abrigándola con una manta. Bertha Cool, firme y dueña de sí, observaba el grupo con mirada aguda y dura.

La señora Devarest había invitado a Corbin Harmley… o bien éste habíase invitado a sí mismo. No pude llegar a saberlo con exactitud. Harmley era uno de esos hombres de tacto que saben conseguir lo que desean y, al mismo tiempo hacer ver que ha sido otro quien se lo ha dado.

La señora Croy insistió en que Forrest Timkan estuviera presente. Acaso porque temía que yo cometiese alguna ilegalidad.

Por mi parte comuniqué con la compañía de seguros, la cual envió a un representante llamado Parker Alfman. Sospeché, en seguida, que además, era abogado, aunque él procuró dar, en todo momento, la impresión de que era sólo un representante de la compañía.

El servicio meteorológico me había asegurado que las condiciones eran ideales para una santana y, en efecto, se notaban en el aire los síntomas precursores del huracán. Todos estábamos nerviosos. Yo sentía la piel reseca, como si me hubiesen metido en un horno. La calma era absoluta. Las estrellas brillaban intensamente y parecían muy cercanas a la tierra.

—Creo que no soplará el viento —declaró Timkan.

—Las condiciones del aire son exactas a la noche en que murió el doctor —dije.

Parker Alfman dirigió una cínica mirada hacia la puerta del garaje, que había sido colocada de forma que se mantuviera en equilibrio a la altura de un hombre.

—No sé qué podrán demostrar —nos dijo—. He venido a ver lo

que ocurre; pero nada más. Aunque la puerta se cierre, con ello no se probará nada digno de tenerse en cuenta.

Pacientemente, repliqué:

—La noche en que murió el doctor Devarest, la cuerda de la puerta estaba enredada de la misma forma que hoy. De haber estado la puerta completamente levantada, habría sido imposible cerrarla por dentro. El control exterior se maneja con una palanca. Por lo tanto la puerta pudo cerrarse por fuera, más no por dentro. El doctor Devarest no salió del garaje, cerró la puerta y luego volvió a entrar y puso en marcha el motor.

—No veo por qué no pudo hacerlo.

—No es probable.

—Yo creo que sí.

—Los cuarenta mil dólares enturbian su visión —exclamé—. Los doce miembros de un jurado verán más claro.

Irritado, el hombre replicó:

—Esos cuarenta mil dólares no tienen nada que ver con el asunto. La compañía de seguros paga sus pérdidas. Si debemos el dinero, estamos dispuestos a pagarlo. Si no es así, no queremos pagar. La ley nos lo impediría.

—Ya lo sé. Lo he oído repetir muchas veces.

—Es verdad.

—Seguramente.

—Bien. ¿Qué cree usted que ocurrió?

—El doctor Devarest levantó la puerta poco más o menos como está ahora, a fin de que su auto pudiera pasar por ella. Sabía que la cuerda estaba enredada.

—¿Cómo sabe usted que el doctor Devarest no enredó la cuerda tal como está ahora?

—Porque el chófer observó a primera hora de la tarde que la cuerda estaba tal como ahora. Pensó arreglarlo, pero tuvo que marchar a una cita.

—Perfectamente. Aceptemos que la cuerda estuviese como ahora y que el doctor Devarest entrara en el garaje. ¿Qué más ocurrió?

—Tuvo que arreglar algo en el motor.

—¿El qué?

—El ventilador.

—El ventilador no estaba estropeado.

—Porque lo arregló.

—Con el motor en marcha, ¿no?

—No. Paró el motor mientras reparaba el auto; luego lo puso en marcha para ver si el ventilador giraba. Sin duda se descuidó en lo que hace referencia a los vapores venenosos, porque creyó que la puerta del garaje estaba abierta.

—¿Y cómo se cerró la puerta?

En aquel momento, y antes de que yo pudiera contestar, sopló una terrible ráfaga de viento que arrastró la gravilla del jardín y agitó los penachos de las palmeras. La puerta pareció estremecerse.

—Observe atentamente —dije.

—No me parece muy valiosa su teoría, Lam —dijo Alfman—. Veo que la puerta se mueve; pero eso es todo.

Una tercera ráfaga de viento llegó hasta nosotros.

La puerta del garaje movióse lentamente.

—Fíjese bien —indique.

De pronto, la puerta pareció saltar hacia arriba, dejando el garaje completamente abierto.

Alfman se echó a reír.

—Tal vez la puerta estaba algo más baja —dije.

—Entonces no hubiera podido entrar el auto en el garaje —replicó Alfman.

Moví la palanca que servía para abrir y cerrar la puerta del garaje. Cuando la tuve como antes la alcancé con la mano y la hice bajar un poco más.

La puerta se mantuvo en equilibrio.

—¿Ve cómo pudo estar así?

—Desde luego —replicó Alfman—. Pero resultaría imposible meter un auto en el garaje.

—Eso ya lo discutiremos luego. Antes veamos lo que ocurre con el viento.

No tuvimos que esperar mucho. El viento soplaba más regularmente. No a ráfagas, como antes; pero sí con muchísima fuerza. La puerta comenzó a estremecerse y, por fin, cayó de golpe, cerrando el garaje.

—¿Qué le parece, Alfman? —preguntó, belicosamente, Timkan.

—Sencillamente, que estando la puerta de esa forma habría sido imposible meter el auto en el garaje. Y aún en el caso de que

hubiera podido meter el coche, hubiese oído claramente el golpetazo de la puerta.

—Pudo estar muy preocupado con lo que estaba haciendo.

—Mucha preocupación me parece a mí para que no oyese el golpetazo.

—Está bien, saquemos el auto del doctor Devarest y comprobemos si pudo pasar o no por la puerta en esa posición.

Sacamos el vehículo, ajusté la puerta como la vez anterior, de forma que virtualmente rozaba la parte superior del auto.

—No veo cómo pudo entrar —comentó Alfman, riendo burlón.

Señalé el espacio que quedaba libre entre la puerta y la parte superior de la carrocería. Espacio por el que apenas hubiese pasado un papel de fumar.

—Queda sitio suficiente —declaré.

—El doctor Devarest no hubiese tratado de entrar con la puerta así.

—¿Quiere decir *que no pudo entrar*? —pregunté.

Alfman meditó unos instantes y al fin insistió:

—No creo que lo hubiese intentado.

Sin decir nada metí de nuevo el coche en el garaje y aguardamos todos una nueva ráfaga de viento.

Una vez dentro del garaje, parecía imposible que el auto hubiera podido entrar por una abertura tan reducidísima. También parecía que de soplar más viento la puerta se cerraría por sí sola.

Alfman fue a su auto y sacando una máquina fotográfica, con reflector sincronizado, se dispuso a impresionar una placa, declarando:

—Nadie, en su sano juicio, trataría de meter el auto por un espacio tan pequeño.

—Pero el auto ha pasado —recordé.

Alfman impresionó una foto del garaje, cambió la bombilla del reflector y la placa y marchó a impresionar otra foto de la calle. Al volver hacia el garaje, con la cámara en la mano, sopló otra violentísima ráfaga. La puerta del garaje no tembló sino que, suavemente, sin vacilación alguna, ascendió, abriéndose por completo.

La risa de Alfman llegó hasta mí.

—Estamos frescos —declaró, a mi lado, Bertha Cool.

—La función ha terminado —oí decir a Timley—. Podemos volver a casa.

—Yo ya me marchaba aseguró el representante de la compañía de seguros, guardando la máquina de retratar.

El doctor Gelderfield se inclinó a decir unas palabras al oído de la señora Devarest.

—Un momento —pidió de pronto, Timkan.

Todos le miramos.

—Oígame, Lam, ¿ha comprobado usted si el contrapeso del cierre de la puerta ha sido movido?

—Lo examiné esta tarde —dije—. Es el mismo que en las otras puertas.

Alfman subió a su auto y puso en marcha el motor.

Gelderfield se preparó para meter a la señora Devarest en casa.

—No me ha gustado nada la forma que ha tenido de moverse la puerta —declaró Timkan—. Aunque sólo sea por convencerme quiero echarle un vistazo al contrapeso. Enséñeme dónde está, Lam.

Fuimos hacia el garaje. Alfman encendió los faros del auto y comenzó a retroceder; luego, como pensándolo mejor, bajó otra vez del auto y acercóse a ver lo que hacíamos. El viento soplaba con toda su fuerza.

Encendí las luces de dentro del garaje. Timkan levantó la cabeza y frunció el ceño.

—Tiene que haber un contrapeso —dijo.

—Está en la parte de dentro —expliqué—. Se trata de una masa metálica. Como ve nadie la ha tocado.

Timkan buscó una escalera de mano, subió por ella y examinó la puerta.

—Sí —declaró al fin— creo que tiene usted razón. De todas formas no me ha gustado nada la forma de moverse de esta puerta.

Burlonamente, Alfman anunció:

—No me marcharé hasta que la función termine. No quiero excusas. ¿Cómo está el contrapeso?

El doctor Gelderfield dejó de empujar la silla de ruedas.

—Me parece en perfecto estado —contesté a Alfman.

Éste se dirigió hacia su auto.

—Lo malo en nuestro sistema comercial, es que se juzga a un hombre por los resultados que obtiene —comentó Gelderfield—.

Creo que las compañías de seguros están siempre dispuestas a pagar sus deudas, pero los empleados insisten en demostrar a sus jefes el mucho dinero que pueden ahorrar a la casa.

Subí por la escalera y pasé una mano por la parte superior de la puerta, que quedaba oculta a la vista de todos.

—Cuidado con las telarañas —advirtió Bertha Cool—. Ése es un buen lugar para que viva en él la araña Viuda Negra. Ponte un guante.

—No hay telarañas —repliqué.

—No puede haberlas, porque la puerta siempre está en movimiento —dijo Gelderfield. De pronto interrumpióse y exclamó —: ¡Un momento! ¿Dice que no hay telarañas?

—No —contesté—. Y me parece tan extraño como a usted. Veamos…

Mi mano había tropezado con un buen trozo de metal.

—Denme la linterna eléctrica —pedí.

Gelderfield me la tendió.

Ascendí hasta el último tramo de la escalera. Torciendo la cabeza pude ver que una pieza de metal había sido insertada en la puerta.

—Llamen al delegado de la compañía de seguros —pedí.

—¿Qué sucede? —preguntó Timley cuando el doctor Gelderfield hubo salido.

—Han aumentado el contrapeso de la puerta —dije.

—¿Y qué?

—Nada, sólo que de esa forma la compañía de seguros podría ahorrarse cuarenta mil dólares.

—Ninguna compañía de seguros sería capaz de hacer semejante cosa —declaró Timley.

—Tal vez no lo hiciera la compañía.

En aquel momento regresó Gelderfield con Alfman.

—Ahora podrá fotografiar otra cosita —dijo el doctor.

—¿Qué ocurre? —preguntó el delegado de la compañía.

—Han sobrecargado el contrapeso con una pieza de plomo —expliqué—. Y todo indica que el trabajo se ha hecho recientemente.

—¿Después de las seis de la tarde? —preguntó Gelderfield.

—No podría asegurarlo, porque entonces no examiné a fondo el lugar.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó Timley.

—Dejarlo tal como está. La policía podrá buscar las huellas dactilares.

—¡Me olvidaba de la señora Devarest! —exclamó, de pronto, el doctor, Gelderfield—. La he dejado afuera, en la silla de…

—No se preocupe —sonrió Bertha—. Mientras usted perseguía al señor Alfman, ella se levantó y vino a ver qué pasaba. Luego, cuando se hubo enterado, volvió a convertirse en una inválida.

—¡Mal hecho! —exclamó el doctor, partiendo hacia donde aguardaba su enferma.

Yo bajé de la escalera.

—¡Todo esto es una trampa! —rugió Alfman—. Desde el principio me olió mal este asunto.

—¿Insinúa algo? —pregunté.

—¡Sí, señor! —replicó—. Están ustedes intentando poner en mala posición a la compañía de seguros. Quieren poderle decir al jurado: «Ven como la compañía de seguros trató de falsear la apariencia de las cosas». ¡Muy bonito! Quieren hacer ver que para no pagar los otros cuarenta mil dólares hemos trampeado la puerta. ¡Todos los detectives particulares son una cuadrilla de sinvergüenzas!

—Anda, pártele la cara a ese idiota —aconsejó Bertha.

Avancé hacia Alfman.

—No tengo la menor idea de quién ha puesto el peso ahí —dije —. No sé si ha sido usted. Tal vez. Pero en cambio sé muy bien que yo no lo he puesto.

Con risa burlona, Alfman replicó:

—Usted sabe muy bien quién ha hecho eso.

—¡Es usted un canalla! —le dije.

El hombre enrojeció.

—Oiga, microbio —empezó—. No me gusta pegarle a un hombre más pequeño que yo; pero estoy más que harto de tratar con sinvergüenzas…

La bofetada que le solté con todas mis fuerzas le dejó inmovilizado por el asombro. Yo esperaba recibir una buena paliza, mas recordando las lecciones de Louie Hazen obré instintivamente, saltando a lado cuando Alfman descargó contra mí su derecha, que pasó rozándome el hombro.

La cosa no pareció una pelea de verdad, sino un entrenamiento más con Louie. Cuando le pegué al estómago, lo hice con todas las fuerzas de mi cuerpo. Noté la contracción de los músculos del otro, luego, antes de darle tiempo a rehacerse de mi izquierdazo le alcancé con la derecha en el mentón.

Oí entrechocarse sus dientes.

En sus ojos se reflejó el dolor, la sorpresa y la agonía.

Como en sueños oí la voz del doctor Gelderfield que le decía a la señora Devarest:

—¡Por Dios, no mire! Es peligroso para sus…

—¡Márchese! —contestó la viuda—. ¡Déjeme ver eso!

—¡Acábale! —recomendó Bertha.

Seguí su consejo antes de que pasaran los efectos de los dos golpes anteriores, y Alfman cayó pesadamente de bruces al suelo del garaje.

Me aparté de él, temblando nerviosamente. Ni por salvar mi vida me hubiera sido posible acercar a un cigarrillo la llama de una cerilla. En todos los rostros vi asombro y respeto. En el de Bertha Cool vi incredulidad.

Yo estaba más sorprendido que ella.

capítulo trece

BERTHA Cool sentóse junto a mí en el asiento delantero del auto de la agencia.

—¿A qué ha venido todo esto? —preguntó.

—¿El qué?

—El no quitar el peso aquel cuando lo descubriste.

—Me pareció una prueba excelente el dejarlo allí.

—¿Una prueba de qué?

—De que alguien había trasteado en la puerta.

—Pasarán meses antes de que vuelva a soplar el viento de hoy. ¿Por qué no retiraste la pieza de plomo y demostraste a todos lo que ocurría cuando la puerta no estaba recargada?

—Por la sencilla razón de que la puerta no se habría movido de otra forma de cómo lo hizo esta noche. Y ahora baje del auto y vaya a casa. Yo tengo trabajo que hacer.

—No me moveré de aquí hasta que me digas lo que piensas hacer.

—¿Quiere ir de pesca, mañana?

Bertha vaciló un momento.

—¿Qué tiene que ver eso con lo que nos importa?

—Según nuestro contrato con la señora Devarest recibiremos una buena tajada de cuarenta mil dólares si logramos que la compañía de seguros los pague.

—¿Y qué?

—Pues que si trabajo a solas y sin que nadie me moleste, es casi seguro que recibiremos ese premio.

—A veces creo que trabajas demasiado a solas.

—No sé si ha pensado usted alguna vez que si yo falto a la Ley, la responsabilidad es sólo mía. En cambio, si le anuncio que voy a faltar a la Ley y usted obra de acuerdo conmigo, entonces también

se hace responsable…

Bertha saltó del auto.

—Está bien —dijo—. Seguramente es una mentira; pero no quiero exponerme a que sea verdad. Procura hacerte con ese dinero. Yo me voy de pesca. Pero con mucho cuidado.

—Quiere usted que triunfe ¿no?

—Pero también quiero que permanezcas fuera de la cárcel.

Dejando a Bertha que, indignada, subiera a un taxi, marché en dirección a la casa del doctor Devarest. Detuve el coche a una manzana de distancia y llegué a pie hasta la vivienda. Encima del garaje se veía una tenue luz que se filtraba por entre las persianas. Rufus Bayley acudió a abrirme.

—¿Pudo registrar bien la casa? —le pregunté, en cuanto hubo cerrado la puerta.

—¡Ya lo creo! ¡Es usted una maravilla! Pude registrarlo todo. Durante su pelea pude, incluso, registrar la caja de caudales.

—¿Cómo consiguió la combinación?

—Se ha hablado mucho de ella —sonrió el chofer—. No iba a dejar que una cosa así me pasara por alto.

—¿Encontró las joyas?

—Sí.

—¿Dónde?

—En el cuarto de Jim Timley. Tal como usted dijo. En el paquete.

—¿Lo ha traído?

—¡De ninguna manera! Estoy seguro de que lo último que Timley hará esta noche al acostarse será echar un vistazo al paquete. Si lo echara de menos meditaría sobre lo ocurrido esta noche y se daría cuenta de cual ha sido el único momento en que ha podido realizarse la sustracción. El atraer a todos al jardín fue una buena idea, pero también tiene su punto flaco. Todos menos yo tendrían su coartada.

—¿Qué hizo pues?

—Pues sacar las joyas; Estaban metidas dentro de unos libros, en los huecos dejados al cortar una parte de la página. Saqué, pues, las joyas y las guardé en el bolsillo, después envolví otra vez los libros y los até, exactamente, como estaban antes.

—¿Qué libros eran aquéllos? —pregunté.

—No sé. Libros… ¿por qué?

—Podrían ofrecernos una pista aprovechable.

—¿En qué sentido? ¿Para qué necesita las pistas, teniendo ya las joyas?

—Para comprender mejor lo ocurrido.

—No creo que sea nada difícil. Esa Nollie Starr y Jim Timley iban de acuerdo. Ella se apoderó de las joyas y las tuvo fuera de casa mientras la policía estaba aquí. Luego, cuando se arreglaron las cosas, Timley fue a buscarlas. Quizá no se fía de ella o bien la chica tuvo miedo de guardarlas en casa por más tiempo.

—¿Dónde están?

Metiendo la mano en el bolsillo derecho, el chofer sacó, descuidadamente, un variado surtido de joyas que dejó sobre la mesa, reuniéndolas como hubiera hecho con un puñado de alubias.

La luz, al reflejarse sobre el montón de gemas, les arrancaba cegadores destellos.

—Siento no haberme atrevido a enredarle —declaró Bayley, contemplando las joyas—. Aquí hay algo.

—¿Eso es todo? —pregunté.

—Sí.

—Vuelva el bolsillo al revés.

Frunciendo el entrecejo, Bayley declaró:

—Oiga, cuando le digo que eso es todo es que es todo. Yo no hago traición a los amigos. Usted y yo vamos juntos en esto. Hubo un tiempo en que yo era otra cosa, pero ya he cambiado.

—Entonces vuelva el bolsillo.

—¿Con quién se cree que está hablando?

—Con usted. Si después de haberme demostrado que no le queda ninguna joya, se hubiese enfadado, seguramente me habría producido alguna impresión; pero haciéndolo antes sólo consigue convencerme de que me está engañando.

—¡Está bien! —gruño, metiendo la mano en el bolsillo y volviéndolo al revés, tal como yo le pedía—. ¿Está usted satisfecho?

Me acerqué como si quisiera mirar el bolsillo y, cogiendo, de pronto su mano derecha, le obligué a abrirla; De ella cayeron dos grandes anillos de brillantes.

Sonriendo malévolamente, Bayley comentó:

—Era sólo una broma.

—Eso creo —repliqué, guardando todas las joyas en el bolsillo. Luego pregunté—: ¿Quién desniveló el contrapeso del garaje?

—No lo sé —refunfuño Bayley.

—Convendría que lo averiguase.

—¿Por qué?

—Por nada. Sólo porque me parecería una buena idea.

—Oiga, amigo. Se está olvidando usted de que algún día puedo ser el dueño de esta casa.

Solté una estrepitosa carcajada.

—¿De que se ríe? —preguntó Bayley.

—De usted. Me parece que no se ha dado cuenta de lo que está ocurriendo ante sus propias narices.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Se llama Corbin Harmley.

Aguardé a que mi informe hubiese hecho mella en él, y después proseguí:

—Usted, amigo Bayley, ha creído que la señora Devarest se moría por sus pedazos. Pero olvidó que Harmley tiene tan buen aspecto físico como usted y que además tiene educación universitaria, cultura y otras cosas de las que usted carece. La señora Devarest se siente interesada por él. Creo que Harmley le pedirá esta misma noche que se case con él.

Los ojos de Bayley se desorbitaron y, aprovechando aquel momento, abandoné la habitación.

capítulo catorce

LA empleada del archivo notarial me dirigió una dubitativa mirada.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Lam. Donald Lam.

—¿No es abogado?

—No.

—¿En qué se ocupa usted, señor Lam?

Le tendí una de mis tarjetas. La estudió y pareció no saber qué hacer con ella. Por fin inquirió:

—¿Qué desea?

—Quisiera una lista de los hombres que han muerto dejando una buena fortuna y ningún socio comercial.

—No entiendo. Tendrá que explicarse más claramente. Deme los nombres de las personas que han muerto y entonces…

Corrí al teléfono y llamé al Colegio de Médicos, pidiendo a la telefonista que contestó, me dijese qué médicos famosos y ricos habían muerto durante el último año. Me dio seis nombres, entre los cuales figuraba el doctor Devarest. Con estos nombres regresé junto a la empleada y poco después sabía todo lo referente a la fortuna personal de los cinco médicos que interesaban.

Desde la misma oficina del archivo notarial, empecé a llamar por teléfono a las viudas de aquellos doctores.

A todas les fui haciendo la misma pregunta:

—Usted perdone, señora. La llamo desde el archivo notarial. Desearíamos hacerle unas preguntas acerca de la herencia de su marido.

—¿Qué es lo que desea?

—¿Recuerda si su esposo tuvo alguna relación comercial con un hombre de unos treinta años, moreno, de cabello rizado, nariz recta, perfil correcto, que va casi siempre con la cabeza echada hacia

atrás, aspecto simpático…?

—¡Oh, sí! —me interrumpió la segunda a quien llamé—. Se refiere usted al señor Harmley, ¿no?

—¿Sabe si las relaciones comerciales con su esposo se referían a ciertas propiedades sudamericanas?

—No. Mi esposo no hizo más que prestar al señor Harmley una cantidad muy pequeña.

—¿Doscientos cincuenta dólares?

—Sí.

—¿Le devolvió el señor Harmley ese préstamo?

—Sí. Volvió aquí el mismo día de la muerte de mi marido. Leyó la noticia en los periódicos y se puso en contacto conmigo, enviándome una carta de pésame y un cheque por doscientos cincuenta dólares, así como los intereses de medio año.

—¿Y su esposo no tenía ningún interés en las explotaciones petrolíferas del señor Harmley?

—Ninguno.

—¿Y usted? ¿Ha adquirido algún interés?

—No veo qué puede importarles a ustedes todo eso.

Pacientemente, expliqué:

—Señora; sólo tratamos comprobar si esos intereses fueron adquiridos por su esposo o por usted. En el primer caso estarían sometidos a los impuestos por derechos reales.

Más ablandada, la mujer replicó:

—¡Oh, no! Mi marido no tuvo nada que ver con ello. Son propiedad mía.

—Muchas gracias —repliqué, colgando en seguida el teléfono.

Subí los tres tramos de escaleras del seiscientos ochenta y uno de East Bendon Street. Eran, aproximadamente, las once y media de la mañana. Estaba casi seguro de que ni Dorothy Grail ni Nollie Starr se encontrarían en casa. De todas formas me tomé el trabajo de llamar a la puerta. Nadie contestó. La cerradura no ofrecía ninguna barrera infranqueable. La abrí con una llave maestra.

Una vez dentro cerré detrás de mí la puerta y realicé un minucioso registro, comenzando por el salón y, fijándome, sobre todo, en los libros.

Había muchísimos. El noventa por ciento, al menos, eran novelas detectivescas, de los autores más populares. Sin duda allí

iba a parar el sobrante de la biblioteca del doctor Devarest.

Había una de esas camas que se esconden en la pared. La bajé para examinar el colchón y la almohada, en el hueco que quedaba encontrábanse colgadas unas ropas de mujer. Debían de ser las de Dorothy Grail. Sin duda, Nollie Starr dormía en el dormitorio.

Con el mayor cuidado abrí la puerta del dormitorio y entré en él. Las cortinas estaban corridas. No se me había ocurrido la posibilidad de que Nollie Starr pudiese dormir hasta mediodía. Al pensar en ello me acerqué, temeroso, a la cama.

La mujer yacía sobre el lecho, con una mano sobre los ojos, el cabello en desorden y la camisa de dormir dejando al descubierto las bien torneadas piernas.

Durante unos segundos permanecí inmóvil.

Lentamente me dirigí, luego, hacia la puerta, haciendo lo posible por no despertar a la durmiente. Mientras avanzaba volví la cabeza para ver si la joven se movía.

No se advertía ningún movimiento.

Estaba ya casi junto a la puerta, cuando la completa inmovilidad de aquel cuerpo me comenzó a alarmar. A toda prisa volví junto a la cama y toqué la carne de una de las piernas. Estaba caliente, pero el tacto me indicó, en seguida, que carecía de vida. Levanté la mano que tapaba el rostro y pude ver una cinta rosa que estaba fuertemente atada al cuello de la mujer.

Desanudé a toda prisa la cinta, busqué el pulso de la joven y traté de percibir algún latido de su corazón.

Existía tal vez una posibilidad entre mil de que un pulmotor pudiera volver a la vida a aquella muerta. Corrí al teléfono y llamé a un hospital, explicando lo que ocurría.

Las joyas que habían desaparecido de la caja de caudales del doctor Devarest estaban encima de mí. La policía desearía enterarse de la causa de mi presencia allí. Me registrarían. Y al registrarme encontrarían las joyas. Irían atando cabos y decidirían que a Nollie Starr la silencié estrangulándola con una cinta, voluntaria o involuntariamente. Los enfermeros con el pulmotor iban ya hacia la casa. Yo no podía hacer nada quedándome allí.

Limpié el teléfono con el pañuelo, hice lo mismo con los tiradores de las puertas y salí al pasillo.

Una mujer de unos cuarenta y cinco años, voluminosa, de

aspecto inteligente, cargada con un aspirador de polvo, avanzaba hacia mí. Primero me miró distraídamente; luego con más atención.

Bajé a la calle. Por la derecha llegó hasta mí el lejano gemido de una sirena imitando a los demás transeúntes, me detuve junto al bordillo de la acera contemplando, boquiabierto, a los practicantes que, saltando del auto se metieron en el edificio.

Después me dirigí adonde había dejado el auto de la agencia y fui hasta el garaje donde lo guardábamos. Lo dejé al cuidado del vigilante y subí a la oficina. Elsie Brand me dirigió una mirada.

—¿Qué tal se encuentra nuestra bien pagada secretaria? —pregunté.

—Muy bien, gracias a usted.

—¿Está Bertha?

En voz baja, Elsie replicó:

—Sí.

—¿Quién tiene la culpa?

—Usted.

—¿Qué he hecho?

—Algo con la policía. Está usted en un lío.

—¿Sabe de qué se trata?

—Ha tratado de ocultarle algo al teniente Lisman. El hombre ha descargado su indignación contra Bertha.

—¿Que he tratado de ocultarle algo? —repliqué—. ¡Después de haberle ayudado a dar con la Starr!

En aquel momento abrióse la puerta del despacho. Bertha Cool me dirigió una centelleante mirada.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Hablo.

—Seguramente tratas de aumentar el sueldo a Elsie, ¿verdad?

—No es mala idea —repliqué—. El coste de la vida aumenta cada día más.

—Un día te voy a despellejar vivo.

—¿He hecho algo de malo?

—Mucho. Entra.

—Entraré así que termine de hablar con Elsie.

Bertha palideció de rabia.

—Si no entras ahora mismo…

—¿Qué pasará? —pregunté tranquilamente.

Bertha Cool cerró de golpe la puerta.

—Le va a dar un ataque —comentó Elsie Brand—. Nunca la había visto así.

—Desde que ha perdido peso se ha vuelto muy excitable —sonreí.

—¿No le tiene usted miedo?

—¿Por qué habría de tenérselo?

—No sé. Es muy dura. Cuando le cobra antipatía a alguien nunca perdona.

—¿Cree que le tiene antipatía a usted?

—No le gustó la forma que tuvo usted de aumentarme el sueldo.

—Pero se lo ha aumentado, ¿no?

—Sí.

—Eso es bueno. Procure seguir cobrando ese aumento. Bueno, ahora entraré a calmar la presión arterial de nuestra buena amiga.

Atravesé la oficina y entré en el despacho. Bertha se encontraba sentada frente a su mesa, con los labios apretados y los ojos centelleantes.

—Cierra la puerta —me dijo.

El rápido teclear de Elsie Brand llegó hasta nosotros antes de que la puerta quedase cerrada.

—Bien, ¿qué ocurre? —pregunté.

—¿Por qué le has ocultado una información al teniente Lisman?

—Yo no le he ocultado nada.

—Él lo cree.

—Le dije donde podría encontrar a la Starr.

—¿Por qué no le dijiste que el chofer era un antiguo presidiario?

—No me lo preguntó.

—No, pero tú te valiste de Lisman para averiguarlo.

—Le hice unas preguntas y él me facilitó unos informes. ¿Qué hay de malo en ello?

—Ya lo sabes. Lisman cree que nuestra agencia se niega a colaborar con él. Está furioso. Muy furioso.

—Me tiene sin cuidado —repliqué—. Lo importante es saber qué piensa hacer con Bayley.

—Se lo ha llevado a Jefatura y le ha hecho hablar muchísimo.

Sacudí la ceniza de mi cigarrillo sobre la mesa.

Bertha, indignada, empujó hacia mí un cenicero.

—¡Cuidado con lo que haces! —gruñó.

Dejé mi sombrero en un ángulo de la mesa y dije:

—Aguarde un momento. Dejé el auto frente a una boca de riego. No había otro sitio.

—No importa. Dime, ¿qué pensabas hacer al ocultarle a Lisman lo que sabes? Te he dicho muchas veces que no debes dejar el auto frente a las bocas de riego. El pagar una multa te servirá de lección.

—El auto es de la agencia.

—¿Y qué?

—Pues que la multa la pagaremos a medias. Ahora soy socio.

Bertha echó a hacia atrás la silla y fue a levantarse.

—¡Corre a sacar el auto de allí! —gritó—. ¡No te quedes aquí como un pasmarote!

Salí del despacho, crucé la oficina y me detuve un momento junto a Elsie Brand.

—Estoy en un apuro, Elsie —le dije—. ¿Podría ayudarme?

—¿Qué ocurre?

—Tengo en mi poder las joyas de la señora Devarest. Quería devolverlas cuando me conviniera y de la forma que a mí me conviniese. Pero las cosas se me han puesto en contra.

—¿Quiere que guarde yo las joyas?

—Sería peligroso.

—No importa. Démelas.

—Hay otra solución.

—¿Cuál?

—Tal vez pueda, aún, poner las joyas donde a mí me interesa que estén. Necesito un escondite; un sitio adonde no vayan a buscarme.

Antes de que yo terminase de hablar, Elsie abrió su monedero.

—Aquí tiene la llave —me dijo—. Y por el amor de Dios no me juzgue por el aspecto de mi piso. Esta mañana me levanté muy tarde. La cama está sin hacer y todo el apartamento es una cuadra. No hice más que ponerme los zapatos y vestirme y salir disparada.

—No importa. Hasta luego.

—¿Lo sabe Bertha?

—Nadie lo sabe. Bertha cree que he bajado a trasladar el auto de la agencia.

Elsie Brand cerró su monedero y reanudó su tecleo en la

máquina. Yo me dirigí al garaje, saqué el auto y lo estacioné frente a una boca de riego, donde la policía de Tráfico no tardaría en multarlo.

Después, dos manzanas más abajo, tomé un taxi me dirigí al piso de Elsie Brand.

En la cocina había platos sucios. La cama estaba deshecha. Del respaldo de una silla colgaba un pijama de seda. Sobre la bañera se veía un cordel en el que se secaban unas medias y unos pantaloncitos.

Comencé buscar por el piso algo que leer. Encontré un libro y empecé a leerlo, acompañado de la música de la radio. Al fin quedé dormido.

La mención de mi nombre me despertó sobresalto. El locutor de la emisora anunciaba a toda velocidad…

> —… *Donald Lam, detective particular, es perseguido por la policía, en relación con un robo de mil dólares en joyas, pertenecientes a la señora Colette Devarest. Rufus Bayley, antiguo presidiario, declaró ante el teniente Lisman que Lam había hecho unas proposiciones. El detective particular encontró el cadáver del doctor una hora antes de lo que dijo. Cuando descubrió el cadáver, por primera vez, Lam se apropió de las joyas, volviendo a poner, luego, en marcha el motor. Una hora después, Lam fingió descubrir por vez primera el cuerpo del doctor. Más tarde propuso a Bayley negociar las joyas, pero el chófer, que ahora se porta decentemente, negóse a ello y según su declaración, dirigíase a Jefatura, a denunciar el hecho, cuando la policía le detuvo.*
>
> *»Como la autopsia ha demostrado sin duda alguna que el doctor Devarest permaneció sin sentido una hora antes de morir, la policía declara que el comportamiento del detective particular, al poner nuevamente en marcha el motor del auto, constituye, legalmente, un asesinato.*
>
> *»Washington: El presidente Roosevelt declara…*

Corté la emisión y fui hacia el teléfono. Antes de descolgar el receptor cambié de idea. En la centralita del edificio había una telefonista que no dejaría de extrañarse si el teléfono de Elsie Brand

comunicaba en las horas que la mecanógrafa debía estar en su oficina. Sin duda, por este mismo motivo, Elsie no me había telefoneado.

capítulo quince

ELSIE llegó a eso de las cinco y media. Antes de que cerrase la puerta la vi mirar a uno y otro extremo del corredor.

Se quitó el sombrero, lo tiró junto con el monedero sobre la cama, echó una mirada a su alrededor, comentando:

—¡Qué cuadra!

—¿Qué ocurrió en la oficina?

—Un poco de todo. Pero hubiera preferido perder la mano derecha antes de que viera usted este desorden.

—No se preocupe. ¿Qué ocurrió? ¿Quién se presentó allí?

—Todo el mundo. El teniente Lisman fue el primero en llegar.

—¿Qué quería?

La joven entró en la cocina y arrugó más el ceño.

—Le buscaba a usted —dijo al fin.

—¿Qué le dijo Bertha?

—Que usted había bajado a retirar el auto de la agencia.

—¿Cuánto tardó en llegar Lisman, después de haberme marchado de la oficina?

—Unos diez minutos.

—¿Qué hizo?

—Llamó mentirosa a Bertha y luego, bajando a la calle encontró el auto frente a la boca de riego. Eso le desconcertó. El sombrero de usted estaba aún en el despacho de Bertha. Pensó que tal vez podía haberle ocurrido algo antes de salir del edificio.

—¿No habló con el encargado del garaje?

—No lo sé.

—¿Le hizo alguna pregunta a usted?

—¡Ya lo creo!

—¿Qué le contestó?

—Pues que usted había llegado y se había vuelto a marchar.

—Bien. ¿No tiene nada que beber por aquí?

—Creo que queda un poco de *whisky*.

—¿Por qué no baja a comprar más?

—Podemos pedirlo por teléfono.

Elsie descolgó el aparato y pidió comunicación con una tienda próxima.

—Soy Elsie Brand —anunció—. Envíenme una botella de «House of Lords» y otra de cócteles. —Tapó con una mano el micrófono y volvióse hacia mí—. ¿Qué prefiere, Martinis o Manhattans?

—Martinis.

—Envíen una botella de «House of Lords» y otra de Martini seco. Añadan tres botellas de agua mineral y asegúrense de que esté bien fresca. Envíen en seguida a Eddie.

La joven colgó el teléfono y yo le tendí un billete de diez dólares. Poco después llegaba el empleado de la tienda, con el género pedido. Desde la cocina oí cómo Elsie preguntaba:

—¿Cuánto es?

—Seis veinte, impuestos comprendidos —contestó el muchacho. Luego añadió—: Muchas gracias, señorita Brand.

Trasladamos los paquetes a la cocina y entonces pregunté:

—¿Y si comiéramos algo?

—Soy muy mala cocinera.

—Podemos abrir una lata de judías en conserva.

—No está mal, si a usted le parece bien.

—Me encanta. Además podría bajar a buscar unas ensaladillas, y pan moreno. Lo venden en lata. No hay que hacer más que ponerlo veinte minutos en agua hirviendo y luego se abre la lata y se tiene el pan como recién salido del horno.

—¿Todo eso lo pagará Bertha Cool? —preguntó Elsie.

—Claro.

—¡Magnífico! Sé de una tienda que está especializada en pasteles de chocolate tipo casero. Se deshacen en la boca.

—Traiga medio.

Tarareando una canción, Elsie volvió a ponerse el sombrero. Mientras se maquillaba inquirió:

—¿Qué tal van las cosas respecto al seguro Devarest?

—Muy bien.

—No fue eso lo que dijo Bertha Cool.

—Depende de cómo se mire —reí.

—¿Puso usted el peso aquel en la puerta del garaje?

—No.

—¿Pues quién lo puso?

—Alguien que deseaba hacer triunfar mi experimento.

—No le entiendo.

Se lo expliqué.

—La puerta se mueve gracias a un contrapeso. Sin embargo, existe un punto en que la puerta permanece en equilibrio perfecto. Una ráfaga de viento tiene, forzosamente, que alterar ese equilibrio abrirla o cerrarla. Ese punto de equilibrio se logra cuando la puerta está, sólo, a metro y medio del suelo. El doctor Devarest no hubiera podido meter su auto en el garaje estando la puerta de aquella forma. Por lo tanto, alguien trasteó en el contrapeso, a fin de que la puerta tuviera su equilibrio a una altura mayor. La persona que se tomó semejante trabajo pensó, también, que el viento cerraría la puerta. Fue un error.

—¿Sabía usted eso cuando se hicieron las pruebas?

—Lo sospechaba.

—Creo que Bertha tiene razón cuando dice que usted es un bicho muy raro. Bueno, voy a buscar la cena. ¿Quiere algo más?

—Creo que tenemos bastante.

Elsie permaneció ausente veinte minutos, regresando con dos bolsas llenas de comida.

—Todo tenía tan buen aspecto que he traído media tienda. Comeremos las judías, las ensaladillas y el pan moreno…

—¿Y el pastel de chocolate?

—También; pero además he traído unas chuletas de dos dedos de gruesas, y patatas fritas, y una lata de espárragos y pan francés. Lo podemos meter en el horno…

—Dese prisa y empiece a preparar la cena.

Elsie corrió a la cocina. Quise seguirla, pero me lo impidió:

—Es demasiado estrecha para dos personas —exclamó—. Ya lo arreglaré yo todo. Prepare unos cócteles.

—¿Cuánto tardará en estar la cena?

—Unos cinco minutos —replicó la joven, a la vez que empezaba a notarse en el pisito el apetitoso olor a carne asada.

Bebimos los cócteles y Elsie regresaba a la cocina cuando sonó el

timbre del teléfono.

—Conteste —indicó la joven.

—Será mejor que conteste usted —advertí.

—Bien, pues eche una mirada a la carne.

Descolgando el teléfono, Elsie preguntó:

—¿Quién llama?… Sí… ¿Quién?… ¡Oh!

Colgando el teléfono de su horquilla, Elsie Brand volvióse hacia mí, diciéndome:

—Me han llamado desde la portería. Bertha Cool sube hacia aquí.

Durante unos segundos permanecí completamente inmóvil.

—Métase en el ropero —aconsejó, en seguida, la secretaria, dominada por el pánico—. Si Bertha le encuentra aquí me veré en un terrible compromiso.

Yo seguía vacilando. Al fin sonó una llamada a la puerta y, cediendo a las súplicas de Elsie, me metí en el ropero. Elsie Brand cerró la puerta. Un instante después la oí preguntar:

—¿Quién?

—Yo —respondió la voz de Bertha Cool.

Abrióse la puerta y Bertha Cool aspiró ruidosamente el aroma de carne asada.

—¿Prepara la cena? —preguntó.

—Asaba un poco de carne.

—Bien, siga guisando —indicó Bertha Cool—. Estaré con usted en la cocina.

—No podría. La cocina sólo me admite a mí. Estoy acabando. La carne está casi a punto. Siéntese y fume un cigarrillo. Apagaré el gas y dejaré para más tarde el guiso… a menos…

—Sí; sí, acepto —replicó Bertha Cool—. La carne huele estupendamente. Tengo mucho apetito.

—La iba a invitar —dijo, de mala gana, Elsie.

—Pues invíteme. ¿Por qué no lo hace?

—Entonces… ¿tomará un cóctel?

Con segunda intención, Bertha comentó:

—Me alegro que pueda permitirse el lujo de tomar cócteles. ¿Dónde está el mío?

—Se lo prepararé en seguida…

Siguió un silencio que fue interrumpido por el abrirse de la

puerta del horno. El olor a carne asada se intensificó. Oí a Bertha ir de un lado a otro.

—Le ayudaré a preparar la mesa —dijo.

—No se moleste —replicó Elsie—. No podría encontrar nada.

Se hoyó el entrechocar de los platos al ser colocados sobre la mesa. Luego Bertha Cool exclamó:

—¡Diablos!

—¿Qué ocurre?

—¿Se iba usted a comer toda esa carne?

—No —replicó prontamente Elsie—. El cocinar no me gusta nada. Cuando me pongo a hacerlo, procuro aprovechar el tiempo. Hoy hubiera comido carne asada caliente; y mañana y pasado mañana la hubiese comido fría.

Bertha lanzó un bufido que parecía significar lo poco que le gustaba la carne fría.

—No coma mucho —aconsejó al fin—. Yo me dejaba llevar de mi apetito y acabé enfermando. Claro que la enfermedad me ha servido de mucho, pues al adelgazar me he puesto tan bien, que nunca me he encontrado mejor.

—Es verdad. Tiene usted mucho mejor aspecto. ¿Le preocupa algo?

—¿Dónde está Donald? —preguntó Bertha.

—Al salir de la oficina dijo que iba a apartar su auto de la boca de riego.

—¿No ha venido aquí?

—¿A qué iba a venir, señora Cool?

—En algún sitio debe de estar. Me interesa mucho encontrarle antes de que la policía dé con él, ¿comprende?

—¿Qué ocurre?

—Ha metido a la agencia en un terrible lío. Dicen que nos van a retirar la licencia… Pero…, ¿sólo pone mantequilla a un lado de la carne?

—Perdón. Creí que usted la prefería sin mantequilla.

—¡Por hoy, que se vaya al diablo el régimen! Estoy demasiado nerviosa para preocuparme de mi salud.

Oí arrastrar de sillas y el ruido de cuchillos y tenedores. El apetito me hacía sentir unos dolores tan agudos como los de muelas. Por el oído me era fácil juzgar lo que estaba ocurriendo. En

aquellos instantes, Elsie debía de estar sirviendo un jugoso trozo de carne a Bertha.

—¿Quiere unas puntas de espárragos? —preguntó la secretaria.

—Bien —asintió Bertha.

—¿Y la ensaladilla?

—¡Ya lo creo! Póngame también unas patatas fritas.

—Tome esta rebanada de pan francés. Vaya con cuidado, pues está muy caliente.

Llegó hasta mí la risa de Elsie y el entrechocar de un plato con otro.

¡De pronto, alguien llamó con los nudillos a la puerta del piso!

—¿Quién será? —preguntó Bertha.

—No sé —contestó. Elsie, añadiendo luego, como súbitamente inspirada—: Tal vez sea Donald.

—¿Quién llama? —preguntó Elsie, sin abrir.

—Déjense de preguntas y abran la puerta.

Era la voz del teniente Lisman.

Elsie Brand abrió.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Bertha.

Oí reír a Lisman.

—Me ha dado mucho trabajo, señora Cool —declaró—. Sin embargo, sabíamos que pensaba ir a ver a Donald Lam. ¿Dónde está?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

La risa de Lisman no tuvo nada de cortés.

—La señora Cool vino a preguntarme si yo sabía dónde estaba el señor Lam —explicó Elsie.

—¿Y se quedó a cenar?

—Sí, yo la invité.

—¿Cuántas veces ha estado la señora Cool en el piso, en estos dos últimos años? —preguntó el teniente Lisman.

—Pues… No recuerdo…

—¿Había estado alguna vez antes de ahora?

—No sé…

—No me mienta.

Bertha Cool intervino.

—¿Qué tiene que ver eso? —preguntó—. Estoy aquí.

—Eso es. Está usted aquí. ¿Dónde se escondió Lam al oírme

llamar?

Bertha echóse a reír.

—Es usted un hombre de ingenio, teniente. ¿Por qué no se dedica al cine?

Afablemente, Lisman declaró:

—Está bien, no quiero interrumpir su cena. Tampoco yo he cenado. ¿Y si firmásemos un armisticio hasta terminar con esos apetitosos manjares?

—¿Qué quiere decir con eso de armisticio? —preguntó Elsie Brand.

—Un armisticio completo —dijo Lisman—. Que durase hasta los postres. Porque supongo que también habrá postres, ¿no?

—Pastel de chocolate —replicó Elsie—. La verdad es que tiene usted mucha frescura, teniente.

—Es usted una gran cocinera —declaró Lisman—. Hacía tiempo que no veía una carne tan bien asada. Adelante, señora Cool. No se preocupen por mí.

Oí el roce de los cuchillos y tenedores.

Entonces, abriendo la puerta del ropero, grité:

—¡No le den toda la carne a ese bárbaro! Al fin y al cabo, la he pagado yo.

capítulo dieciséis

EL teniente Lisman retiró su plato, lo contempló unos momentos y, al fin, reunió con el tenedor las migajas de pastel y se las llevó a la boca.

—La tregua ha terminado —declaró.

Bertha Cool encendió un cigarrillo y mirando fijamente a Lisman, dijo:

—Me tiene sin cuidado lo que haga con Lam; pero recuerde que yo no sabía que estuviese aquí.

Riendo, Lisman replicó:

—Le dije al capitán Garver que estaba seguro de dar con Lam siguiéndola a usted. La seguí. Encontré a Lam. Todo salió tal como yo había supuesto. Y ahora usted quiere que yo le diga a mi jefe que el encontrar al hombre a quien buscaba ha sido una simple casualidad.

Bertha lanzó un gruñido.

—De veras no sabía que el señor Lam estuviese aquí —insistió Elsie.

—Por lo que a usted se refiere, es preferible que se esté en un rincón y no despegue los labios —dijo Lisman—. Está usted metida en un lío muy gordo.

—No veo por qué.

—Usted sabía que él estaba aquí.

Elsie no replicó.

—Y que era un fugitivo de la Justicia —siguió el teniente.

—¿Cómo podía saber que al señor Lam le perseguía la Justicia? —preguntó Elsie—. Él me dijo que había dejado su auto frente a una boca de riego. ¿Es un crimen preparar la cena a un hombre que ha dejado su auto junto a una boca de riego?

—¿Qué hacía aquí?

—Mataba las polillas dentro del guardarropa —replicó Elsie—. Y ahora, ayúdeme a fregar los platos. Usted, teniente, puede quedarse sentado; pero el señor Lam debe trabajar.

Sonriendo, Lisman preguntó:

—¿Puede darme la llave de la puerta de la puerta del servicio? No quisiera que Lam se dejara llevar por sus ansias de escapar de aquí.

Elsie le tendió la llave el teniente cerro la puerta de servicio. Entretanto, Elsie me dijo en voz baja:

—Puede escapar por el montacargas, si quita el tablero de en medio.

Mientras el teniente cerraba la puerta de servicio, yo me metí en el montacargas, que era extraordinariamente reducido. Empecé a bajar temiendo de un momento a otro dejarme algún pie cortado en seco, u oír los rugidos del teniente Lisman. Por fin llegué al sótano y pude saltar fuera del estrecho montacargas, Subí por la escalera, y poco después llegaba a la calle, conteniendo a duras penas los deseos de escapar a toda velocidad. Lisman no tardaría mucho en seguirme la pista.

Bertha Cool había dejado el auto de la agencia frente a la casa. El vehículo estaba cerrado, pero yo tenía una llave que podía abrir el compartimiento de equipajes. No era el sitio más indicado para esconderme, pero no disponía de otro mejor ni de tiempo para elegir.

Abrí el compartimiento y me metí dentro de él, dejando caer la tapa y quedando sumido en una tranquilizadora oscuridad.

Me dispuse a esperar. Una pieza metálica se me hundía en una pierna. Si aquel encierro duraba mucho, acabaría conmigo.

Pasaron, interminables, los minutos. Al fin oí la voz de Bertha Cool y la de Lisman. Los dos se detuvieron junto al coche.

—Le digo que estaba detenido —declaraba Lisman—. Es muy grave huir cuando se está detenido. Usted también va a saber lo que les ocurre a quienes facilitan la fuga de un detenido.

—No diga tonterías —replicó Bertha.

—Usted le ayudó a escapar.

—Está armando demasiado ruido, teniente. Yo no me moví del salón.

Lisman meditó unos segundos.

—Quizá sea un poco difícil convencer a un jurado de que usted le ayudó a escapar; pero, de todas formas, estoy seguro de que lo hizo. Por lo menos, detendrá a Elsie Brand. Ella le ayudó a escapar.

—¿A escapar de quién?

—De mí.

—¿Y quién diablos es usted?

—Soy la Ley.

—Usted no lo dijo.

—¿Cómo?

—Usted no dijo en absoluto que Donald estuviera detenido.

—¿Qué está diciendo?

—Lo que ocurrió. Usted entró en el piso de mi secretaria y, lleno de vanidad y de orgullo por su soberbia inteligencia, anunció que iba a quedarse a cenar, y que hasta los postres habría una tregua o armisticio. Entonces Donald salió del ropero. Siguió la tregua. Usted no le dijo ni una sola palabra a Donald de que estuviera detenido.

—Pero… él ya sabía la verdad —murmuró Lisman, menos seguro de sí mismo.

—Yo no he estudiado nunca leyes; pero Donald sí. Para detener a un hombre hay que cumplir ciertos requisitos. Se le tiene que decir que se representa la Ley y que se le detiene por tal o cual delito. Usted no lo hizo, y como se atreva a seguir adelante con este juego se va a poner en ridículo ante el Juez y el Jurado. Los periódicos dirán de usted que pasa tanta hambre, que no puede resistir el ponerse a comer en vez de llevarse detenido al hombre a quien busca, y que se le escapa por el montacargas mientras usted se limpia los dientes con un palillo. No, Lisman, usted no dirá nada ni hará nada. Y como no sea así, les contaré a los periodistas todo lo ocurrido. Reflexione sobre eso.

Oí crujir los muelles del asiento cuando Bertha se sentó al volante. El teniente Lisman fue a decir algo; pero en aquel momento el auto se puso en marcha y el ruido del motor ahogó las palabras del policía.

Aguardé un buen rato, hasta que, por el tiempo transcurrido, supuse que habíamos dejado atrás la parte más céntrica de la ciudad. Entonces busqué una de las herramientas que se guardan en el departamento de equipajes y, cuando la tuve en mi poder, empecé a golpear rítmicamente la carrocería.

El auto se bamboleó cuando Bertha lo detuve junto a la acera. Oí bajar a Bertha y, un momento después, escuché este comentario en voz alta:

—¡Creí que se había reventado un neumático!

—Y se ha reventado —dije.

—¡Mentira! —contestó, maquinalmente, Bertha. De pronto, lanzó una exclamación ahogada y preguntó, en voz baja—: ¿Dónde estás?

No contesté, por temor a que pudiera oírme algún transeúnte. Tardó varios segundos en adivinarlo, y por fin, subiendo otra vez al coche, lo puso en marcha y, sin duda, se dirigió hacia un sitio más solitario. Por fin volvió a detenerse y, bajando, abrió el compartimiento de equipajes.

—¡Eres único! —exclamó.

Salí como pude de allí dentro, y una vez fuera vi que Bertha había torcido por una calle oscura y solitaria, aunque cercana:

—Te van a meter en la cárcel —me dijo—. Desde que te tomé a mi servicio has ido bordeando la cárcel.

—No perdamos tiempo y vayamos a casa de Corbin Harmley. Si tenemos suerte, le encontraremos. Si no, tendremos que buscar algún pretexto para entrar.

—A mí no me volverás a meter en ninguno de tus líos —dijo Bertha.

—Vive en el edificio Albatros —repliqué.

—Puedes ir allí en el auto —gruñó Bertha—. Yo tomaré un taxi. Mañana estoy citada con un pez y no quiero perderlo.

—Si le veo a solas, su declaración valdrá tanto como la mía —advertí—. En cambio, si viene conmigo seremos dos contra uno. Está usted tan enredada, que con esto no se comprometerá más.

A Bertha Cool le brillaron los ojos.

—Siempre me metes en líos —gruñó.

—Al fin y al cabo, somos socios a medias.

Bertha subió al coche y no volvió a decir ni una palabra hasta que llegamos ante el edificio Albatros.

capítulo diecisiete

EL Albatros era un edificio de todo lujo, con un portero que parecía un almirante, infinidad de botones con el nombre «Albatros» bordado en el cuello de su uniforme y un albatros en miniatura cosido en el pecho. Un empleado advertía orgullosamente a los visitantes que debían anunciarse a la persona a quien iban a visitar.

—¿Está el señor Harmley?

—Un momento. ¿A quién debo anunciar?

—A la señora Cool y a Donald Lam.

Harmley estaba en casa. El empleado le saludó:

—Buenas noches, señor Harmley. La señora Cool y el señor Donald Lam desean verle.

Por la expresión del empleado creí comprender que Harmley vacilaba. Por fin el hombre dijo:

—Perfectamente, señor Harmley.

Colgó el teléfono.

—Tengan la bondad de subir —nos invitó—. El departamento veintinueve. El señor Harmley iba a salir; pero les concederá unos minutos.

—Bien —aprobé.

Fuimos hacia los ascensores. Había dos.

—Suba en éste —dije a Bertha, indicando uno de ellos—. Yo subiré en el otro.

—¿Por qué?

—No se preocupe. Haga lo que le digo.

Bertha me dirigió una centelleante mirada y por fin metióse en el ascensor. El otro descendía desde el último piso. La aguja indicadora marcó una breve detención en los otros pisos, y por fin se abrieron las puertas. Entre los que salieron de la cabina figuraba Corbin Harmley, que, apresuradamente, se dirigió hacia la calle.

Llevaba el sombrero puesto y un abrigo al brazo.

—Harmley.

Al oírme, se volvió sobresaltado.

—¡Oh! —exclamó—. ¿No le acompañaba alguien?

—La señora Cool.

—¡Ah, sí!

—Ella subió al sexto piso —expliqué—. Yo le esperé abajo… por si no le habían dado bien el aviso.

Nerviosamente, Harmley declaró:

—Me dijeron que me esperaban ustedes en el vestíbulo. Tengo una cita. Sólo puedo concederles un par de segundos… —y consultó su reloj.

—Será mejor que subamos a su piso —indiqué—. Bertha nos estará esperando.

—Me va a ser imposible…

—Creo que es preferible hablar en su piso que en pleno vestíbulo.

Harmley dirigió una mirada al empleado que le anunció nuestra visita.

—Está bien —dijo al fin—. Podemos hablar unos minutos.

Nos metimos en el ascensor. Bertha, indignada, nos esperaba. Al ver la expresión de Harmley comprendió lo ocurrido. Sus ojos llamearon de ira.

—Perfectamente —gruñó Harmley, cuando estuvimos en su piso, y sin invitarnos a que nos sentásemos.

—Tengo algo muy interesante que decirle —anuncié—. No soy un amigo de los Devarest. Hasta hace muy poco no conocía a Nadine Croy.

—Muy interesante —refunfuñó Harmley.

—Soy un detective particular.

—¿Debo sorprenderme? —sonrió.

—¿Por qué no?

—¡Hombre! ¿Tan tonto me creen? Lo comprendí todo en seguida. Lo de «amigo de la familia» no lo fingieron por mí. Además, era facilísimo consultar la lista telefónica y encontrar en ella una «B. Cool - Investigaciones Privadas». Después de eso, era más fácil saber que Donald Lam era mano derecha de la citada señora.

—Su socio —corregí.

—¿Le han aumentado? Le felicito.

Mostrábase suave y dueño de sí.

—En mi capacidad de detective particular he echo muchas investigaciones —dije.

—Supongo que para eso le pagan.

—En efecto. Durante dichas investigaciones, estuve en el archivo notarial, donde hice algunas averiguaciones acerca de ciertas personas que habían muerto dejando importantes fortunas. Luego telefoneé a las viudas, describiéndole a usted y preguntando si la persona que respondía a dicha descripción se había presentado a devolver ciertas sumas prestadas por el difunto. Si quiere usted nombres, fechas y números de teléfono, puedo dárselos.

La seguridad iba desapareciendo del rostro de Harmley.

—Sentémonos —dijo al fin—. ¿Qué desean?

—Puede decirnos toda la verdad. Si no lo hace, la averiguaremos dentro de muy poco, poniéndonos en contacto con las personas interesadas. Puede ahorrarnos ese trabajo.

Harmley quedó unos momentos pensativo.

—No se me ocurrió que, de la misma forma que me enteraba de lo de ustedes, ustedes podían enterarse de lo mío —dijo por fin.

—Fue una lástima… para usted.

—Así parece. De todas formas, quizá podríamos hablar de negocios, ¿no?

—Quizá.

—¿Cómo podríamos arreglarlo?

—No sé.

—Mi lema es vivir y dejar vivir.

—Un buen lema.

—Podría aplicarlo a ustedes.

—Necesitaría conocer los detalles antes de contestar.

Pareció que trataba de convencerse a sí mismo.

—Si saben todo eso de mí, no me perjudicará gran cosa decirles todo lo demás —murmuró.

Con una mirada indiqué a Bertha que no dijese nada. El hombre se nos estaba entregando.

—De todas formas —prosiguió—, Walter Croy me podría traicionar de un momento a otro. Además, lo que yo hago no es tan

malo… siempre que se mire desde mi punto de vista. Hay mujeres, sobre todo las esposas de hombres famosos, que se sienten muy solas. Sus maridos, ocupados en ganar dinero, no les prestan ninguna atención. Son las mujeres más solitarias de la tierra. Tienen que entretenerse en algo. Sobre todo, desean que alguien se fije en ellas. Quieren ser algo más que una percha animada.

—Y por eso van a los *cabarets* y alquilan *gigolós*, ¿verdad?

—Exacto. Y si el *gigoló* es inteligente, puede ganar mucho dinero.

—Supongo que usted es inteligente.

—Claro. Obtuve buenos beneficios y las hice felices. De esa forma descubrí el negocio que practico ahora.

—¿Cómo encuentra a sus clientes? —pregunté.

—Leyendo las esquelas de defunción. Por lo que en ellas dice veo si es posible poner en práctica mi estudiado plan.

—Y entonces se convierte usted en un hombre quien el muerto había favorecido, ¿verdad?

—Sí. Después de la muerte del sujeto, escribo una carta a la viuda dándole el pésame y pidiéndole permiso para presentarle personalmente mis condolencias. Ninguna mujer se niega a recibir a un hombre que va a decirle lo muy bueno que era su marido, y, además, le va a devolver dinero.

Asentí con la cabeza.

—Después de eso todo va sobre ruedas. La mujer se encuentra sola, sin nadie que la aconseje ni ampare. Está acostumbrada a depender para todo de su marido, y sin él no sabe que hacer.

—¿Cuánto tiempo hace que está asociado con Croy?

—Bastante. Walter trabajaba otra rama del negocio. Tuvo relaciones con la viuda de un amigo del doctor Devarest, quien consiguió de la mujer una declaración jurada de todo. Con ese documento, el doctor Devarest obligó a Walter a estarse quieto. Luego la mujer murió, y más tarde la caja de caudales del doctor Devarest fue robada.

—¿Por Walter Croy?

—No. Walter no tuvo por completo nada que ver con el hecho.

—¿Cómo lo sabe?

—Estoy seguro de ello. Walter necesitaba ese documento y, creyendo que lo tenía la señora Devarest, me envió allí para que

trabajase a la viuda y comprobara si había sido ella quien había abierto la caja.

—¿Por qué creía Walter Croy que la autora del robo era la señora Devarest?

—Walter no fue enteramente franco conmigo. Cuando se trata de ciertas cosas, Walter es más reservado que una tumba. De todas formas, estaba muy enterado de cuanto ocurría en casa de los Devarest. Sabía que el doctor se relacionaba con la secretaria de su mujer, y pensó que Colette, celosa, había decidido cargar a la chica con la acusación del robo de las joyas. Y así lo hizo. El doctor, al saber la verdad, aconsejó a la Starr que se mantuviera alejada algún tiempo, mientras él arreglaba las cosas.

—¿Y las joyas?

—Las tenía la mujer. Devarest lo sabía. Por eso alejó a Nollie Starr, en tanto que procuraba averiguar toda la verdad. Así consiguió descubrir el sitio donde su mujer había escondido las joyas. Se apoderó de ellas y preparó la forma de devolverlas y acabar con las sospechas que podían recaer sobre la Starr. Le mataron antes de conseguirlo.

—¿Por qué cree que le mataron? —pregunté.

—Por lo mismo que usted también lo cree.

—¿Quién le mató?

Harmley se encogió de hombros.

—¿Y qué hizo usted? —pregunté.

—Averigüé que la viuda no tenía lo que a Walter le interesaba. Sin duda, debió de destruirlo sin darse cuenta de lo que era. En cuanto Walter lo supo, reanudó las actividades contra su ex mujer.

—¿Eso era todo cuanto usted debía hacer?

—Era todo cuanto debía hacer por Walter.

—Pero se quedó a trabajar para usted, ¿verdad?

—Sí. Colette se dejó engañar tan bien por la historia del préstamo, que no vi razón alguna para no seguir adelante con el trabajo. Temí que Nadine me hubiese reconocido; pero al pasar el tiempo y no decirme nada, pensé que no me recordaba. Ahora, si usted no habla, nadie me impedirá seguir con el negocio. Puede usted salir muy beneficiado. Walter no tiene participación alguna en esto. Piense en lo mucho que puede ganar.

Fingí reflexionar sobre ello.

—Colette me ha encargado de ciertos negocios suyos —siguió Harmley—. Lo tengo ya todo arreglado. El dinero lo tengo tan seguro como si estuviese ya en el Banco. Lo arreglaré de forma que sea enteramente legal. Trabajando conmigo podrá ganar en unas semanas más dinero que en un año haciendo de detective.

—¿Y arruinar a la señora Devarest?

—Nunca las arruino. Soy demasiado listo para ello. Sólo las libro de unos pocos miles. A la señora Devarest le sacaré veinte o veinticinco mil.

Bertha movióse, inquieta.

—Tendré que consultarlo con mi socia —dije.

—¿Cuándo me dará la contestación?

—Mañana.

—Recuerden que el juego es fácil. El doctor Devarest le dejó a su mujer unos doscientos o doscientos cincuenta mil dólares. Colette no echará de menos veinte o treinta mil.

—¿Y Walter?

—¡Al diablo con él!

Me puse en pie.

—Bueno, Bertha, ya ha oído la proposición. Tenemos que hablar de ello.

Solícitamente, Harmley nos acompañó hasta la misma puerta.

—Reflexionen sobre ello —dijo—. Nunca se les presentará otra oportunidad de hacerse más fácilmente con quince mil dólares.

Cuando salimos al pasillo, Bertha Cool me dijo:

—El teniente Lisman te andará buscando por toda la ciudad. O arreglas eso o te apartas de mí. A este paso me tendrás en un hospital antes de mañana.

—¡Magnífica idea! —exclamé.

—¿Cómo?

—Un hospital es el único sitio donde Lisman no me buscaría.

—¿Y te vas a esconder en un hospital?

—Sí. Claro que costará algún dinero.

Bertha frunció el entrecejo.

—Por lo visto, te crees que el dinero crece en los árboles.

—Si prefiere que no me aparte de usted…

—¿Cuánto costará? —preguntó rápida Bertha.

—Cien o ciento cincuenta dólares en dinero efectivo.

Suspirando, Bertha abrió su monedero y me entregó ciento cincuenta dólares en billetes.

capítulo dieciocho

EL propio doctor Gelderfield acudió a abrir en respuesta a mi llamada. Su expresión era la de un hombre a quien molestaban en un momento inoportuno. Sin embargo, al ver quién era su visitante, se animó un poco.

—¡Bien, bien! —exclamó—. ¡Es el señor Lam, nuestro valiente luchador! Entre usted. Hoy he dado fiesta a mi doncella y tengo que abrir yo mismo la puerta. Siempre he temido estas noches, porque son las de más trabajo. Todo el mundo necesita al médico.

Le seguí hasta un saloncito de espera, donde había varias sillas y sillones.

—Esto es para las visitas —explicó—. Luego pasaremos a otra parte del edificio. Supongo que no tendrá mucha prisa.

—Mientras esté aquí no tendré ninguna prisa.

—¡Magnífico! ¡Quiero hablar un buen rato con usted! Hay algo que me preocupa. Se trata de mi cliente y de la suya. Me refiero a la señora Devarest.

—¿Qué ocurre?

Gelderfield frunció el entrecejo.

—Me tiene preocupado. Sentémonos. ¿Quiere beber algo? ¿Un *whisky* con soda? No le acompaño, porque nunca sé si me llamarán para asistir a algún enfermo. Iré a buscar el hielo a la nevera. Lo demás está todo aquí. Mientras lo preparo, acomódese bien. Perdone si alguna vez me he mostrado un poco brusco con usted. Es que no sabía la clase de persona que era usted.

Me dejé caer en un sillón. El saloncito era muy agradable, con sillones profundos, luz tamizada, una gran mesa llena de revistas y libros. Todo olía a tabaco bueno.

Desde la cocina llegaba hasta mí el entrechocar de los cubitos de hielo. Al fin regresó con una botella de *whisky* escocés, otra de agua

mineral, un alto vaso lleno de cubitos de hielo y metido en una especie de cestito de paja para que la humedad del vaso no molestara.

—Sírvase, Lam —invitó, colocando ante mí lo que había traído —. Perdone que no le acompañe. Disfrutaré viéndole beber. Dio usted una gran exhibición de destreza al pegarle al delegado de la compañía de seguros.

Sonreí, y contesté:

—Antes, todo el mundo se atrevía conmigo. Bertha Cool se gastó un puñado de dinero haciéndome tomar lecciones de *jiu-jitsu*. Algo me ha quedado de todo ello.

—Puede decirlo. Siempre me ha gustado ver cómo un hombre pequeño zurra a uno grande.

Me serví el *whisky*.

—¿Iba a decir algo de la señora Devarest? —pregunté.

Gelderfield asintió, luego se contuvo y se miró pensativo. Al fin dijo:

—Mi cliente, o sea la señora Devarest, está muy enferma. Mucho más de lo que parece. Es necesario tranquilizarla, hacer que olvide. Por algunas razones sospechó que su secretaria, Nollie Starr, tenía relaciones íntimas con su marido. Su odio hacia ella la dominó por completo. Yo me esfuerzo por hacer que olvide a esa mujer; pero no puedo.

—Sobre este respecto tengo algo muy importante que decirle.

—¿Ha ocurrido algo?

—Sí; este mediodía fui al piso de Nollie Starr. Entré con una llave maestra, pues quería registrar el sitio.

—¿Para qué?

—Para explicarlo tendré que retroceder un poco. Descubrí que Rufus Bayley, el chófer, tiene antecedentes policiales.

—Creo haberlo oído decir por radio —contestó el doctor Gelderfield—. La declaración de Bayley me pareció un cúmulo de mentiras.

—Yo hice que me consiguiese las joyas.

—¿Cómo sabía que él podía obtenérselas?

—Tenía motivos para creerlo.

—¿Y se las dio?

—Sí.

—¿Dónde las tiene?

—En mi poder.

—¿Se lo ha dicho a la señora Devarest?

—No.

—¿Tiene la señorita Starr…? —Al llegar aquí, el médico se interrumpió.

—Continúe —invité.

—¿Tiene algo que ver con la desaparición de esas joyas?

—Creo que sí.

—Me lo temía. ¿Aún no ha dicho nada a la señora Devarest acerca de las joyas?

—No.

—No le diga nada aún. Tenemos que buscar alguna manera de devolverle las piedras. Si no vamos con tiento, provocaremos una reacción grave en la pobre mujer.

—Tal vez ya lo sepa todo.

—No lo creo. Estoy seguro de que me lo hubiese dicho.

—Tal vez no.

—Quizá —meditó el doctor.

—Perfectamente, seguiré con mi declaración —dije—. Este mediodía me presenté en casa de la señorita Starr, abrí con una llave maestra. De momento creí que el piso estaba vacío, como era lógico, teniendo en cuenta la hora. Pero me equivocaba. Había alguien.

—¿Quién?

—Nollie Starr.

—¿Qué hizo?

—Nada. Estaba muerta.

—*¡Muerta!*

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—No debía de hacer mucho. La habían estrangulado con un cordón rosa de corsé. Se lo anudaron al cuello. Para hacer más fuerza, se utilizó una mano de almirez. Fue como si le dieran garrote. No sé que demostrará la autopsia; pero no me extrañaría que dijesen que antes de estrangularla la golpearon con la mano del almirez.

Durante unos momentos, el rostro del doctor expresó

incredulidad y sorpresa. Sin duda quería decir algo, pero luchó contra el impulso.

—El asesinato se cometió sólo unos minutos antes de mi llegada. El cuerpo estaba aún caliente. No se notaba el latido del pulso. Desanudé el cordón y telefoneé pidiendo un pulmotor. Luego me marché. No podía hacer otra cosa. Una de las mujeres de la limpieza me vio salir del piso de Nollie Starr. Eso y otros detalles han puesto sobre mi pista a la policía.

—Pero ¿no puede usted demostrar su inocencia? No creo que sea corriente que un asesino telefonee al hospital pidiendo socorro para su víctima.

—Podrían hacerlo de estar seguros de que sus víctimas estaban muertas. Sería una buena coartada. Por lo menos, así lo vería la policía. De todas formas, ocurra lo que ocurra, no puedo dejar de mantenerme en circulación.

—¿Por qué?

—Porque creo estar a punto de resolver todo el problema. En las próximas veinticuatro horas se dilucidará todo el asunto. Por eso he venido a verle.

—¿Qué quiere usted que haga?

—Necesito que me encuentre algunos síntomas graves que me permitan refugiarme en un hospital, donde nadie me moleste. Dentro de veinticuatro horas me encontrará usted lo bastante mejorado para poder salir a la calle. Usted me administrará un sedante… que yo no tomaré, desde luego.

—Éticamente no puedo hacer eso —dijo el médico.

—¿Por qué? Quizás esté con los nervios deshechos.

—No presenta usted ningún síntoma. Además, si he de decir que le he administrado un sedante, se lo debo administrar. Y si lo hiciese, dormiría usted veinticuatro horas seguidas.

—Discutamos ese punto…

—Es inútil, Lam. Por mucho que me diga no me convencerá. ¡Ojalá pudiese complacerle!

—El arma con que se dejó sin sentido a Nollie Starr fue una mano de almirez. El cordón con que la estrangularon era de corsé. Como puede ver, ninguna de las dos cosas son armas propias de un hombre.

—¿Por qué no? —preguntó nerviosamente—. Un hombre puede

ser lo bastante, listo para utilizar unas armas que enfocarán las sospechas hacia una mujer.

—Desde luego; pero no lo creo posible.

—Aunque fuese una mujer…

—Un momento, doctor. La noche en que mataron al doctor Devarest, yo entré en el cuarto de la señora Devarest. Sobre una silla vi un corsé con cordones rosados.

—Le puedo asegurar que casi todas las mujeres usan corsés con cordones rosados.

—Recuerde que el teniente Lisman interviene en este asunto. No tardará mucho en interrogar a la señora Devarest. Supongamos, aunque sólo como mera suposición, que encuentra el corsé y ve que el cordón ha desaparecido. Y supongamos, también, que se da cuenta de que en la cocina no hay mano de almirez.

—¡Tonterías!

Encendí un cigarrillo y fumé en silencio.

—Aun así…, podría tratarse de una trampa —dijo el médico.

—No lo niego, ni me extraña que la apoye usted con tanta decisión.

—No apoyaría a una asesina por el solo hecho de ser mi cliente. Pero conozco muy bien a la señora Devarest… Sé que le hubiera sido imposible hacer nada de cuanto usted explica.

—¿Habla usted como lo haría de un enfermo corriente?

—¿Qué quiere decir con eso?

—Pensé que tal vez sus sentimientos hacia ella eran más íntimos.

Seguí fumando y dejé que el hombre reflexionara sobre mis palabras.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó.

—Yo no puedo ir a casa de la señora Devarest. En primer lugar, porque la policía debe de estarla vigilando; y en segundo lugar, porque, si me pescasen, descubrirían que he estado aquí. Si yo registrara la cocina, en busca de una mano de almirez, todos se darían cuenta de lo que estaba haciendo y se descubriría la verdad. Tampoco podría encontrar una buena excusa para meterme en el cuarto de la señora Devarest y ver si el cordón está o no en el corsé. En cambio, usted podría hacer fácilmente las dos cosas. A nadie le extrañará que un médico visite a su enferma. Una vez allí, podría

decir que era necesario aplicar una inyección a la señora Devarest e ir usted a hervir la aguja y la jeringuilla en la cocina. Allí podría buscar la mano de almirez.

—¿Y si no la encontrase?

—¿Quién le prepara aquí la comida?

—Casi siempre como fuera. Tengo una criada que limpia la casa y guisa para mi padre. El pobre no puede levantarse de la cama.

—¿Sabe si le prepara puré de patatas?

—¿Por qué?

—Porque entonces es seguro que tendrá una mano de almirez en la cocina. Métala usted en su maletín, y si a usted le es imposible encontrar una mano de almirez en casa de la señora Devarest, procure que a la policía no le ocurra lo mismo y no deje de encontrar una.

—¿Está usted loco, Lam? —preguntó Gelderfield—. Soy un médico famoso. No puedo hacer una cosa semejante.

—La señora Devarest es su cliente y su amiga. También es cliente mía. Quiero que cobre los cuarenta mil dólares y me dé mi parte. Ni a usted ni a mí puede interesarnos que la detengan. Mientras usted va a su casa, yo puedo quedarme aquí. Al volver puede decirme lo que ha descubierto y enviarme al hospital. Mientras esté allí podré reflexionar sobre los acontecimientos.

—Si hiciera eso, faltaría a la ética de mi profesión.

—A todo médico le llega un momento en que debe recordar que es tanto un hombre como un médico. Los deberes profesionales están muy bien mientras las cosas siguen su curso normal; pero cuando se descarrían, vale más tirarlos por la ventana.

Gelderfield se puso en pie y comenzó a pasear por el cuarto. Yo seguí fumando, aunque los movimientos del médico empezaban a ponerme nervioso. Me levanté y fui hasta la ventana. No pude ver nada.

El doctor debió de cambiar de opinión con respecto al alcohol, pues le oí destapar la botella de *whisky*. Sonaron sus pasos en la escalera, subiendo hacia el primer piso, donde estuvo un rato, bajando después y metiéndose de nuevo en la cocina. Un momento más tarde, salió de la cocina, recogiendo su maletín cargado de instrumental.

—¿Lo ha encontrado? —pregunté.

—No sé —murmuró—. No quiero decir nada. Me ha hecho pensar usted mucho. ¿Cree que la policía registrará la cocina?

—Sí.

—¡Lástima! Si las tiendas estuvieran abiertas, podríamos comprar tantas manos de almirez como nos diera la gana.

—A la policía no le habrá pasado por alto semejante posibilidad.

El doctor se fue con el maletín a la cocina y volvió poco después, con la boca fuertemente cerrada.

—Está bien, Lam —dijo—. Haré lo que usted quiera. Habrá conseguido lo que nadie hasta ahora había logrado: hacerme faltar a nuestro código.

—Está bien —repliqué—. Dese prisa. ¿Quiere que conteste si llaman por teléfono?

—Puede tomar los recados que me den.

—Quizá sea un poco peligroso.

—¿Y si yo quiero llamar?

—Entonces, tan pronto como haya marcado el número y oiga la señal de llamada, cuelgue el aparato y corte la comunicación. Espere medio minuto y vuelva a llamar. Ésa será la señal de que es usted quien me llama.

—Está bien —aprobó el médico.

—¿Me enviará al hospital?

—Tendré que darle una inyección.

—¿No ha dado nunca a una persona nerviosa una inyección de agua esterilizada, diciéndole que era sulfato de morfina?

Al médico se le iluminó el semblante.

—¡Es verdad!

—Puede decir que padezco de histerismo nervioso. Habré venido a pedirle una inyección y usted me la habrá dado de agua esterilizada. Bajo la impresión de que me ha dado de verdad una inyección soporífera, habré empezado a dormirme. Usted podría…

—En tales circunstancias podría acomodarle en mi casa y llamar a una enfermera para que cuidase de usted y le vigilara. Tan pronto como le viera dormido, la enfermera saldría del cuarto.

—¿Habrá algún medio de salir de ese cuarto?

—Puede salir por la ventana, saltar al techo de la galería y bajar de allí por uno de los pilares. Podría volver al cabo de una hora.

—¿Y la enfermera no se quedaría a vigilarme?

—No. Le creería un paciente de buena fe, que está durmiendo los efectos de lo que ha creído una inyección de morfina.

—¿Cuánto tardaría usted en conseguir la enfermera?

—Veinte minutos.

—Perfectamente. Me gusta la idea. Puede usted marcharse.

Un momento después, oí alejarse el auto del médico. Me acomodé en las profundidades de un sillón, me serví otro trago de *whisky* con soda y lo bebí pausadamente. Luego acomodé los pies en un taburete y empecé a fumar.

En la casa reinaba un anormal silencio. No se oía ni crujir el entarimado, ni llegaba hasta mí el más mínimo rumor de tráfico. La sala aquella era un verdadero refugio contra el ruido.

Me desperecé. Me envolvía un suave calorcito. El sopor iba apoderándose de mis ojos. Sólo mediante un gran esfuerzo conseguía fijar la vista en mis manos.

En mi cerebro empezó a sonar una llamada de alarma. De momento no quise oírla; pero tan insistente se hizo, que al fin, poniéndome en pie y conservando difícilmente el equilibrio, me dirigí a la cocina. Encontré un tramo de escaleras y subí por él, a costa de un esfuerzo violentísimo.

Subí al primer piso y atravesé lo que supuse el cuarto de baño del médico. Al entrar en el cuarto adyacente, vi tendido en una cama a un hombre de unos setenta años. Tenía los ojos cerrados, la piel marfileña y brillante, la boca abierta. Me incliné a oírle respirar.

Lo hacía entrecortadamente, con grandes e irregulares esfuerzos. En algunos momentos creí que estaba muerto.

Quise tocarle y perdí el equilibrio, cayendo sobre él, sin que por eso se moviera ni dijese nada, continuando con su extraña respiración.

Le sacudí violentamente. Por fin movió un brazo, pero siguió con los ojos cerrados, Le abofeteé suavemente y, por fin, me miró vidriosamente.

—¿Es usted el padre del doctor Gelderfield? —pregunté con voz que sonó muy lejana en mis oídos.

Tardó varios minutos en coordinar sus ideas. Se movieron sus párpados. Repetí la pregunta.

—Sí —respondió al fin, con voz débil y mortecina.

Concentrando toda mi energía y voluntad, logré conservar mis ideas lo suficientemente claras para preguntar, a continuación:

—¿Le cuidaba el doctor Devarest?

—Sí.

—Ahora ya no le atiende, ¿verdad?

—No… Se ha marchado.

—¿Cuándo le visitó por última vez?

—Hace mucho…, una semana.

—¿Cuál fue el último día en que vino aquí?

—No sé.

—¿Recuerda si había estado pescando aquel día?

—Sí… había estado pescando… Luego… en el garaje…

A lo lejos sonó el timbre del teléfono. Dos llamadas y nada más. Era la primera parte de la señal. El doctor Gelderfield me llamaba. Traté de consultar la hora, mas no pude hacerlo. Mis ojos se negaban a ver las saetas del reloj. Cuando quise salir del cuarto lo hice tropezando contra las paredes. Sólo un milagro impidió que no rodase por la escalera. Al fin, cuando ya casi estaba abajo caí de bruces. El dolor me ayudó a recobrar el sentido.

Cuando al fin llegué junto al teléfono, el timbre volvía a sonar. Era la segunda parte de la señal.

Levanté el receptor y durante unos segundos me fue imposible recordar qué se dice cuando se contesta a una llamada. Por fin murmuré:

—Dígame.

La voz del doctor Gelderfield llegó hasta mí.

—¿Es usted, Lam?

—Sí.

—El cordón aquel ha desaparecido. ¿Me entiende?

—Sí.

—No se preocupe. Me he llevado el corsé. La mano de almirez está en su sitio, ¿me entiende?

—Sí.

La voz del médico evidenció preocupación.

—¿Se encuentra bien, Lam?

—Cre… creo que sí.

—¿Ha bebido mucho?

—No… creo que no.

—Parece cansado.

—Lo estoy.

—No habrá bebido más ¿verdad?

—Otro… trago.

—¿Muy lleno?

—Creo… que… sí.

—No vuelva a beber —ordenó—. Vacíe la botella en el lavabo.

—Está bien —contesté, trabajosamente, dejando el receptor en la horquilla.

Traté de esperar el tiempo suficiente para que la línea volviese a quedar libre. Un gran fragor resonaba en mis oídos. La cabeza parecía a punto de estallarme y era como un enorme globo que giraba lentamente. Quise detenerla, mas no pude. Alargué la mano y mis dedos tropezaron con una gruesa cortina. Me agarré a ella con fuerza y logré incorporarme. Luego, levanté el receptor, dejándolo a un lado y traté de buscar el número que me pondría en comunicación con la central. Pareció transcurrir una hora antes de que me respondiera una voz femenina, inquiriendo con insistencia cuáles eran mis deseos…

—Pronto… póngame con la policía… Un asesinato…

No oía bien. Un continuo chorro de agua parecía saltar por mis oídos. Al fin una voz anunció:

—Jefatura de policía al habla.

—El teniente… Lisman… Asesinato —murmuré.

Después otra voz.

—¡Aquí Lisman! Diga… Soy Lisman… Dígame…

Reuní mis fuerzas.

—Soy Donald Lam… estoy en casa del doctor Gelderfield… He envenenado a la señora… Devarest y al padre de Gelderfield… ¡Envenenado…!

El estruendo dentro de mis oídos se hacía ensordecedor. Mi cabeza giraba con más violencia. Tuve que esforzarme para no caer al suelo. Deseaba decirle algo más a Lisman; pero mi lengua estaba tan atada que no pude emitir las palabras. La cortina a que me agarraba empezó a ceder. De pronto, con violento estrépito, se desprendió, precipitándose al suelo.

Antes de chocar contra él ya estaba sin sentido.

capítulo diecinueve

TUVE la impresión de que infinitas voces martilleaban mis oídos. Alguien gritaba con todas sus fuerzas. Me sacudían, me golpeaban. Por fin me hicieron tragar un tubo de goma. Volví a dormirme.

Las voces llegaban a mí en oleadas. De la misma forma se iban alejando.

—… una sonda en el estómago… cafeína… inyección… sus declaraciones… es necesario que hable…

Toallas frías, un pinchazo en el brazo izquierdo. Un líquido ardiente que se introducía por mi garganta. Noté el olor a café muy fuerte.

Al fin pude abrir los ojos. Bertha Cool estaba al pie de la cama, mirándome, irritada.

—¿Llegaron a tiempo de salvar a la señora Devarest? —pregunté.

—¿Por qué diablos confesaste aquello? —preguntó a su vez.

—A fin de que la policía llegara a tiempo a casa de la señora Devarest. Si hubiera acusado a otro hubiesen ido, ante todo, a detenerme a mí y luego hubiera sido ya demasiado tarde.

Cerré los ojos; pero el sopor ya no me dominaba.

Mis nervios acusaban la tensión propia de cuando se han bebido muchas tazas de café.

—¿Y al padre del doctor Gelderfield? ¿Llegaron a tiempo de salvarle?

—Sí. Me dan ganas de abofetearme por la forma en que has llevado todo esto.

—¿Qué hay de malo en ello?

—Todo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Nos has estropeado un buen negocio.

—He resuelto el caso ¿no?

—¿Y qué? Ahora ya no hay posibilidad alguna de sacarles un centavo a los de la compañía de seguros. Ahora no pagarán.

—¿Por qué no? Un asesinato es una muerte por causas accidentales.

En los ojos de Bertha la ira fue substituida por una alegre satisfacción.

—¿Estás seguro, Donal?

—Claro.

Bertha corrió fuera del cuarto y cuando regresó al poco rato llegaba más alegre, eufórica y sonriente que nunca.

—Ya no te detendrán, Donald —anunció—. El doctor Gelderfield ha confesado la verdad. La supiste desde un principio ¿no?

—No. Fui un idiota. Le dije a Gelderfield que Devarest debía de haber hecho alguna visita que no apuntó en su cuaderno. Estaba seguro de que no le habían asesinado en su garaje.

—¿Quién te dio esa idea?

—Muy sencillo. El doctor Devarest no pudo entrar en su garaje y cerrar la puerta por dentro. Mi experimento demostró que tampoco la pudo cerrar el viento. Por lo tanto alguien tuvo que cerrar el garaje, dejando dentro al doctor. Por lo tanto, eso sólo pudo hacerse si el doctor Devarest estaba ya muerto.

»Alguien le narcotizó, le hizo aspirar una buena dosis de monóxido de carbono y luego lo llevó a su propio garaje, dejándolo allí y preparando el escenario lo más convenientemente posible. Es indudable que para atraer al doctor al sitio donde lo mataron, hubo que valerse de una llamada telefónica, solicitando su asistencia a un enfermo grave. Pero el doctor Devarest apuntaba en su cuaderno todas las visitas que debían cargarse. Fui un idiota no comprendiendo la verdad desde el primer instante.

—¿El doctor Gelderfield?

—Claro. Devarest visitaba al padre de Gelderfield; pero no le cobraba nada por la visita, ya que se trataba de un colega. Y yo, con toda mi estupidez, acudí al doctor Gelderfield pidiéndole consejo y alguna indicación acerca de cuáles podían haber sido las visitas que Devarest hizo la noche en que le mataron. Añadí que pensaba interrogar a Nollie Starr. Ella era la única que podía darme la solución del problema, diciéndome que el doctor Devarest visitaba

frecuentemente al padre de Gelderfield, sin cobrarle nunca nada.

»Gelderfield se dio cuenta de que me hallaba muy próximo a la solución. Por ello hizo lo posible para que mi experimento con la puerta del garaje fuera un éxito, demostrando que el viento pudo cerrar la puerta. Cuando ni con la sobrecarga del contrapeso consiguió que la muerte de Devarest se achacara al accidente, Gelderfield comprendió que yo empezaría a trabajar sobre la posibilidad de que fuese un crimen.

—¿Y las joyas? —preguntó Bertha.

—No tienen nada que ver con el suceso —contesté—. Jim Timley estaba enamorado de Nollie Starr. El doctor Devarest hizo lo posible por ayudarles y su mujer creyó que estaba enamorado de su secretaria. Ella misma robó las joyas y trató de hacer recaer las sospechas sobre Nollie Starr.

—Entonces… ¿Bayley no tuvo nada que ver en el asunto?

—No. Bayley fue colocado allí por Walter Croy para que abriese la caja y se apoderara de las pruebas que el doctor Devarest tenía. Pero Colette lo enredó todo, abriendo la caja con la combinación que su marido tenía escrita en su libro de notas. El doctor Devarest comprendió en seguida que la autora del robo sólo podía ser su mujer, ya que sólo ella estaba enterada de que las joyas se encontraban dentro de la caja de caudales. Llamó a Nollie Starr y le dijo que avisase a la policía. Al mismo tiempo le indicó que era conveniente que se marchase.

»En cuanto la chica se fue, el doctor registró su cuarto y retiró todas las pruebas que su mujer había colocado allí, olvidando, sólo, el trapo untado de aceite y algunas cositas más.

»Walter Croy debió de creer que Bayley le engañaba, y que el chofer tenía en su poder las joyas, negándolo sólo para conservarlas. Por lo tanto, convencido de que ya no se podrían presentar pruebas contra él, reanudó el ataque contra su mujer. ¿Y durante todo ese tiempo, Colette tenía en sus manos, sin saberlo, las pruebas contra Walter Croy?

—¿Por qué mató el doctor Gelderfield a Devarest?

—Porque Gelderfield deseaba casarse con Colette. Planeó el crimen hace mucho tiempo. Gelderfield tiene una casa enorme, muchos muebles y casi ningún criado. Eso demuestra que lo tenía todo preparado.

—¿Y por qué nos contrató el doctor Devarest?

—Para que su mujer no sospechara nada. Estaba seguro de que no podríamos dar con Nollie Starr, pero confiaba en que nos sería posible encontrar alguna prueba que demostrase que su mujer había sido la autora del robo de las joyas. Sin duda pensaba arreglar las cosas de forma que pudiésemos encontrar fácilmente esas pruebas. El doctor Devarest, emborrachado por un sinfín de novelas detectivescas, metió las joyas en unos libros, cortando el centro de ellos, y guardó los estuches en el compartimento del auto donde fueron encontrados. Las joyas quedaron en poder de Nollie Starr; lo cual fue una solemne tontería. Después de su muerte, Nollie le pidió a Tim Timley que guardara las joyas en la caja.

—¿Y Nadine?

—Nadine y su abogado, Forrest Timkan, piensan casarse; pero antes han cometido algunas tonterías. Timkan temió que su nombre apareciese unido a un escándalo, y por ello quisieron hacerme servir de hombre de paja. Por lo que hacía referencia a Walter Croy, al menos, yo debía pasar por el amor de Nadine Croy.

En aquel instante llegó el teniente Lisman. Sonreía abiertamente.

—¿Qué tal? —preguntó—. Le traigo buenas noticias. No fue culpa de usted que Gelderfield matara Nollie Starr. El hombre necesitaba dinero, pues había cometido algunas tonterías con unas acciones que no eran suyas. La señora Devarest se le había insinuado varias veces y pensó que matando al marido podría casarse con ella, cobrar la herencia y cubrir su desfalco. El miércoles por la noche, Gelderfield llamó a Devarest a su casa, para que atendiera a su padre, y le narcotizó por medio de un vaso de *whisky*. Cuando lo tuvo dormido le administró una buena dosis de monóxido de carbono y luego lo llevó al garaje.

»Gelderfield se dio cuenta, en seguida, de que había varios puntos flojos en su plan. Estaba seguro de que Devarest debía de haber visitado aquella noche a Nollie Starr, diciéndole que pensaba detenerse en casa de su amigo, para visitar a su padre.

—¿Cuál era el otro punto débil?

—Su padre. El hombre oyó funcionar durante una hora, el motor del auto de su hijo, en el garaje. O sea, que podía sospechar que aquel funcionamiento prolongado del motor se destinaba a matar a Devarest.

—¿Qué pensaba hacer conmigo? —pregunté.

—Le administró una fuerte droga, por medio del *whisky*, con la esperanza de que usted bebería otra vez. Por eso le llamó.

—Estuvo a punto de lograrlo.

—Ya lo creo —rió Lisman, que parecía muy divertido con todo aquello—. Si no es por nosotros no encontraría ahora aquí.

—Y a no ser por mí, la policía aún andaría dando palos de ciego.

—Gelderfield pensaba cargar a Bayley la muerte de Donald —siguió Lisman—. La de su padre se aceptaría como natural. El pobre viejo está muy enfermo.

—¿Y el asesinato de Nollie Starr? —pregunté.

—Aunque no lo crea, ese crimen no pensaba Gelderfield cargarlo a la señora Devarest. Hasta que usted lo dijo no se le ocurrió que las sospechas podían dirigirse hacia aquel punto. Utilizó el cordón de un corsé ortopédico. Cuando visitó a Nollie Starr fue para preguntarle si Devarest había dicho cuáles eran sus planes para el miércoles por la noche. Nollie Starr le contestó que sabía lo de la visita de su jefe al padre del doctor Gelderfield, preguntándole, luego, por qué no había informado de ella a la policía. Esto firmó su sentencia de muerte. Gelderfield cogió la mano de almirez de la cocina de Nollie Starr, valiéndose de la excusa de ir a beber un vaso de agua. El cordón lo sacó de un corsé que llevaba en su maletín de instrumental.

—Entonces… ¿esta noche no pensaba matar a la señora Devarest?

—No. Si se marchó fue para darle a usted la oportunidad de beber el *whisky* envenenado y asegurarse de que podía llevar su cuerpo a un sitio donde pudiera hacer recaer las culpas sobre Bayley. También quería librarse de él, por miedo a que le robase el corazón de la señora Devarest. Ya ve lo cerca que ha estado de la muerte por no confiar en nosotros. Ustedes, los aficionados, enredan las cosas y luego nosotros tenemos que sacarles las castañas del fuego.

—¡Váyase al diablo! —grité, tratando de saltar de la cama.

—Serénate, Donald —aconsejó Bertha—. El médico dice que debes descansar.

—¿Descansar? ¡De ninguna manera! Búsqueme los pantalones. Estoy lleno de cafeína.

—Pronto se le pasarán los efectos, señora Cool —sonrió Lisman —. Dejémosle dormir.

—Si quiere cobrar la parte que nos corresponde del seguro sáqueme pronto de aquí —dije.

—El doctor ha ordenado que no se mueva usted de la cama —indicó una enfermera.

—Pues vaya a convencer al doctor de que debe cambiar de idea —dije a Bertha.

Comprendiendo por una seña de la enfermera que mis nervios estaban a punto de estallar, Lisman salió del cuarto.

—Usted también, señora —dijo la enfermera, dirigiéndose a Bertha Cool—. Creo que yo sola lo manejaré mejor. —Y volviéndose a mí, mientras Bertha salía del cuarto, me dijo—: Comprendo lo que le ocurre, señor Lam; pero debe atender a razones. Si se porta usted como un loco, el doctor nos ordenará que le pongamos una camisa de fuerza. En cambio, si se deja dominar y se porta cuerdamente, el doctor se convencerá de que está usted bien y le dejará marchar.

Luego sonrió como una maestra a un colegial.

—Es que me siento próximo a estallar —declaré—. No puedo estarme quieto.

—Dentro de poco se encontrará mejor.

Abrióse la puerta y entró Elsie Brand.

—Hola, Donald; me han dicho que ha vuelto a triunfar. He hablado con su médico y le he explicado que está usted sin comer. Dice que tal vez, lo que necesita es alimentarse y me ha permitido que tan pronto como se pueda usted levantar me lo lleve a comer una buena chuleta de ternera.

De pronto me di cuenta de que me moría de hambre. Aparte de un empujón las ropas de la cama y salté al suelo, gritando como un poseído, en medio del espanto de Elsie Brand.

ERLE STANLEY GARDNER (Malden, Massachusetts, EE.UU. 17-julio-1889 - Temecula, California, 11-marzo-1970). Su padre quería que se hiciera abogado, de modo que comenzó a trabajar en una gestoría legal en Willows, y mientras trabajaba de mecanógrafo, estudió la carrera de derecho. Después se estableció por cuenta, pero el negocio era deficitario, ya que en numerosas ocasiones, aceptaba como clientes a inmigrantes chinos y mejicanos sin recursos, lo que le hizo muy popular pero no muy rico. En 1921, casado y con un hijo, se pone a escribir historias policiales, o «de detectives», que envía a algunas revistas para mejorar su situación financiera. Estas revistas se conocían como pulps y eran muy populares en la época.

Sus narraciones son muy efectistas y en ellas se sirve de sus conocimientos de derecho para construir casos, en los que podía lucirse *Perry Mason* con una brillante exposición en la que demuestra la inocencia del acusado. Así podía disfrutar de la única parte de la abogacía que realmente le gustaba: los juicios penales, y el desarrollo de la estrategia a seguir en un juicio. El nombre «*Perry Mason*» data de la infancia de su creador, cuando leía la revista *Companion*
Youth's

, publicada por la *Perry Mason Company*, y cuando creó a su abogado de ficción, pensó que sería un buen nombre para él.

Ya consolidada su carrera como escritor, para publicar sus libros contaba con la ayuda de varias secretarias que escribían a máquina lo que él dictaba a una grabadora. Su producción casi industrial provocó su apelativo de «*El Henry Ford de la novela policíaca*». Vendió más de 100 millones de libros en vida. Tenía una formula para escribir una vez definidos sus personajes, sus motivaciones y sus tramas.

Hacia 1938, Gardner empezaba a preguntarse si un día cedería el interés de los lectores por *Perry Mason*. ¿Podría duplicar su éxito escribiendo una novela con otra serie de personajes? El libro, escrito bajo el seudónimo de A. A. Fair, era «*The Bigger They Come*» («Cuanto más grandes son…» editado en español con el título de: *Agencia de Detectives*) y caracterizaba a *Bertha Cool*, una mujer obesa propietaria de una agencia de detectives y con anillo de diamantes; y a *Donald Lam*, su empleado, de estatura más bien pequeña, (todo un paquete de dinamita legal). La pareja se anotó un éxito inmediato y Gardner se puso a escribir 28 libros más de *Cool y Lam*.

Bajo su propio nombre Gardner escribió exclusivamente la serie *Perry Mason*, pero con su seudónimo favorito de A. A. Fair, Gardner escribió varias novelas con los detectives *Bertha Cool y Donald Lam*; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal *Doug Selby*.

Gardner muere el 11 de marzo de 1970, en su Rancho el Paisano en Temecula. Fue incinerado y sus cenizas se esparcieron por la península de Baja California, uno de sus lugares favoritos.